



Lemir 16 (2012) - Textos:: 87-204

ISSN: 1579-735X

FRANCISCO SANTOS
EL NO IMPORTA
DE ESPAÑA



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

ESTE *No importa de España* no podrá negar que su autor fue el bueno de Francisco Santos (1623-98). Volvemos a encontrarnos aquí, *grosso modo*, con lo que en otras obras salidas de sus manos y sus vigiliadas: prostitutas, alcahuetas, hechiceras, velleras (depiladoras), valentones, ladrones, timadores y mohatrerros, estraperlistas, arbitristas, esportilleros, aguadores, figoneros, taberneros, avaros, lujuriosos, tahúres, coritos, ex-soldados a la búsqueda (inútil) de algún empleo o ayuda económica, jueces abogados y procuradores (todos corruptos o ineptos), los inevitables e insaciables corchetes, presos (por locos o por delincuentes, *no importa*), petimetres, estantes y paseantes, casamientos desiguales, maridos cornudos y esposas holgazanas, hospitales, audiencias, coches arriba y abajo (si posible, de cuatro mulas), verduleras, rodrigones, fregonas, doscientos y galeras... y pobres, muchos pobres: reales y humildes unos, vagos y maleantes otros, unos de puertas afueras y otros de puertas adentro. Acá meriendan cada tarde con chocolate y allá no entra un mendrugo de pan en días. Ricachones arriba, pobretones abajo y en medio una masa que pretende vivir por encima de sus posibilidades.

Calla..., que el mundo está sobrado y apenas hay pobres, pues todos son ricos, según visten y gastan y sustentan, jugando el no importa en todo cuanto obran y hacen. Las mujeres andan cubiertas de galas y los oficiales parecen caballeros; el dinero rueda, todo está abundante y las casas de los poderosos sobradas. Lo demás no importa.

Con todo ese material y pese a las vigiliadas que les dedica, Francisco Santos no sabe sacar sus libros de unas coordenadas muy limitadas: salir a las calles de la Villa y Corte para ver, sorprenderse, moralizar y lamentarse hasta los límites del delirio. En ocasiones con una pizca de odio bien perceptible, en especial hacia los extranjeros y sus novedosas mercancías que arruinan la industria castellana.

Ya no tiene estimación cosa que el oficial castellano hace, sólo las gaiterías extranjeras privan, llevándose en cambio la plata y el oro de nuestros reinos ... Y si hoy se preguntara a los mercaderes de Castilla '¿A quién debéis?', dirán todos a una voz: 'Al inglés, al francés, al veneciano, al genovés' y no dirá alguno que debe al castellano, porque su caudal es tan corto que no tiene facultad para fiar quince cuartos

Pero también aborrece a los provincianos llegados a su Madrid y que prosperan demasadamente desde empleos humildes. Como otros muchos autores de sus tiempos, Francisco Santos, castizo hasta los hígados, alaba la liberalidad, la hidalguía, pero no la capacidad de trabajo y de sacrificio: la categoría —¿la pose?—, no el esfuerzo personal.

¿Pensáis que somos los castellanos tan miserables como vosotros los valencianos? Pues os engañáis, que más queremos los pies pulidos y limpios que el valor de la capa; y aunque fuera de la tela más rica de el mundo, si se ofrece ha de limpiar los zapatos, que ... el daño no importa.

Ve el crudo problema de su sociedad, pero su mentalidad y mundología le impiden apuntar a las raíces. Santos sólo reclama soluciones, y la solución la ha de dar el Rey. El Rey ... o quien sea.

— o O o —

Esta edición digital de *El no importa de España* sigue el texto de la estampada por Domingo García Morrás en la Villa y Corte en 1668, y que se presenta como «añadido y enmendado ... y en todo mejorado» respecto a la *editio princeps* de 1667 y por el mismo impresor. Como texto de partida me he servido del de Julio Rodríguez Puértolas (Tamesis Books, Londres, 1973), que he contrastado con la reproducción fotográfica del original (Bbtca. Digital de la Cdad. de Madrid).

El texto de L-1973, antecedido de una excelente *Introducción*, es casi paleográfico, y quizá la atención prestada a esa característica viniese en detrimento de la que requería la fijación del texto. Hay erratas de traslación y de interpretación, omisiones de vocablos (incluso alguna frase) y bastantes pasajes puntuados equívocamente. En alguna medida pudo deberse a las ediciones utilizadas, pues si bien se dice haber seguido «la primera edición disponible ... teniendo a la vista otras posteriores» (p. lxxv), parece que L-1973 siguió la segunda, pues el prólogo del autor alude a «esta segunda impresión» (p. 6). Así las cosas, mi texto debería coincidir con el de L-1973, lo que no sucede en infinitos lugares.

E. S. F.

esuarezfi@telefonica.net

Barcelona, 2010

Portada: *La parábola de los ciegos*, de Pieter Bruegel el Viejo (<http://www.kalipedia.com/fotos>).

EL NO IMPORTA
DE ESPAÑA.

COMPVESTO

*Por Francisco Santos, Criado
del Rey Nuestro
Señor.*

DEDICADO

Al Exc. Señor Don Bernardo
Fernandez Manrique, Conde
de Castañeda, &c.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid: *Por Domingo Garcia Morràs.*
Año de 1668.

APROBACIÓN DEL REVERENDO PADRE FRAY TOMÁS
 DE AVELLANEDA,
*uno de los cuatro Maestros de su Religión
 de Premonstre y Examinador Sinodal
 de este Arzobispado de Toledo*

EN sus primeras estrenas se perdió el mundo por un *no importa*. Creyó Eva, dice nuestro Filipo Abad (*Philipp. Abb., De salute prim. hom. cap. 2, fol. 346*),¹ que no sería verdad la amenazada muerte de la comida del árbol: *Credidit non esse verum*² *quod Deus dixit*, y así, asentó el primer «*No importa* comer desta fruta». Sí lo creyó Adan, porque éste, dice el Apóstol (*I, Ad Timot., 2*), no tuvo ese engaño:³ *Adan non est seductus*; pero parecióle que después de la ofensa del Criador volviera a su amistad por la penitencia: *Sperans per poenitentia* (prosigue el doctísimo Abad) *Deo se posse reconciliari*; y así, «El comer con mi esposa⁴ *no importa*». Con este segundo *no importa* se destruyó y acabó de rematar el mundo. Por un necio *no importa* se están hoy llorando tantas desdichas, tantas fatalidades cuantas enseña la experiencia y descubre nuestro autor Santos en este su *No importa*.

¡Oh, cuánto se debe a sus ingeniosos desvelos, a sus misteriosas burlas, a este (digo) sabroso hechizo de sus discretos discursos, a sus sales entendidas! Pues si por aquel primer desacordado *no importa* se fue a pique todo el mundo, hoy parece que le restaura esta docta pluma con su *No importa* español. Y aunque es verdad que en los otros cuatro libros que ha escrito el autor bastantemente ha dado a conocer su grande ingenio, empero en este libro último se ha vencido a sí mismo en lo agudo de los discursos, en la valentía de sus ideas, en la novedad de las frases, en lo rizo de los periodos y, sobre todo, en lo discreto con que enseña: que a un tiempo hiere y agrada, lastima y lisonjea el gusto.

Y si con todo eso hubiere envidiosos que quieran afean tan pulidas y aseadas tareas del ingenio, se les responderá, con este libro, *No importa*; que no por eso se dejará de concedérsele la licencia que se pide para la impresión, pues no tiene cosa que se oponga a las verdades de nuestra fe y buenas costumbres. En este Convento de San Norberto, del Orden de Premonstre, a 9 de diciembre de 1666.

El Maestro Fray Tomás
 de Avellaneda

1. Philippe de Harveng: *Responsio de salute primi hominis*.

2. Orig. (IIr) y L-1973: 'vtrum'

3. Orig. (IIr) y L-1973: 'Si lo creyó Adan, ¿por qué este ... no tuvo esse engaño?'

4. L-1973: 'esposo'

LICENCIA DE EL⁵
ORDINARIO

NOS el Doctor D. Francisco Forteza, Vicario desta Villa de Madrid y su Partido, etc., por lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima el libro intitulado *El no importa de España, loco político y mudo pregonero*, compuesto por Francisco Santos, criado de su Majestad, de la Guarda Vieja Española, atento no tiene cosa contra nuestra santa fe católica, según consta de la censura dada por el Reverendísimo Padre Maestro Fray Tomás de Avellaneda, de la Orden de San Norberto de Premonstratenses de esta Corte. Dado en Madrid a trece de diciembre, año de mil seiscientos y sesenta y seis.

Doct. Don Francisco Forteza

Por su mandado,
Juan Bautista Sáez Bravo

5. L-1973: 'del.' No anotaré otros casos.

APROBACIÓN DEL REVERENDO PADRE
MAESTRO TOMÁS SÁNCHEZ, DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS
de la Casa del⁶ Noviciado de Madrid

M. P. S.⁷

POR mandado⁸ de V. A. he visto y leído un libro intitulado *El no importa de España, loco político y mudo pregonero*, que ha compuesto Francisco Santos, criado de su Majestad en la Guarda Vieja Española, y no contiene cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres, antes sí muchas buenas moralidades y reprehensiones de los vicios, que pueden aprovechar a los que le leyeren y engendrar en ellos aprecio de la virtud, que es lo que más importa para la salvación. Por lo cual juzgo puede V. A. servirse de dar la licencia que se pide para imprimirle, salvo, etc. En este Noviciado de la Compañía de Jesús de Madrid, enero 26, de 1667.

Tomás Sánchez

6. L-1973: 'de.'

7. Muy Poderoso Señor.

8. L-1973: 'mandato.'

Fee de erratas

ESTE libro intitulado *El no importa de España*, etc. corresponde y está impreso conforme a su original. Madrid, 25 de junio de 1667 años.

Lic. D. Carlos Murcia
de la Llana

Suma de la Tasa

TASARON los señores del Consejo Real de Castilla este libro intitulado *El no importa de España*, etc. a cinco maravedís cada pliego. El cual tiene 18 pliegos, que a dicho precio monta 2 reales y 22 maravedís, como consta de su original, despachado en Madrid a 27 de junio de 1667 años por Diego de Ureña, Escribano de Cámara de su Majestad.

Suma del Privilegio

TIENE privilegio Francisco Santos, o quien su poder hubiere, por tiempo de diez años para poder imprimir este libro intitulado *El no importa de España*, etc., como consta de su original, despachado por don Juan de Subiza, Secretario de su Majestad, en Madrid a 30 de enero de 1667 años, a que me refiero.

A QUIEN LEYERE

HIJOS, desterrados de vuestra Patria por el goloso pecado de vuestro Padre, allá va *El no importa de España*, loco político y mudo pregonero, añadido y enmendado en esta segunda impresión y en todo mejorado. Y leed⁹ como siempre, que será con cordura (si ya con lo estragado del gusto no habéis perdido la dulzura de vuestro paladar); pero siempre me prometo buena acogida de vuestros discursos, lectores amigos, pues conocéis que mis deseos se enderezan sólo a dar vado a vuestros ahogos, para que no peligren en la confusión de tanto cuidado como causa lo estrecho de los tiempos. Dios os guarde como puede y me libre de vuestros enojos.

9. Orig. (IVv) y L-1973: 'lee'

EL NO IMPORTA DE ESPAÑA

INTRODUCCIÓN Y PRIMERA HORA DEL SUEÑO

UNA porfiada mariposilla que, procurando su muerte, galanteaba a su matador; y entre torneos, paseos y escaramuzas a un tiempo murieron: ella a la luz de un candil, y la luz debajo del pabellón de sus alas. A esta pobre luz, compuesta de una torcida y alentada de un poco de aceite, leyendo me hallaba una noche los desaciertos del hombre, cuando, falto de la compañía clara que me dejaba conocer los caracteres, moví la lengua contra el agresor (creyéndole batallar, medio quemadas las alas) y dije:

—*No importa* que castigado quede tu atrevimiento si me has quitado la mitad de la vida, pues sin luz será fuerza dar el cuerpo a la tarea del morir o ensayo del espirar.

Y, doblando el libro, me pareció que oí una delicada voz que, bien atendida, dijo:

—¿No has oído decir: *Por vengarme de Bras me huelgo de que me quemen?* Pues, aunque chamuscada, ya conseguí el quitarte la luz que te alentaba; que yo soy de la calidad de aquellos que pesarosos leen tus obras y te aconsejan que no escribas más diciéndote que basta lo hecho para un hombre pobre.

Esto dijo la voz. Y, conociendo poco más o menos a su dueño, respondí así:

—El haberme muerto la luz, el que seas de la parte de los envidiosos, el ser pobre yo, el no tener lugar, el que deseen los émulos que no escriba más, si yo quiero hacer de la noche día todo eso *no importa*.

Con esta última razón me quedé casi dormido, y en aquellos medios que ofrecen los sentidos al retirarse el alma para que se entregue el cuerpo al sueño, en aquella amorosa lid de *si me duermo o no me duermo*, repitiendo mi acento muchas veces «*No importa*» que-

dé postrado en el vestuario de la muerte: corrió el sueño su velo empañando los sentidos, atajome los discursos al¹⁰ entendimiento y confundíome en sombras la imaginación.

— o O o —

Pareciome que veía un hombre descompuesto de acciones y adorno, a modo de loco cortés y sin juicio, perseguido de innumerables¹¹ concursos de gente. Admirado de ver semejante visión me llegué a la turba que le seguía y pregunté a un venerable hombre en años y barbas quién era aquel loco, y con mucha ansia, sin reportar el paso, me respondió:

—Éste, ya que vuesa merced¹² no le conoce, que es harto, le llaman el *No importa*. Y si quisiere pasar un buen rato véngase tras él y verá buenas cosas; pero con advertencia que si quisiere ir con la turba que ve, ha de levantar la voz más de lo ordinario, diciendo: «¡*No importa!*».

Así que acabó el anciano, como yo me había quedado al sabor de aquella palabra, con bien poca diligencia la¹³ dije a grandes voces hallándome en medio del concurso que le seguía. Y así que llegué me conoció el loco, y después de algunas cortesías me dijo así:

—¿Adónde se había quedado vuesa merced, que no seguía el *no importa*? Pues me acuerdo que cuando se dio a escribir libros y otros trastos que no nombro le reprendía su esposa diciéndole: «Hermano, mira que estos libros nos tienen pobres, y que con tus escrituras no adquirimos alivio para la vejez, y que el caudal va cuesta abajo, que no tenemos un real; que todo es causa la locura de escribir, que, aunque conozco que es un ejercicio honrado, virtuoso y entendido, sólo es bueno para quien tiene la comida segura, no para ti, que eres pobre». «*No importa*», respondía vuesa merced con mucha ansia. Y así, sea¹⁴ recibido en la turba de la perdición; y para seguirnos quítese la espada y el sombrero, que son adornos de la cordura.

—Eso no haré yo —le dije—; que el sombrero me le sé quitar a quien lo merece (y aun sin merecerlo, que es un trasto de quien algunos no saben usar); y la espada, pues me conocen y saben quien soy, no la dejaré de mi lado, ofreciéndoles de gastar cordura durante la comisión. Pero le suplico que dé claridad a mis dudas.

—Dudas en ti —dijo el loco— ya son alhajas de asiento, pues dudas que la promesa del poderoso arrojada¹⁵ al valle de la pobreza es humo a quien combaten todos los cuatro elementos, que apenas se cree obelisco cuando se halla vanidad, tan parecida al¹⁶ aire que ya no es humo, y con tus dedicatorias muy ufano has vivido entre vanas esperanzas, sin creer que no es trasto el ingenio sobre que se hallen dos cuartos.

—No me arrepentiré —le respondí— de lo hecho, y así, *no importa*.

—¡Buena locura es ésta! —dijo el loco—. Después de haber gastado en cuatro o cinco libros el sosiego, el tiempo, la vista y tal vez la paciencia, nos ande cansando con sus vanas

10. L-1973: 'el'

11. L-1973: 'innumerables' No anotaré otros casos.

12. Deshago las abreviaturas 'v. md,' 'v. mds.' del orig.

13. L-1973: 'le'

14. Orig. (p. 4) y L-1973: 'se ha'

15. L-1973: 'arroja'

16. Orig.: 'parecida' (p. 4); L-1973: 'parecida al'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

esperanzas, sin creer que sólo los entremetidos, bufones y chocarreros tienen dicha y que ha sido lástima el haberle llevado a Palacio, según lo encogido de su condición.

—De¹⁷ todo cuanto has dicho —le respondí— no hago caso, y así, que mi trabajo haya salido tan sin provecho y mis esperanzas primeras flores de la cabeza *no importa*.

Con esto seguimos a una voz que dijo:

—Aunque nos vean tan malparados, tan rotos y perdidos, y que nuestro fin, después de una vida mal gobernada, sea muerte desprevenida, tristes enfermedades, agudas pestilencias, ambiciones, guerras, juegos, descortesía, tiranías, enemistades, celos, amores, destierros, pobreza, fuego, agua, cruces, horcas, murmuraciones, envidias, testimonios falsos, afrentas, agravios, deshonoras, azotes, cordeles y cuchillos, *no importa*. Y aunque en nuestra turba vean créditos perdidos, sangres afrentadas, caudales consumidos, haciendas destruidas, hombres sin juicio y mujeres perdidas revueltas entre galas costosas, y pobres los templos, *no importa*.

¡En buen laberinto me he metido! (dije entre mí). En lugar de buscar descanso vuelvo a lidiar en una materia que es menester hablar verdades, y hoy es plato muy amargo; pero ya saben que las digo, y así, *no importa*.

Apenas acabó cuando se ofreció a la vista una casa grande, con un pórtico notable y sus levantadas torres, y preguntando yo qué casa era aquélla, me respondió el loco que presto lo¹⁸ vería, y que para que desterrarse la duda, aquella casa era la Cárcel del *No importa*, y que dentro había tribunales, audiencias, prisiones y penas, gobernado de jueces, abogados, relatores, procuradores, escribanos, agentes, porteros y grilleros, y que todos eran víboras y cuervos ansiosos a sacar los ojos y a anochecer la vida del pobre y desconsolado preso.

—¡Válgame Dios! —dije—. ¿Cómo habiéndome criado, después de haber nacido, en este laberinto del mundo, no había yo visto esta casa?

—Pues para que veas —respondió— la confusión que hay dentro, entra, y pide a Dios fuerzas y memoria para poder contar lo que verás y oirás. Para sacarte de algunas dudas te acompañaré yo solo.

Con esto pisamos su lonja, y en el primer pórtico servían de corona estas letras:

Para el pobre es sepultura
esta casa que has notado,
pues de aquí sale enterrado.

Entramos dentro, y vi una hilera de presos cargados de prisiones, con memoriales en las manos, desconsolados y llorosos, y luego vi un hombre que parecía un azogado, según sus meneos y bullicio; pregunté al *No importa* quién era y díjome que el *Engaño*, que servía de portero, y que atendiese: vería en lo que se empleaba. Hícelo así y noté que al ir entrando algunos personajes graves los enviaba por diferente parte¹⁹ de adonde estaban los presos; y luego vi a un venerable hombre que, llegándose al *Engaño*, le dijo que por qué no dejaba pasar a los señores por donde estaban aquellos pobres presos para que diesen sus memoriales y refrescasen con ellos las mortales memorias de sus causas, para que, vistas, los despenasen de tanta esclavitud.

17. L-1973: 'A'

18. L-1973: 'la'

19. L-1973: 'diferentes partes'

—¿Quién os mete a vos —dijo el Engaño— en procurador de pobres, que así procuráis por ellos? Y que los señores hayan entrado a visita sin recibir sus memoriales, y que su prisión sea larga y llena de penas y que a sus causas jamás se les llegue la hora de verse, que lloren y giman y vos sintáis su afán *no importa*.²⁰

Con esto desaparecieron estos dos personajes, y luego volvió el Engaño con un grueso bastón y, llegándose a los presos, los empezó a dar de palos, diciendo:

—¡Adentro a encerrar quien no es de visita!

Obedecieron al punto, y, volviendo a él el venerable anciano, le dijo:

—¡Ven acá, culebrilla!, que de nube serviste a Eva y así granjeaste el nombre de Engaño. ¿Para qué ultrajas con palabra y obra a esos pobres hombres? ¿Por qué no reparas que a todos os formó un propio Artífice y que podrá ser que algunos tengan mejor sangre que tú? Obra más humano y mira que se ofende Dios del daño que se hace al hermano: templa ese arrojo y repórtate, que también te has de morir y no sabes si acaso es ese bastón que empuñas la espantosa hoz de la muerte.

A estas razones respondió el tal hombre:

—Trate el Buen Celo de mirar por sí y deje a cada uno hacer que le toca, que ya sé que me he de morir, y también sé que el dar de palos a esta vil canalla y tratarla mal de palabra *no importa*. Y ahora no estoy agonizando entre el último suspiro de la muerte, que sano y bueno me siento. Y todo lo que ve es menester para lidiar con tal gente.

Fuese con esto a echar prisiones a un preso nuevo, y, reparando mi atención, noté que, escogiendo unos grillos los mayores que halló, se los hizo echar, a cuya acción el caudal del sentimiento arrojó agua a los ojos del lastimado preso. Llegose al del bastón el Buen Celo, diciéndole:

—Muévate de este preso el sentimiento que ha mostrado, y bástele el ser pobre. Mira que apenas puede andar con aquellos pesados grillos: minórale tanto afán y duélete de su pena.

—Váyase el Celo —respondió— a ser procurador de ricos, que entre pobres muy poco ha de ganar. Y el día que aquí le han traído con causa ha sido, y así, el haberle cargado de prisiones *no importa*.

Con esto se fue a quitar los grillos a otro preso, cuando vi a un hombre que, quejándose a otro, decía:

—Cierto, señor, que debo poco a vuesa merced habiendo andado mi dinero tan franco en no haber ratificado aquel testigo para el descargo de mi pleito, que el temor de una mala sentencia me tiene confuso y temo la visita de hoy.

—Calle, señor —respondió el tal—, que siempre está agonizando y llorando su dinero. ¿Parécele que aquí se mueve alguno sin que bulla el cobre? ¿Acaso cree que nos hemos de sustentar del viento? Trate de tener paciencia y dar tiempo al tiempo, que de otro modo cansará a un santo.

—Pues, señor —replicó el preso—, sea como vuesa merced lo ordenare; y así, en sus manos lo dejo.

—Pues déjelo por mi cuenta. Y crea —prosiguió— que yo no soy rana; que ni la visita ni falta de la ratificación del testigo *no importa*.

20. L-1973: «¿Quién os mete a vos ... ellos, y que los señores ... y vos sintais su afán? *No importa*».

Luego se ofreció a la vista otro hombre, llenas las manos de papeles, a quien se llegó otro, más humilde y agasajador que perro perdido cuando halla a su amo, y con el sombrero hasta el suelo dijo:

—Señor, mi abogado no parece y al relator no he tenido quien le hable ni regale porque la pobreza me ata las manos; pero mi mayor consuelo es la razón que tengo de mi parte.

—Calle —le respondió—. Sin dinero, ¿qué importa la razón?

Inquietome la vista otro hombre con media sotanilla y su gorra en la cabeza, más vivo que hurón cuando huele la caza, que, mirando a todas partes, se le llegaron media docena de presos clamando cada uno por su parte. Uno decía:

—¡Ay, señor, que ha empezado la visita!

Otro:

—Señor don Fulano, suplico a vuesa merced, ¿hase²¹ de ver hoy mi pleito?, que me siento tan postrado que cada instante llamo a la muerte para que abrevie tanto tormento como paso.

Otro, con demostraciones²² corteses y reverencias, algo apartado, le hablaba con los ojos, formando con ellos caracteres de agua con que en bien clara cifra decía: *Un pobre se te encomienda*.

En fin, cada uno manifestó el haberle menester; pero él, sin hacer caso alguno, guió a la conversación de otro de su profesión, dejando anohecidas aquellas pobres esperanzas, que siempre halla el pobre al sol que busca entre las luces de su nacimiento en las sombras del fúnebre ocaso. ¡Oh pobreza, qué abatida y desechada que vives! Y ¡cómo, si pasas con paciencia, te verás ensalzada en la gloriosa presencia de Dios y envidiada de aquellos que te vituperaron!

Díjole el otro a quien se llegó:

—Mirad que habéis dejado a aquellos pobres presos con la palabra en la boca y en los ojos asomado el sentimiento, y que parece que se les ha caído a cuestras todo el cielo. Volved a ellos y dad consuelo a tanta tristeza como muestran, que parece que los importáis mucho. No seáis tan vivo, que el parecer a ratos un hombre muerto suele importar.

A todas estas razones, guiando los pasos a otra parte, respondió:

—Todo cuanto pretenden y para lo que me buscan, amigo don Fulano, *no importa*.

Luego vi echar unos grillos a un preso, tan angostos de arropas que al meter el mástil el dolor le hizo quejar al pobre paciente; y, reprehendiendo un buen hombre al grillero, que por qué no miraba lo que hacla, respondió: —*No importa*, y, llegándose al preso un picarón, le dio un pescozón, a cuya acción, mirándole, se le enternecieron los ojos al preso, diciendo:

—Caballero, válgame el ser forastero y pobre.

A quien respondió el tal:

—Si me estoy burlando, señor compadre, *no importa*.

Luego oí a dos personajes que, batallando con muy vivas razones, decía el uno:

—Señor Fulano, quisiera que vuesa merced me atendiera a mi pretensión, porque no creo que está bien enterado, y si me oye le haré más capaz; que la causa de decírselo deste

21. L-1973: 'ha'

22. L-1973: 'demostraciones.' No anotaré otros casos.

modo es algunas dudas que batallan conmigo. Y la principal la origina el que la parte a que yo me llamo heredero creo que tiene varón tan próximo como yo, pero está ausente y no muy conocido; que yo, aunque litigo por parte de hembra, me anima el estar bien recibido de todas las partes y tenerlos bien agasajados; que ya habrá vuesa merced examinado lo franco de mi condición en las ocasiones que se han ofrecido. En fin, este es mi sentir, pero me consuela el tenerle²³ a vuesa merced de mi parte, con que a pesar del mundo pienso verme en posesión quieta²⁴ y pacífica.

Con mucha atención había estado el tal personaje a todas las razones que había oído, y desembarazando la boca del tabaco en hoja que la ocupaba, le respondió arrojadamente:

—Calle, señor, que me pesa que le haga estorbo una cosa tan tenue. Persevere en su pretensión, que cuanto le parece que le puede dar pesadumbre, estando yo de por medio, que no nació en las Batuecas,²⁵ *no importa*.

Ofreciose luego a la vista una mujer de razonable parecer, que con el ademán de *tápo-me y deajo caer el manto para que veas la carta de favor que traigo encima de los hombros*, decía a otro letrado así:

—La fama que pregona la mucha defensa que a cualquier pleito sabe²⁶ hacer vuesa merced me ha movido a buscarle sin valerme de más favor que el mío; que aunque el pleitecillo que a ello me mueve es algo confuso, con tan buen abogado me parece que le veo facilitado y me suena sentencia en favor.

Al decir esto sacó de los pechos una caja de plata sobredorada en que traía tabaco, y, tomando un polvo, alargó la mano el letrado y tomó también, adelantándose al manto para ver mejor aquel rostro a quien tapaba. Y después de algo licencioso preguntó por el alma de el pleito (sin acordarse de los pleitos de su alma, según lo que se veía), y la mujer, con el favor a la vista, dijo así:

—Mi padre, que Dios haya, era tutor de dos menores, cuya hacienda, que era más que mediana, administraba; a cuyo calor nos criamos yo y otro hermano que ya murió. Estos menores con varias inclinaciones, siguió el uno las armas y el otro las letras: el soldado ha que no se sabe de él diez años, y el estudiante hay nuevas que murió. Hoy, que por hallarme algo falta de alhajas y otras cosas que pertenecen al punto en que estoy, queriendo vender unas casas de dichos menores, por haber quedado los papeles en mi poder y que se han alquilado siempre por mías, me ha salido al paso de mis determinaciones una parienta de los menores, y ha hecho información de serlo y me pide la tutela, como a heredera de mi padre; y así, hallándome algo confusa, me han aconsejado que buscase a vuesa merced y le enterase del negocio, alentándome con que de todo me sacaría; y así, por ser mujer y que desde luego ofrezco el servirle, le suplico me ampare, porque será muy agrio para mí bajar a miserable caudal hallándome dueña de casas que me rentan nueve reales cada día, y que para restituir los bienes muebles que quedaron de los menores en poder de mi padre no equivale todo cuanto tengo.

23. L-1973: 'tener.'

24. L-1973: 'quita.'

25. L-1973: '...que ¿cuánto le parece ... en las Batuecas?'

26. L-1973: 'sebe.'

—Reina mía —respondió el tal abogado—, la inmunidad de su rostro y el aire con que le pule granjearán padrinos en cualquiera parte, y yo me nombro desde luego por suyo, teniéndome por dichoso en ser admitido por tal; y así, sólo a saber su casa me ha de conceder que vaya siguiendo sus pasos. Y deje a mi cuenta todo cuanto le da pesadumbre, y crea que, asistiendo yo a vuesa merced, aunque vengan los menores y aunque esa su parienta pida, *no importa*.

Con esto guió la tal dama, y, al seguirla, se llegó a él otro hombre, diciendo:

—Mirad, don Fulano, que no tenéis razón en iros ahora de visita pendiendo de vos tantos negocios, y que han hecho reparo muchos en vuestras acciones y desenfado y han notado la larga conversación que con esa mujer habéis tenido, y el tomar tabaco y destaparla el rostro y haberla manoseado, y que vuestro semblante ha dado muestras de más fondo; y con el seguirla ahora echáis la firma al qué dirán, que en hombres de vuestras partes y familia sonará mal y me parece que basta para perder crédito y reputación.

—¡Andad, don Fulano! —replicó el tal—, que me parece que hoy venís predicador; que todo cuanto de mí se ha visto y se ha podido oír *no importa*.

Con esto siguió las pisadas de aquel infernal áspid. Luego vi unos presos que, muy atentos, estaban mirando una pintura que había en la pared de un patio por donde se andaban paseando algunos afligidos, y al litigio de qué será o quién dará luz a la enigma nos llegamos, y noté que lo pintado era una planta de las que llamamos mirasol (y en lo más común *gigantón*), cuyo imitado natural era un tronco grueso y una rosa grande por corona, en cuyo cogollo había unas letras que decían *No importa*. Confuso quedó mi discurso, sin poder dar luz a la obscuridad del jeroglífico, y, preguntando a mi camarada el camino para salir de tanta confusión, me respondió así:

—Esta es una planta la más agradecida que cría la tierra, y el que la pintó dio en la pintura hartó que discurrir, pues dio avisos a muchos que se tienen por entendidos. Esta planta, así que se ve en su primera infancia, que se compone de una caña delgada y sola, pide favor a su Criador, y la socorre con una hermosa rosa que, con el aliento de la tierra, crece al paso que toma fuerza la vara; que todo junto cría notablemente, pues granjea el nombre de *gigantón*. Esta rosa, desde su principio jamás quita los ojos del Sol, de quien ha recibido el ser que la hermosea, pues cuando le faltan las luces al hermoso planeta, puestas en el ocaso de su fin, le está mirando esta rosa, y cuando amanece, mostrando sus luces el principio del día, ya esta flor está atenta mirando el levante de su dueño, sin faltarle su asistencia hasta que se vuelve a poner; y cuando lo caduco de la edad y pesado caudal de los días dan gravedad a su ser y no puede caminar en su tarea, inclina la vista en la tierra de quien tomó el primer ser. Y así, el que diga a²⁷ la letra *No importa* es la causa el ser una pintura del hombre atento, y, hablando el pintor en ella, dice así: «Si quieta ves mi flor, ¡oh tú, caminante!, y murmuras que no sigue los pasos del Sol, escucha que te digo; que atento he vivido en la flor de mi edad y jamás faltaron mis ojos de la asistencia de Dios, claro Sol de justicia, pues le he seguido en cuanto la edad me dio aliento; hoy, que caduco está mi ser y pesado mi anhelar, sólo trato de contemplar la tierra de que fui²⁸ formado, reconociéndola por madre. Y con estas atenciones no me desvanezco, por ver que me voy

27. Por 'en'. En el cap. III: 'digan a voz pública'

28. L-1973: 'soy.'

reduciendo a mi primera materia y que toda la majestad que tuve fue prestada y aquella vanidad caduca; y así, los ojos en la tierra me verás, y si lo murmurares *no importa*». Es la moralidad de este *no importa* que el hombre debe todo el ser que tiene a Dios y el agradecimiento vive lejos de la razón, y si alguno, desinteresado del mundo y sus haberes, se lo riñe, responde: *No importa*. Dale bienes y riquezas con que granjea nombre de Grande, y al verse majestuoso sobre la tierra no se acuerda del Sol que entre arreboles de sangre, pendiente²⁹ de un ramo que, cruzado,³⁰ le maltrata la humanidad, está dando avisos de que hay muerte; y, faltando a todo esto, jamás llega a las puertas de la razón y jamás contempla en que la tierra que pisa es su primera materia.

—Y por eso dio el pintor —dije yo— más discurso a la flor caduca y planta inútil que al hombre que encierra una alma inmortal; pero no negaré que la pintura da³¹ gracia, no da alma; no abulta, pero realza; y si pudiera caber celos en la naturaleza los tuviera del arte; pero, cortés, disimula, porque le debe el arte las perfecciones. Nace el hombre desnudo y las tablas del entendimiento rasas; la memoria y la fantasía, pobres: hasta este extremo obra Naturaleza; pero, entrando el arte, perficiona, pule y adorna. ¡Oh miserable hombre en quien se encierran artes y ciencias, qué desagradecido vives y qué llena de telarañas sientes el alma! Y al entrar el látigo de la razón enseñándote la maleza de tu ser, la miras en lo interior y dices *No importa*. Nace el león tronco de carne, y para tomarle amor la madre que le cría le lame y perficiona hasta que le deja parecido a sí, cobrándole amor como a su retrato. ¡Oh, qué retrato tan parecido a Dios nace el hombre!,³² y tan desagradecido vive, que, en lugar de dar gracias a tan grande Artífice, que sacó una obra tan Real y majestuosa, va con sus descuidos borrándola y volviéndose a la semejanza del pecado, que es un retrato en que se desveló el Demonio envidiando tanta hermosura como admiró en la criatura. Y si al hombre le dicen que mire que nació para morir y que no sabe la hora, responde: «Yo sano y bueno me siento; ese recuerdo ahora *no importa*». Pero dime —dije a mi camarada—: ¿Cómo te llaman el *No importa*? Que, a mi parecer, el *Importa* del mundo fuera mejor. Tú tan roto y tan malparado y con tanto discurso, ¿qué es esto?

—El pago del mundo —me respondió—; que a los que tienen algún entendimiento, como Naturaleza o Fortuna (hablemos para todos) los halla con caudal del entendimiento, los deja sin bienes perecederos por verlos con los que duran lo que la vida temporal y que pueden adquirir la eterna si se saben aprovechar de aquel bien que Dios les dio. Pero en muchos el tener este bien *no importa*.

Con esto pasamos a otro sitio donde estaba un preso llorando, y tan amargamente que aunque el dolor se debe atajar o ponerle medicamentos para su alivio, nos detuvimos a oírle quejar, que tal vez el llorar es mejor albergue que el consuelo que se da. Decía así:

—¡Vengan penas! ¡Vengan pesares!, pues yo serví de fragua para que se forjasen y con todos mis sentidos trabajé en mi propia perdición. ¡Vengan tormentos!, que *no importan*. Vengan sentencias y fiscaléeme el ministro, fálteme el abogado, acúseme el fiscal y lea el relator confusamente mi descargo y con claridad mis culpas, que *no importa*. ¡Pene este

29. Orig.: 'pediente' (p. 17); L-1973: 'pendiente'

30. Orig. (p. 17) y L-1973: 'cruzando'. Se refiere a la crucifixión de Cristo. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

31. L-1973: 'de'

32. L-1973: '¡O qué retrato tan parecido a Dios! Nace el hombre...'

miserable jumento! ¡Sienta, pues tan falto de sentidos vivía! Sólo quisiera caudal de lágrimas para lavar parte de tantas manchas como desfiguran el alma, que, habiéndomela dado Dios cándida, blanca, pura, tan horrorosa la contemplo que apenas la conozco; y así, cuanto paso y siento *no importa*.

Confieso que me dio notable lástima el haberíe oído, pero a breve rato reparé que, llegándose a él otros presos, armaron un juego de taba, en cuya tropelía empezó a echar el tal que lamentaba tantos porvidas y juramentos que asombraba, a tiempo que, levantándose uno de la rueda, dijo:

—No quiero jugar más donde está un blasfemo, que, adonde asiste, ¿qué bien puede suceder? Y temo no se desquicie el cielo y, juntándose con la tierra, nos sepulte vivos.

Así que dijo esto le detuvo otro preso, diciendo:

—Sentáos Fulano. Jure y blasfeme éste, que quien le hubiere oído en sus lamentaciones creerá que es un santo. ¡Mírenle qué tal es!

Apartámonos a un lado, y mi camarada me dijo así:

—Aquí has de mirar un retrato de la fortuna humana. Vese un hombre entre trabajos, sustos, prisiones, enfermedades y destierros; hállase postrado y redúcese a tomar el rosario en las manos: suspira, gime y llama a Dios; hace ofrecimientos de que si le saca de aquella congoja será un santo, que mudará vida y costumbres, que huirá del pecado, que obrará de tal suerte que le desconozcan los mismos que le trataron. En este medio obra Dios: minórale las penas, sácale de las congojas y alíviale el dolor. Vese el hombre sano y libre y al instante vuelve a la ofensa de Dios con más viveza que antes (si acaso hay viveza en quien tiene el alma muerta con la culpa). Así este hombre, en su soledad le oímos llamar a Dios con tales lástimas que nos enterneció; llegósele la imagen del alegría, rebozada en el juego, y en el primer lance que se ofreció quebrantó todos los preceptos que le ofrecía lo afligido del corazón.

SEGUNDA HORA DEL SUEÑO

A PARTÁMONOS a otro sitio, donde vimos en una cadena otro preso, ocupado en dar consejos a una mujer que lloraba, y, sabida la causa, era porque a un hijo suyo le llevaban a galeras por travesuras algo graves; y el de la cadena la decía así:

—Señora mía, a vuesa merced la culpo yo en los trabajos de su hijo, y es la causa no haberé sabido criar, pues me acuerdo que cuando chiquito le sufría el *No quiero* y levantar la mano para su misma madre; y si la decían a vuesa merced que mirase que parecía mal, respondía: «Déjenle, que es chiquito, y lo que en esta edad se hace *no importa*», Y cuando mayor, me acuerdo que si iba por vino siempre sisaba, y muchas veces suplía la falta echando agua (que entonces eran los taberneros más puros de conciencia que ahora y vendían vino; pero ahora, agua); y en vuestra casa no había nada seguro de sus manos, y ya que más no podía, sabía llevar los clavos a la plazuela de la Cebada a los que venden el hierro viejo (que también son muy buenos encubridores de culpas gatunas), y si os lo decían respondíais que él perdería aquella costumbre y se enmendaría, y por remate: «A su madre lo hurta, *no importa*», y con estas libertades ha salido tan buen maestro, pues las lámparas de los templos no estaban seguras de sus manos. Y si vuesa merced como madre y cristiana lo hubiera hecho y en los primeros embozos de la niñez hiciera con él lo que el águila con sus hijos, tuviera ahora hijo, que así que nace el pollo le pone adonde mire al sol para que se críe penetrando sus luces y le ame. Así a ese hijo, tal vez con el castigo y tal con la amenaza, se había de haber criado temeroso de Dios; que las virtudes que van creciendo con la edad no solamente se aventajan a las demás, sino que van criando otras muchas. Mirad: de una pequeña simiente nace un árbol, al principio débil vara que fácilmente se inclina y endereza, pero en cubriéndose de cortezas y armándose de ramas no se rinde a la fuerza. Son los afectos en la niñez como el veneno, que si una vez se apodera del corazón no puede la medicina repeler la palidez que introdujo; y así, id con Dios y dejad llantos, pues se os olvidó la disciplina. Y mirad si aquel *no importa* antiguo sí importa.

Con esto se fue la mujer, y mi compañero me dijo que atendiese con cuidado a los que se iban llegando al de la cadena y vería sus razones y consejos.

Así lo³³ hice cuando vi a otro preso que, llegándose jugando de lo de:

—¿Qué hay señor compadre? ¿Qué política ha sido la de documentos que vuesa merced ha dado a aquella cuitada mujer?

—Los más sanos —respondió— y los que más provecho hacen en la tierna edad; y no que hay padres tan ignorantes lisonjeros que alaban en el niño y aun tienen por virtudes la tacañería, la jactancia, la insolencia, la ira, la venganza, la golosina, el robo, la maldición y la mala palabra, y se ponen en conversaciones a contar alabanzas³⁴ y graciosidades de su Juanico, diciendo: «Ayer en la mesa, porque su madre no le dio una pera la llamó puta, y

33. L-1973: 'Assí hize'

34. Orig.: 'alabaozas' (p. 24); L-1973: 'alabanzas'

al dársela yo la tiró al suelo», echando un capote a los ojos el más sazonado y cariñoso que es posible: y si a los tales los dicen que miren que aquellas que tienen por gracias no lo son y que es mal consentido a los niños semejantes acciones, responden que es muy chiquito y que *no importa*. Y otros, muy descuidados a cualquiera travesura de sus hijos, dicen que tienen buen natural y que las travesuras *no importan*, que algo han de dar al tiempo, y luego se arriman a que Séneca jugaba al peón sin reparar que apenas hay árbol que no dé el fruto amargo si el cuidado no le³⁵ trasplanta y hace legítimo aquel bastardo sabor cascándole con otra rama culta y generosa. La enseñanza mejora a los buenos y hace buenos a los malos; por eso salió tan bueno el emperador Trajano, porque a su buen natural se le arrió la discreción de Plutarco. No fuera tan fiero el rey don Pedro el Cruel si le hubiera sabido sujetar su ayo don Alonso de Alburquerque; y así, muchas veces en los príncipes se pierde el buen natural por no tirarlos del freno guiando bien el timón de aquella nave Real, y tal vez por no dejarlos obrar los que le³⁶ asisten; y así, al tierno infante que sale avieso la recta enseñanza le hará bueno; que por eso a un árbol que nace tuerto se le arrima una vara derecha que le guía y gobierna y hace parecer su semejante; y así, al que nace avaro se le había de arrimar un liberal; al tímido, un animoso; al encogido, un desenvuelto, y al perezoso, un diligente; porque en la tierna edad lo que se oye y se ve se imita, y en estos tiempos pronuncia el niño el juramento; que le entra antes que el *be, a: ba*, y la maldición antes que el *ce, i, ene: cin*, y el *no quiero* antes que el *ce, hache, a, ene: chan*,³⁷ y el hurto y lo sensual antes que el saberse persignar, con que, criados de este modo, cuando llegan a saberse confesar es sobre la horca; como yo, que, creyendo que jamás había de llegar a este lance, vivía sin temor de lo pesado de esta cadena y sin el miedo del temblor que causa la vista de un tribunal. Pero más vale conocimiento tarde que nunca, y así, *no importa*.

Aquí llegaba este preso cuando mi camarada, asiéndome de la mano, me dijo:

—¡Mira, con todos sus documentos, cómo cayó también en el *no importa*! Mira aquel que ahora se llega, que es el hombre más melindroso que hay en la cárcel.

Volví la vista y noté que, quitándose las moticas de la capa (y entre ellas algunas vivas, que es colación cotidiana de una cárcel), pisando de puntillas, muy levantadas las faldas del sombrero de la parte de atrás y muy relamido, le preguntó el tal figura:

—¿Qué hay, señor amigo? ¿Qué fortuna ha sido la que así le ha puesto?

Meneó a esta palabra toda la cadena el preso, y del susto se asombró el preguntador y estuvo cerca de caerse, de los traspiés que dio. A cuyo temor le dijo el de la cadena:

—¡Oh, qué gentil figura para un escaparate! Parece que a vuesa merced le hicieron de vidrio; y, según veo en sus acciones, parece cierto, pues quebró todo su ser a sólo el meneo de unos hierros; que aunque anda cargado de ellos, no suenan a metal porque son hierros del alma de alfeñique que encubre en ese cuerpo de filigrana, que en otro idioma se llama *filelé*:³⁸ una telilla hecha de yerba con que los franceses se llevan la plata de España. Y crea, señor Licenciado Vidriera, que a un vaso formado de vidrio, hecho a soplos, un soplo le quiebra, no como el que ha sido hecho a fuerza de los golpes de un martillo, que el tal re-

35. L-1973: 'lo'

36. Orig.: 'que los le' (p. 25); L-1973: 'los que le'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

37. Orig. (p. 25) y L-1973: 'beabá ... ceienecín ... ceache a enechán'.

38. Orig. (p. 27) y L-1973: 'filelé'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

siste³⁹ al martillo: vuesa merced se crió sin duda entre viriles, yo entre polvo y armas. El mayor castigo de una república es tener el superior afeminado; por eso es tan hermoso el coral, porque se cría opuesto a los combates del agua y continuación de las olas, pues entre aquellos trabajos hace más robusta su hermosura, la cual endurecida con el viento, queda a prueba de los elementos para ilustres y preciosos usos de el hombre.

—Todo esto que vuesa merced ha dicho —respondió el lindo— para mí *no importa*.

—Yo lo creo —prosiguió el de la cadena—, que vuesa merced con su pulidez se contenta. Pues a fe que aunque el sustentar galas le ha puesto en la cárcel de la Perdición, que no le han de favorecer ahora;⁴⁰ que aunque tiene tan rotos los calzones no tenga miedo que se le salga la camisa, porque no la hay. Espántame que de cuanto ha dado a las damas⁴¹ no haya alguna que ahora le dé una camisa de lienzo casero a trueco de las que solía traer de Holanda. Malo va el que arrastran;⁴² pero peor va vuesa merced hecho serón, despreciado de las mismas que alimentó.

—Tú eres loco —dijo el lindo—, y así, tus razones y modo de hablar, aunque te alaben cien tontos, para mí *no importa*.

Con esto se fue la figura de tapa de espejo y se arrimó otro personaje notable, muy limpio de ható y muy hecho de barba, zapatos lustrosos, y bigotes compuestos⁴³ y muy oloroso de guantes, y le dijo:

—¿Siempre has de ser loco y han de tener que hacer todos contigo? ¡Oh, qué bien echada ha sido esta cadena! ¡Así hubiera otra en tu boca!

—No fuera novedad en el mundo —respondió— el echar mordazas a la verdad. ¡Oh, cómo la soberbia y altivez ha descompuesto en vuesa merced la modestia! Yo me acuerdo cuando, más humilde, quería a los pobres; pero la hermosura del tener le ha borrado la razón de la mente y con aparente engaño se le ha puesto en la frente. Algún día era vuesa merced palma y ya es ciprés; solía ser gentil a la vista del llanto y hermoso de ramas, con que tapaba algunas necesidades. Entonces era sabroso su fruto y lleno de admirables calidades; y si Plutarco dijo que la palma tenía trecientas y más virtudes y notables maravillas, la más perfecta es el ser símbolo de la justicia y virginidad, cuyos ramos se levantan al cielo; pero ya anocheció su pompa de vuesa merced y se volvió ciprés levantado, obelisco entre pompas vanas, sin virtud que le adorne: árbol tardo en nacer, fruto vano, hojas amargas, olor violento y sombra pesada. Ya vuesa merced satisface sólo los ojos, no a buen gobierno; ya perdió la graciosa armonía que formaban sus talentos, ya dió en logrero. ¡Desdichada sombra! Obscureció los rayos de su discurso, corrió las cortinas por no ver la razón y tabicó los postigos por no oír la necesidad. Déjeme, si no me quiere oír.

—Tú eres loco y como tal hablas —respondió el dicho—; y así, di más, si tienes más que decir, que de tu boca *no importa*.

—Sí tengo —prosiguió—. Y pues rematado estoy a las galeras de la pobreza (donde rematé de puerta en puerta por haber jugado mi hacienda), mire vuesa merced que con

39. Orig.: 'resista' (p. 27); L-1973: 'resiste'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

40. L-1973: 'agora'

41. Orig.: 'demàs' (p. 28); L-1973: 'damas'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

42. L-1973: 'arrastra'

43. Orig.: 'compustos' (p. 28); L-1973: 'compuestos'

el deseo de que valga caro el pan ha perdido la ciencia que le hacía resplandecer y para mandar es menester, que para obedecer basta un discurso natural. Ya el espejo de su ser se llenó de polvo, y ha sido sin duda de andar entre parvas y trojes. Mida su vivir y anhelar, y si ha de ser, sea mejor que mida⁴⁴ el grano que vende a los pobres y repare en el corto término que hay para llegar a la muerte. Mire que hasta el eco del hablar ha mudado y todas sus voces suenan a bruto, pues el mal tiempo le alegra, que es cuando el pobre gime; ya se puede decir por vuesa merced *Eam vocem bovis esse, non hominis*; Ésta más fue voz de buey que palabra de hombre, pues todo su estudio le emplea en desear la careza del grano y no se le oye más eco que: «¿A cómo vale? ¿A cómo anda?», no por deseo del precio bajo, sólo por su logro. El darse tanto vuesa merced a esta materia es muy dañoso; la profunda ignorancia causa desprecio e⁴⁵ irrisión y comete disformes errores; ya se ha librado de que le arrebatase el ánimo y divierta la aplicación a los estudios. Más dulce es la conversación de las Musas que la del logro; más vale asistir a las audiencias que a los almacenes. El rey don Alonso el Sabio supo ajustar el movimiento de trepidación y no supo el gobierno de sus reinos, penetró los orbes y no supo conservar el imperio ofrecido ni la corona heredada; a vuesa merced yo le enviara al arado antes que al estudio, a aventar parvas y no a hojear libros. ¿Cómo podrá aconsejar precios bajos que alivien al pobre el que tiene trigo y ganado que vender? Déjeme; que como calla y escucha me ofrece la pasión mucho que decir.

Apenas dijo esto cuando, tirándole de la capa al tal personaje otro amigo suyo, le dijo:

—Cierto que me espanta que un hombre como vos guste de estar oyendo semejantes disparates de la boca de un galeote rematado.

—Bien decís —respondió el tal—; mas todo cuanto ha dicho *no importa*.

Con esto se fue, dándole al de la cadena una notable risa, tal que a sus alegres golpes volvieron infinitas personas, arrimándosele algunas, y entre ellas un mancebo de buen parecer y cara, poca edad y muchos que le hacían sumisiones y cortesías. Pregunté a mi camarada quién era y díjome que hijo de un magnate en puesto, y que aquellos rendidos que le rodeaban necesitaban de favor para su padre, y que atendiese mi cuidado: vería lo que decía el encadenado.

Así lo hice, y al punto que llegó a gozar de la colación se santiguó el preso, diciendo:

—¡Líbreme Dios del pollo que nace enseñado a comer las migajas de la mesa del pobre! ¡Dios sea conmigo, y su santísima Madre! Y lo que se me ofrece, mirando en el horizonte de la mentira a este recién nacido Sol tan lleno de rayos, cuyas luces se ven por antojo de larga vista: que por la una parte miramos el puesto que le da poder y se nos hace un gigante, y mirado por la otra parte no se ve más de un pequeñito bulto hecho de tierra, que nació llorando como los demás. Dichoso el que llorando muere, doliéndose de la mala vida. Unos mismos cristales son los que tienen los ojos que ven estas cosas, pero está la diferencia en que por la una parte pasan las especies o los rayos visuales del centro a la circunferencia, donde se esparce la vista al mirar un hijo de un poderoso, y así, se representa grande; y por la otra parte pasan de la⁴⁶ circunferencia al centro y le miran disminuido y mortal. La diferencia es ésta de mirar éste a quien llamó mi risa. Y pues ha llegado al re-

44. Orig.: 'mide' (p. 30); L-1973: 'mida.'

45. L-1973: 'desprecio, irrisión.'

46. Orig. (p. 32) y L-1973: 'passa la.'

partimiento de mis dulces, allá va lo que le toca. Procure que le hagan buena armonía mis voces y mire que nacen con nosotros los afectos y que mucho después llega la razón, cuando los halla apoderados de la voluntad y reconocidos por señores. Tome de la escuela en que lidia lo que enseñare humildad y generosidad en socorrer al necesitado; dé de mano a los Galenos del cuerpo y busque un Epítecto para el alma; arranque con tiempo del prado de su vida la mala yerba y deje crecer la razón limpia y casta antes que se bastardee con lo que ven obrar. Y crea que no me atreviera a hablar tan claro si libre y cuerdo me viera; pero las verdades antes acuden a la boca de un loco o un niño que a la de el entendido y sabio, porque aunque la sienta, la calla por que no hiera, temeroso de lo que puede resultar; pero el loco luego lo publica, falto de atenciones. Sálgase a los zaguanes de su casa a oír al pretendiente necesitado; a la viuda afligida y al huérfano pobre; oiga cuerdo y escuche la queja rebozada de lágrimas; deje la sala adornada de pinturas lisonjeras que sólo sirven de obscurecer las luces de la razón; tape los oídos al profano clarín; sólo los abra, limpie y destape al eco lastimoso del ¡Ay!; mire con benignos ojos los pobres que guarnecen sus umbrales, no los alamares de el coche ni jaez del caballo, que lo uno importa y lo otro *no importa*; ahuyente de sí los vicios, que si los deja apoderar le parecerán virtudes: el ambición, grandeza de ánimo; la crueldad, justicia; la prodigalidad, liberalidad; la temeridad, valor, sin que la prudencia llegue a discernir lo honesto de lo malo y lo útil de lo dañoso. Destierre la ira y repare en la consideración que tuvo Naturaleza con el unicornio: entre los ojos le puso la ira para que quedase deslumbrado a la misma llama de su arrojó. En la ira no es un hombre el que antes, porque con ella sale de sí; sea fuerte y constante, que la que sale de sí no es fortaleza, ni la que se mueve sin razón. Granjee amigos y séanlo los pobres, que sus peticiones son a Dios, juez sin pasiones humanas. No tenga odio arraygado y repare que puede topar enemigos que le conozcan por el semblante desdeñoso. Suelto el alcón, lo primero que procura es librarse del cascabel, porque reconoce en su ruido su perdición y peligro de su libertad y que lleva consigo a quien le acusa; y aunque la envidia del cazador le diga a lo lejos *No importa*, no por eso cesa su pico hasta que desata las prisiones que le destruyen, quedando libre en la mansión de las selvas.

Detuvo su voz el preso porque se llegó a este mancebo un criado (o menesteroso, que a los menesterosos aun no les⁴⁷ concede la pobreza el nombre de criados, pues los deja en el de esclavos). Díjole que dejase aquel puesto y se cansase de oír a un loco. A quien respondió con el rostro severo:

—Déjeme, que *no importa*.

Y haciendo reparo el de la cadena, dijo:

—Eso ya es empezar a saberse vencer. ¡Oh, cómo me huelgo de que ocupe su pecho una generosa llama, que, aunque oculta, se descubre por todas partes y ama a la materia en que se encendió, pues gusta de mis rudimentos! Y para pagarle la atención le quiero enseñar un juego gustoso con que se entretenía un sabio en su retiro. Tomaba cuatro dados, y en cada uno decía *Muerte*, *Juicio*, *Infierno* y *Gloria*, y las otras dos partes de cada dado en blanco. Con éstos jugaba, y si pintaban todos *Muerte* se amedrentaba y temblaba, como temeroso de no saber qué tal sería la que él esperaba. Si pintaban⁴⁸ *Juicio* se acordaba

47. Orig.: 'se les' (p. 34); L-1973: 'les' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

48. L-1973: 'pintaba'

y retrataba en su idea el espantoso que se verá ante aquel Tribunal de Dios. Si los dados decían *Infierno* levantaba los ojos al cielo y con un suspiro lastimoso decía: «Si tu voluntad es mi condenación y en eso te sirve este pobre espíritu, hágase tu voluntad». Si por dicha arrojaban⁴⁹ *Gloria* era notable su contento, y si pintaban los dados diferente todo era disponerse a esperar suerte buena. Y así, vuesa merced procure huir vanidades y sea humilde, limosnero y temeroso de Dios, conociendo que le puede castigar, y verá cómo le envidia el mundo. Piense lo que ha de hablar y hable poco; gaste razones medidas y cortes y mire que la lengua es un instrumento por quien explica sus conceptos el alma y el entendimiento se da a conocer y deja entender. Si jugare la pluma, mire que también es lengua muda, que en vez de ella pinta y fija en el papel sentimiento y palabras que había de expresar con el aliento. La campana rota se conoce por el sonido; el poco entendimiento del hombre, por las palabras; el ser medido, a ratos importa, porque las palabras son el semblante del ánimo: por ellas se conoce si el juicio es quebrado o entero. En un cántaro roto no se detienen las claras aguas; aprovéchese de las guardas que Naturaleza puso a la lengua, que son los dientes, fuertes y constantes en la juventud, que es cuando el potro de la razón apenas sufre freno, y en la madura edad van faltando, por parecerles que ya hay uso de razón en aquel instrumento. La lengua es una parte muy pequeña del cuerpo, pero es como el timón de cuyo movimiento pende la perdición o salvamento de la nave, y por eso David decía a Dios: *Pone Domine custodia mori meo, et ostium circumstantiae labiis meis*: Estos labios, Señor, tiemblo; ponlos guardas y custodia. Y un poeta de los mayores del siglo dijo en una enigma: *¿Cuál es la cosa más fea y del mundo más hermosa, más dañosa o provechosa, por buena o mala que sea?* En las amenazas se conocen los quilates de la prudencia, porque el fuego de la cólera la mueve muy aprisa, y como no puede corresponder la venganza⁵⁰ a la pasión del corazón, queda después desacreditada la prudencia. No hay amenaza como el silencio; por eso decimos que es valiente el perro que acomete sin ladrar.

49. Orig.: 'arrojaba' (p. 35); L-1973: 'arrojaban'

50. Orig.: 'vengrnza' (p. 37); L-1973: 'venganza' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

TERCERA HORA DEL SUEÑO

LÁSTIMA fue que inquietasen tan sazónada plática, pues, llegando el portero, le dio dos palos para hacerle callar. A cuya acción se deshizo la rueda de gente; sólo el mancebo que escuchaba le reprehendió, diciendo:

—¿Qué causa ha dado este hombre para que le hayáis dado de palos?

—Mucha —dijo el preso—. ¿Qué más que decir verdades?

—Eso *no importa* —replicó el mozo—. Bastaba estar yo aquí oyendo con gusto.

—¡Ea! —volvió a decir el preso—. ¡Cuidado, que han salido colores al rostro! Aprovechen mis avisos: recójase ese enemigo mortal, témplese esa pasión y perdónese a este portero estirado. Cuidado en la limpieza de su oficio, que vuesa merced tiene un pie en el potro y en la horca el otro; deje buena fama, que si quiere bien puede, con buenas obras. Sin causa jamás haga mal, y si le dan causa perdone, que es acción de generosos pechos. Jamás se cebó la garra del león en humildes animales; no quiebre su enojo con los pobres presos, básteles su afán. Repárese, y obre de modo que después de muerto le alaben los pobres, que *ante mortem ne laudes hominem*; y mire que aun con causa no se debe hacer mal al pobre; pero consuélame que hay Dios justo y santo, y así, haga lo que quisiere, que *no importa*.

Solo dejaron al preso, y en el corto trecho que la cadena le permitía se empezó a pasear haciendo ruido notable, y sólo bastó a sosegarle un mozo que llegó con un panecillo, a quien preguntó que cómo no traía vino, y el mozo respondió que, encontrando al fiel, porque no se le dejó remedir ni decir cuánto llevaba le quebraron el jarro.

—Pues beberemos agua —dijo el preso—, *no importa*. Aunque, si bien se repara, harto importan semejantes acciones en la justicia, que son eclipses a su fama. El ministro es como la Luna, que repara las ausencias del Sol presidiendo a la noche: de sus movimientos crecientes, y menguantes pende la conservación de las cosas, y aunque es tan hermosa y resplandeciente y ocupa lugar tan preeminente, no por eso se repara tanto en ella como cuando padece eclipse y descubre defectos en el cuerpo; entonces todos levantan los ojos a notarla, y aun antes que suceda está la curiosidad clamando al cielo y la tienen medidos los pasos grado a grado y minuto a minuto. Si el ministro representa la persona de su Rey, y el Rey la de Dios, mire cuál debe ser. Mostrar su poder contra las cabañas pobres y dejar los obeliscos no es razón. Por eso el rayo, cuando su soberbia le arroja del cielo, aunque viene enojado no quiebra su enojo en humildes fábricas, pues siempre busca los chapiteles más levantados: en fin, obra como quien se ha criado en celestes países.

Con esto se sentó a comer el panecillo y nosotros nos subimos una escalera muy hermosa de jaspe, que por toda ella se podía mirar el que subía como en un espejo. Arriba vimos infinita gente paseándose por sus hermosos corredores, notando mi cuidado muchas salas, y en todas salían y entraban agentes, abogados, escribanos y ministros; y al querer nosotros entrar en una que su rótulo decía *Justicia* me detuvo un hombre que hacía oficio de portero y me dijo que adónde iba con espada en cinta, sin hacer reparo que todos se la quitaban para entrar en aquella sala. Detúvome y díjele:

—Yo no entro a litigar; y demás, que soy soldado, y en los tribunales de los Reales Consejos y Cárcel de Corte entro yo con espada sin que lo impidan.

—*No importa* —me respondió—, que aquí es la sala de los locos, y Tribunal de la Perdición, donde vienen los perdidos a ser sentenciados del Tiempo, a cuyas manos quedan castigados. Y a mí, como portero de esta sala, me toca hacer lo que hago.

En fin, me aparté a un lado y a breve rato vi entrar dos lacayos que dijeron iban a ver visitar a un despensero, y los dejó entrar con sus espadas en cinta y vainas abiertas.

Admireme de tal atrevimiento cuando mi camarada me preguntó que por qué no guardaban aquellos hombres las órdenes Reales y con tanto descoco iban con las vainas abiertas, tan a la vista que cualquiera lo podía notar, y más en semejante sitio.

—No habrá llegado —le respondí— a sus orejas la obediencia que han tenido los demás.

Con esto algo contento, volví al portero y le dije que pues habían entrado aquellos dos hombres con espadas me dejase a mí, y respondiome:

—Haber entrado aquéllos *no importa*.

En fin, persuadido y ya algo blando, nos franqueó la entrada, y dentro vimos que la visita se había empezado con media docena de mujeres adornadas de costosísimas galas, tapadas con sus mantos, y en ellos grandes puntas, y el Relator dijo así:

—Estas mujeres se visitan por mal entretenidas y holgazanas, y siendo así, tantas galas ¿de dónde pueden salir? La una dice que se llama doña Aldonza Constante, y no es así, porque hay testigos que la conocen mucho tiempo ha y que se llama Juana Hernández. Otra dice que se llama doña Belianisa Pancracia, y es engaño, que los testigos dicen que Dominga Pérez. Las otras no hay remedio que digan sus nombres, y los testigos dicen que en cada barrio donde viven se ponen el suyo y que viven de hacer malcasados a muchos tontos y que traen perdido el lugar.

—Eso es engaño —dijo su abogado—, que el lugar antes que estas mujeres nacieran estaba perdido. Y del género de vida de aquéstras hay muchas, y éstas sólo han venido a la cárcel por un tema; que a tales como éstas jamás se prende ni castiga, porque tienen en su casa chocolate a todas horas para quien las puede hacer mal, y melindres nunca las falta, y son francas de condición y dadivosas. Y cierto que me ha espantado que se haya hecho tal prisión en gente deste porte, que el que vivan servidas y regaladas y rompan muchas galas y no haya juro, renta, casas, viñas ni hacienda de donde venga, si ellas hallan quien se lo da *no importa*. Y en cuanto al haberse mudado el nombre, es verdad; pero cuando se llamaban Dominga, Juana, servían y no valía lo que traían a cuestras veinte reales; hoy son servidas y respetadas por sus caras aun de algunos estirados, y vale lo que a cuestras traen dos mil ducados, y así, toda su causa *no importa*.

—Vayan libres la puerta afuera —pronunció el Tribunal—. Y el alguacil que las prendió que arrime la vara y no use.

—Suplico a vuestra grandeza... —dijo un abogado en contra.

Y el fiscal se levantó y mandó callar, y prosiguió así:

—Si a⁵¹ estas mujeres no se castigan⁵² será causa de ir el mundo a peor cada día; que un día y otro día lo deja pasar la justicia y no advertimos que va llegando el día de la espanto-

51. L-1973: 'Si estas'

52. L-1973: 'castiga'

sa Justicia.⁵³ Y los vicios ajenos se deben castigar con más razón casi que los propios, porque el permitirlos es hacerlos comunes al pueblo y que digan a voz pública que el consentir el fuego es porque nos calentamos a su llama. El vulgo fácilmente disimula sus defectos, pero no puede disimular en el espejo donde se mira un átomo de sombra o mancha. El espejo del mundo es la justicia, y así, mire el Tribunal cómo sentencia: no empañe sus claros rayos sentenciando mal. No basta el nombre de justicia en quien tiene la vara, porque el pueblo discurre por lo que oye y siempre siniestramente: si oyen esta sentencia dirán que las cartas de favor que sobre los hombros traen estas mujeres fue causa; y semejantes juicios arrastran cadenas de oro y grillos de plata que van sonando por todas partes, como las campanillas que llevaba el sacerdote pendientes de las sacerdotales vestiduras para que no se olvidase que sus pasos estaban expuestos a la censura de todos. Así, el juez ha de andar con los pasos tan medidos y ajustados que le sustenten y lleven por camino derecho, y correr mal los ministros es soltar la rienda al gobierno y alentar las lenguas del común.

—Buen abogado sois —dijo un juez—. Tenéis razón, y lo que habéis dicho sí que importa.

Con esto retiraron las mujeres y salió a visita un hombre muy gordo y lleno de harina, y el Relator dijo:

—Éste es panadero de Corte y de alma villano. Está preso porque aprieta los cedazos y a cada panecillo le quita media onza, y con estas cosas tiene un montón de hacienda; y compra trigo a veinte reales en Castilla la Vieja y lo⁵⁴ vende a razón de a sesenta y cuatro, sin lo que hurta y lo que arrojan más los despajadores (que ya no usa cedazos ni saca cemite⁵⁵ como solía). Y por tener hacienda jamás ha venido a las manos del Tiempo hasta hoy, que la piedad le ha traído asido de los cabellos.

—Gran castigo merece —dijo un abogado—, y, de mi parecer, debe ser arrastrado y consumido en cenizas; que el acabar con semejante gente *no importa*.

—Sí importa —replicó el Tribunal—. Mírese bien ese punto y averigüen bien la causa, no se diga que la justicia hace y consiente injusticias; y padecería gran mal la república si quien la ha de gobernar y atajar los pecados fuese pecador público. ¿Qué cosa puede andar bien regida y con gobierno en la obra que falta plomada de cordura, nivel en las acciones, y escuadra que mida los malos viajes? Adviértase, y también se note, que cuantos hay dentro desta sala son espías vigilantes que sólo atienden a ver y oír lo que el Tribunal dice y hace, y aun de lo que piensa, penetrando los corazones tal vez a la medida de su intención o gusto para prevenir descréditos contra la misma justicia, y tal vez, o siempre, movidos de curiosidad holgazana, despiertos y atentos a los ademanes y movimientos del rostro, que es por donde se explica el corazón, puestos siempre los ojos en sus manos, como dice aquel verso: *Oculi servitorum in manibus dognorum*; Mal gobernado llevará el pulso el discípulo a quien dan la pauta tuerta para que escriba, pues será fuerza que los renglones imiten a la pauta; esto es cierto, y aun en los rectos se suele hallar defecto; ¿qué hará en la desatención del mal ministro? ¿Quién más hermoso y perfecto que ese lumínar mayor que da ser y hermosura a las cosas criadas, y la curiosidad le halla manchas y

53. El Juicio Final.

54. Orig. (p. 44) y L-1973: 'y oy'.

55. De la harina, en grado de calidad descendente, se obtiene la 'flor' el 'cemite' y el 'salvado'.

escuridades, a pesar de sus rayos? En la justificación se ha de estudiar no más, para quitar de la boca común la murmuración. En viendo un defecto en el ministro luego al punto se miran unos a otros y, encogiéndose de hombros, sin hablar se hablan: hierve en sus pechos el secreto, centelleando el fuego del deseo de manifestarlo hasta que rebosa: andan las bocas besando las orejas; éste se juramenta con aquél y se lo dice, y aquél con el otro, y sin saberlo nadie lo saben todos; baja el murmurio en un punto a los patios y calabozos, y de los calabozos a las esquinas y aun a las tabernas, donde el crédito se pierde. Donde hay pasión no hay juicio; la enmienda se debe procurar, porque el vulgacho vil echa luego la culpa al príncipe y se queja en público. No es defecto de la Luna el que padece en el eclipse, sino de la Tierra, que interpone sus sombras entre ella y el Sol, y con todo eso se le atribuye el mundo. A un príncipe justo le suele hacer odioso el mal gobierno de sus ministros, particularmente cuando tratan en otra cosa que en el estudio del bien común. Suelen las abejas sacar a las puertas de sus palacios a los zánganos y los quitan allí la vida a pura lanzada, como a gente inútil y depravada. Limpia la conciencia, criará buena cera y miel: cera para dar luz, desterrando las sombras de la malicia y usura; y miel para agasajar a los pobres, que sólo en el pan barato libran todos su alivio.

Con esto el Tribunal se levantó, diciendo:

—¿Esto decían que *no importaba*? ¡Bueno!

Salímonos todos fuera, y yo y mi camarada nos bajamos al patio, donde vimos llorar a una mujer tan amargamente que causaba lástima a cuantos la miraban. Quejábase de que no se había visitado su marido, y su abogado (que era a quien se quejaba) la dijo:

—Calle vuesa merced, que día más o menos *no importa*.

—Harto importa —replicó la mujer— que al cabo de tantos días no se me haga justicia por ser pobre. Quejareme al Cielo contra los malos ministros; y si la censura ajena compone las costumbres, corríjase el que lo hubiere menester. Y déjenme llorar, que *no importa*.

—¡Echen fuera esa loca! —dijo un agente bullicioso.

A quien otro hombre de buena presencia detuvo, diciendo:

—¡Déjala másín! Quejese, pues es su defensa. No la quieras quitar ese lastimoso consuelo; deja que con la voz llame lágrimas a los ojos, que es veneno que había congelado la pasión; viértale y quejese para que a quien le importa se enmiende, que tal vez lo que no puede el martillo enmienda la lima, y los defectos de el telar enmienda la tijera. Las murmuraciones, en las orejas obedientes, humildes y deseosas del bien de su alma detienen⁵⁶ la rienda y componen las costumbres. No tiene el vicio otro mayor enemigo que la censura. La patria donde vive lo tirano no se permite feliz; trabajo grande fuera no sentir lo que se quiere y tal vez decir lo que se siente. Injusta pretensión es de los hombres querer poner candados a los labios de los doloridos y querer vedarlos el que se quejen y murmuren debajo del yugo de la servidumbre. Sixto Quinto lo dijo: «Dejadlos murmurar, pues nos dejan mandar»; decíalo cuando le decían lo mal que hablaban de él por Roma. La murmuración justa *no importa*; desvanecerse con loores propios es ligereza de juicio; ofenderse de cualquiera cosa es de particulares; disimular mucho, de príncipes; no perdonar nada, de tiranos. Estando el Emperador Carlos Quinto en Barcelona le trujeron un proceso (fulminado contra algunos que murmuraban sus acciones) para consultar la

56. Orig.: 'detienden' (p. 48); L-1973: 'destienden.' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

sentencia, y, mostrándose indignado contra quien le traía, echó el proceso en la lumbre donde se estaba calentando, diciendo: «Si damos causa que murmuren *no importa*»: atención como del mayor monarca que vieron las edades. Llore esa mujer; quédese de los trabajos que la molestan, que para ella es alivio. Del soberbio monte nace la bulliciosa fuentecilla, y aunque le debe el caudal con que vive, le murmura lo poderoso a sus mismas espaldas; pero no por eso atropelladamente procura vengarse el monte, que para hacerlo con un humilde había de bajar de su punto y perder su altivez, y así, mirándola, dice: «Murmura de mi soberbia, que parece que quiero competir con el cielo. Y ya que a tu humildad no le queda más alivio, no te le quiero quitar: murmura, que *no importa*». No se alcanza fama sin sufrimiento; la vida justa sirve de luz al mundo, y perdonar las injurias del prójimo lo manda Dios.

Con esto se fue el tal hombre, y la mujer, continuando en llorar, se llegó a otra, también triste, pero suspenso y quieta, a quien dijo la afligida:

—¿Qué hay, señora Fulana?

—¡Ya puede ver! —la respondió—. Aquí estoy mirando las demostraciones del sentir que muestra. Y eso es querer llevar las cosas a puñadas: *no importa* el trabajo cuando viene merecido; el sufrimiento engrandece el ánimo; no está la felicidad en vivir, sino en saber vivir; no vive más el que más vive, sino el que mejor vive, porque el tiempo no mide la vida, sino el empleo de ella; corta es la vida que en sí misma se consume: dé tiempo al Tiempo,⁵⁷ que es lo que importa; que apasionarle tanto *no importa*. No hay vida tan corta que no tenga hartos lugares de sentir: no lo quisiera sentir todo hoy, deje algo para mañana, que si a un pobre le falta este plato morirá luego, y sin duda lo debe de querer perder todo. Ya veo que llorara poco el pobre si se⁵⁸ supiera enternecer el poderoso, y así, el juez había de traer pendiente al cuello una muerte, para obrar como justo o por lo menos como mortal, y acordarse de Boleslao,⁵⁹ rey de Polonia, que traía al cuello una medalla de oro en que estaba el retrato de su padre (que había sido rey justo), y cuando había de resolver algún negocio la miraba y besaba diciendo: «No quiera Dios que yo haga cosa indigna de vuestro Real nombre». ¡Oh, cómo si trujeran los que gobiernan al cuello los recuerdos de una muerte cierta que los espera sin saber cuándo, no dijeran en las necesidades del pobre: *No importa!* Cetro es una vara en las manos de un buen ministro, y en otras manos es sólo un palo. En la vara se debe llevar esculpida una cruz, significación de justicia y piedad. Los egipcios grababan en el cetro⁶⁰ una cabeza de cigüeña, ave religiosa y piadosa, y en la parte inferior del cetro un pie de hipopótamo,⁶¹ animal impío e ingrato a sus padres. A este modo, hoy se había de llevar al pie de la cruz una calavera de la muerte, que sirviera de despertador. Las desatenciones y la impiedad forman una cadena que arrastra hasta el Infierno. Los vicios son una ignorancia que se opone a la prudencia, y es violencia que siempre trabaja en su propia ruina. Mantener la maldad es multiplicar inconvenientes:

57. Orig. (p. 49-50) y L-1973: '...se consume, de tiempo, por el tiempo.' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

58. Orig. (p. 50) y L-1973: 'le'.

59. Por 'Boleslav'.

60. L-1973: 'centro'.

61. Orig. (p. 50) y L-1973: 'ypodamo.' El autor evidencia haber leído la *Idea de un príncipe político cristiano*, de Saavedra Fajardo: '...y en la parte inferior un pie de hipopótamo, animal impío e ingrato a su padre, contra cuya vida maquina por gozar libre de los amores de su madre' (empresa XVIII).

peligrosa fábrica que presto cae sobre quien la levanta, y tan precipitados y empedernidos que aunque se miran en cenizas con todo su poder y oyen el de: «¡Ah miserable, que no te supiste gobernar!», responden (como quien destierra el sentimiento): «*No importa*». ¡Oh, cuántos procuran hoy la vara de justicia para solo sus libertades, sin atender al grave peso que trae consigo! En los convites de Atenas se usaba el que fuese delante de los convidados un niño que llevaba en las manos un canastillo lleno de pan y el cuerpo lleno de hojas espinosas. Así es la vara: suave en el nombre, y si se empuña mal, se clavan sus abrojos en las manos y aun en el alma. Bien lo conoció el juez que, siendo nombrado por tal, puso la vara en el suelo y dijo: «Quien no te conoce te levante, que mis fuerzas no son bastantes para tan grave peso».

Todo este prólogo la he dicho —prosiguió la mujer— para que se⁶² consuele; y crea que no es todo malo, que jueces hay piadosos, santos y buenos, que se enternecen al ver un pobre. Y así, cobre aliento, que habiendo buenos, como tengo dicho, que haya algunos malos *no importa*.

Con esto se despidieron las dos echando cada una por su parte; y yo, volviendo a mi camarada, le dije:

—También las mujeres entienden política.

—No hay duda en eso —me respondió—; que el ingenio de la mujer es muy agudo y su natural prompto en decir, y muy feliz memoria. Y ésta sin duda ha leído, según ha hablado, porque todo cuanto ha dicho es muy justo, y verdaderamente que la vara de ministro es un cetro, y que se debe usar noblemente oyendo al pobre como al rico, que por eso dijo el rey Antígono a su hijo: *An ignoras fili mi,*⁶³ *nostrum regnum esse nobilem servitutem?*; No ignores, ¡oh hijo mío!, que nuestro reino no es más de una noble servidumbre; y sin duda fundada en esto una mujer, escusándose un juez de darla audiencia, le dijo en alta voz: «Deja, pues, la vara». ¡Oh, cómo lo entendió bien el rey don Fernando el Santo, cuando dijo: «El reinar es un oficio, que consiste en conservar los súbditos en paz y mantenerlos⁶⁴ en justicia castigando vicios y premiando virtudes».

—Todo eso debe hacer el buen juez —dije yo— pareciéndose al monte que, cercano al cielo, parece que le comunica, recogiendo en sí lluvias y escarchas y copiosa nieve que, deshecha⁶⁵ en arroyos, reparte entre las humildes plantas de sus prados. Comunique el buen juez a Dios para que le dé acierto en el gobierno de su oficio; reciba los rigores, desvelos y cansancio en sí, y con amor y riguridad cuando fuere necesario reparta su juicio entre los súbditos; que, haciendo esto con atención cristiana, lo demás *no importa*. Y el que así no imagina el hacerlo deje de ser monte y humíllese a ser prado.

Inquietáronnos unos presos que a grandes voces decían: «¡Vamos a ver el loco!». Causa fue el oírlo yo para que arrojase colores al rostro, porque creí que lo decían por mi compañero, que,⁶⁶ aunque tan discursivo, nadie miraba⁶⁷ más de lo aparente, que era un hombre roto y desandrajado; pero consóleme diciendo entre mí: —Que me vean a su lado *no importa*.

62. L-1973: 'para que'

63. L-1973: 'fili mi[hi]'

64. Orig.: 'mentenerlos' (p. 53); L-1973: 'mantenerlos'

65. Orig. (p. 53) y L-1973: 'desecha' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

66. L-1973: '...colores al rostro, que aunque...'

67. Orig.: 'miraeba' (p. 53); L-1973: 'miraba'

Esta es notable ceguedad de los hombres: acompañase⁶⁸ con uno malo un bueno y párecele que *no importa*. Procura el lujurioso a la mujer ajena, y lo primero es ganar la amistad del marido y acompañarse con él; y si la razón le dijese al oído: «Hombre, mira que es notable traición agasajar al pastor para quitarle la oveja», responde:⁶⁹ «*No importa*». Otro, por comer y beber, suele dar el lado a un ladrón público; que quien los ve juntos dice entre sí, y aun públicamente: «Tan bueno es el uno como el otro», y, si no, el refrán castellano y verdadero: *Dime con quién andas y dírete quién eres*; y si algún amigo le reprehende y dice: «Mirad⁷⁰ que Fulano tiene mala fama y que andar vos con él parece mal», responde: «Sea yo quien soy, y mas que sea él el verdugo y que nos vean juntos, *no importa*». Reprehenden a otro diciendo: «Mirad, Fulano, que hacéis mal en que sea vuestra casa platillo de conversaciones y que vuestra mujer converse con tanta parcialidad con vuestros amigos; que quien lo ve juzga temerariamente, y que siempre miramos con ojos criminales las acciones del otro y prevenimos lo que nos parece que puede suceder», responde: «Mi mujer es honrada y buena, y todo cuanto decís *no importa*». Entra el que tenemos por muy recoleto y observante, siempre reprendiendo y aconsejando en la casa de la conversación, donde se oye el juramento y el porvida, y si Fulana cojea y Fulano la mira, y si es dichoso Zutano en hablar a Fulana, y si le⁷¹ dicen que para qué entra en el que llama infierno y en el que está harto de vituperar por⁷² sitio infame, responde: «Yo no entro a conversar ni a jugar, y así, *no importa*». Deja el hombre mentecato que su mujer se acompañe con otra que no tiene muy buenas vueltas, y que vayan juntas a misa, a sermón, al Prado y a la comedia, y tiene por agasajo el que la tal entre con el tonillo de «Doña Fulana, ¿qué hacéis tan triste? ¡Ea, andad acá conmigo! No estéis siempre encerrada. ¡Jesús, qué recoleta sois! Vamos al Retiro a tomar el sol, que, yendo conmigo, el señor Fulano lo tendrá a bien». «¡Jesús mil veces (responde el tal tonto), mi señora doña Fulana! ¿Cuándo merecimos tanto agasajo como nos hace? Vaya Fulana muy en hora buena sirviendo a vuesa merced». Con esto toma el manto con más brío que la almohadilla, y si la razón le dijera al tal tonto: «Mirad que no andáis como cuerdo en que vuestra mujer se acompañe con Fulana; procurad tapar la boca al que dirán, que es una palabra muy atrevida», responde: «¿Qué pueden decir? Mi mujer es buena; que la otra sea mala *no importa*». ¡Oh ceguedad notable, cuántos prueban de tu veneno!

Siguiendo fuimos la gente que dijo que iba a ver al loco, cuando en una sala de los corredores altos vi un hombre que sobre un banco tenía puesto un madero tuerto y le reglaba con una regla de plomo, muy delgada, de modo que la hacía torcer como el madero.

—¿Qué hacéis ahí?, le preguntó un preso de buen juicio, según se vio.

Y respondió él:

—Cobrar fama eterna en el mundo loco.

—Harto más loco sois vos, replicó el preso.

A a quien volvió a responder:

68. Orig. (p. 53) y L-1973: 'acompañarse'

69. Orig. (p. 54) y L-1973: 'responden'

70. L-1973: 'Mira' Ocurre 2 veces más en este mismo cap.

71. L-1973: 'te'

72. Por considerarlo.

—Os engañáis, que sólo el que quiere fama obra tuertos, y yo he dado en ir contra la razón para eternizar mi fama. Y si me tuvieren por loco *no importa*, que como he reparado que nadie consiente regla derecha en su vida ni consienten plomada a lo resalido de sus vicios ni medida en su logro, he dado en jugar en mis obras con una regla que ella misma se sujete y no sujete, y con este arbitrio seré hombre.

—Mediante Dios sí serás —respondió el preso—, pero loco y perdido.

—Loco concedo —replicó—, pero perdido niego; que aunque pocos me topan es porque no me buscan, que harto hallado estoy en esta casa seis años ha por unas deudas de amor o empeños del *no importa* que ya muy tarde podré pagar. En fin, yo quiero inventar nuevo modo de gobernación, y para eso obro como ves,⁷³ que yo no alcanzo el modo con que se inventó la potestad y mayoría del mundo, porque el saberlo, para mí, que soy un pobre, *no importa*.

73. L-1973: 'como es'.

CUARTA HORA DEL SUEÑO

PARA que sepas tú y los circunstantes —prosiguió el preso— del modo que se fue⁷⁴ organizando en la tierra de bendición la maleza entre el cándido trigo, oye:

En las primeras edades apenas hubo necesidad de pena, porque no era conocida la culpa como ahora, que hay muchos hipócritas enredadores, pero entonces no había necesidad de premio, porque lo honesto era amado por sí solo; pero nació de las malezas de la tierra la malicia, y así que la virtud la vio se recató y encubrió la que antes sencilla e inadvertida vivía por los campos. ¡Lloren todos los nacidos aquel tiempo! Desestimose con esto la igualdad y perdióse la modestia y la vergüenza; introdújose la ambición, y con ella las dominaciones, porque la prudencia, obligada de la necesidad, buscó medios para que los hombres se redujesen a la compañía civil y se ejercitasen en lo que les inclinaba la razón. Entró el consejo y también el engaño, porque resonó en los vientos la queja del hombre; tomó asiento quieto el común consentimiento y de él procedió la potestad, ilustrada de la ley natural, para que entrase en el mundo y fuese conocida la justicia, premiando al bueno y castigando al malo; y por la confusión en el resolver, de común acuerdo y natural se nombró a quien mandase y a quien obedeciese, siendo el tal elegido el que sobrepujase en bondad y virtud a todos. Hasta aquí, tiempo tranquilo y quieto; pero conociendo lo natural del hombre el tiempo venidero, y en él tantas dificultades, ladronicios, usuras, venganzas, muertes, enemistades y tanta confusión, escribió leyes penales y distributivas que significan la espada y la regla: la espada con dos filos iguales, para que cortase para el rico como para el pobre, y la regla para dar a cada uno lo que fuese suyo; y así, a esta regla de justicia se han de ajustar las cosas, no la regla a las cosas. Y tú sin duda sigues el uso de la regla lesbia, que por ser de plomo se doblaba y acomodaba a las formas de las piedras. Bueno fuera que siendo nuestra regla el alma, que obra desde la oficina del corazón, no sujetara las pasiones del cuerpo, sino que el cuerpo la volviera de cera y la sujetara. Tú, en fin, eres loco.

—*No importa* —replicó—, que yo quiero seguir la opinión de muchos, con que entretienen el mundo armando zancadillas y tramoyas a los pleitos para que duren y consuman y acaben a los pleiteantes y siempre quede el pleito en pie y con más volumen de papel para, cuando vengan otros, hallen más compulsa o más confusión o más gastadero de hacienda; porque no habiendo reglas de plomo que se sujeten y no sujeten se acabarán los pleitos y perecerán ochenta mil abogados y noventa mil agentes y sesenta cargas de procuradores, zánganos de la colmena de la Justicia. ¡Oh, qué de confusión que veo en estos patios! ¡Qué de perdidos pleiteantes! Y ¡qué de hallados chupadores que, explicando mal, llenan los oídos de confusión y de desesperaciones al pretendiente, poblando sus bolsas de dinero y con sus almas al Infierno! Los campos están solitarios porque los cultivadores están pleiteando; la guerra está en paz porque los soldados pleitean aburridos, y en la campaña y en los campos hay pocos buenos y sustentan a muchos malos. Veo las

74. Orig. (p. 57) y L-1973: 'que fue' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

plazas hechas golfos de piratas, y en otras partes golfos de forajidos, y los que habían de ser guardas del derecho lo son de mi regla y cadenas del pobre pretendiente, y así, a mi regla me atengo, que lo demás *no importa*. Sólo pido a Dios me deje ver un día tan feliz como el que hizo ver el emperador Trajano, que un día de grandes borrascas hizo meter en unos barcos sin remo ni vela a muchísimos agentes y procuradores, dejándolos perecer entre las espantosas olas.

—Para loco te dejo —dijo el preso—, pues ya lo has confirmado en desear mal a tu prójimo.

Con esto se fue y todos hicimos lo mismo, y al pisar el patio vimos un hombre que se paseaba solo, y, reparando bien, le notamos un hábito de Santiago en una capa muy raída, el semblante y el cuerpo muy señor. Llegose a él un mozo desandrajado y le dijo:

—Señor don Fulano, venga vuesa merced adentro: verá jugar las armas a estos caballeros, que gustan de su presencia para que los corrija.

—Déjame —replicó el tal—, que para mí, que no he sabido gobernarme, no es el administrar maestría. Déjame en mi soledad pensando en mi fortuna, que mi mal no es para comunicado, porque la comunicación no presta alivios a mi dolor. Nace la tortolilla hermosa cifra del prado, enamorada y querida, y no por eso deja de llorar; déjame a mí, que aunque podía a lo rojo de esta cifra alentarme, no puedo dejar de gemir, y ya la holgura, para mí *no importa*.

Con esto mudó sitio, y yo, con la curiosidad de saber, pregunté a mi camarada la causa,⁷⁵ y dijo así:

—Este hombre fue una piedra criada en la campaña militar, a quien las atenciones de su rey, y haciendo oficio de arquimista,⁷⁶ buriló en su dureza aquella cruz para que conociera la estimación que de él hacía. Con ella en los pechos arriesgó la vida infinitas veces en defensa de su príncipe, y sobre si tuvo culpa en una pérdida o no le tienen aquí pereciendo, con tal hambre como sufrimiento, causado de la envidia; que ella sola quiere lucir.

—Lástima me hace —dije—. Y cierto que representa bien el ser caballero, que cuando un hábito de Santiago luce sobre una concha que se crió expuesta a los combates del enemigo y, salpicada de sangre, consiguió que quedase señalada una cruz, merecimiento es, no merced que se hace a muchos en la cuna. La bizarría procura este adorno a fuerza de servicios hechos en la guerra, y tal don sólo se había de dar a quien hubiese servido en campaña cuatro años por lo menos y merecido la jineta por sus hechos; y si así se hiciera se aplicara más la nobleza al ejercicio militar y florecieran más las artes de la guerra; pero tal vez la majestad, importunada, premia a los presentes, vencido del importuno doméstico, sin acordarse del ausente, que gana más aprobaciones que mercedes: servicios que huelen a ámbar se suelen premiar antes que los que andan llenos de polvo y sangre. Servir en las cortes, dice un autor que más es granjería que mérito, porque llega antes el premio a los que se ven que a los que se oyen, porque más se dejan lisonjear los ojos que las orejas. ¡Oh, qué notable peso es el de una corona, pues ha de estar en todo! Por eso es tan parecido un rey a Dios, porque está en todas partes y el rey lo debe estar. La mucha confianza suele desacreditar a los príncipes. Desdichado del que engaña a un rey cándido y puro que

75. L-1973: 'cuasa'

76. L-1973: 'alquimista'

sabe premiar a quien lo merece y castigar también. No es más de un hombre y ha menester a otros: es la cabeza del cuerpo de la república, y, aunque parte suprema, necesita de las manos para su adorno, pero no por eso nadie presume tanto de su persona y calidades que se imagine tan necesario que no podrá vivir el príncipe sin él, porque nunca faltan instrumentos para su servicio, y tal vez suelen, desdeñados, olvidarse de los mayores ministros. Pasando una majestad grande por una calle, vio labrar una majestuosa casa, y, preguntando cómo era, le respondieron «De Fulano». Replicó el Príncipe: «No entre más en Palacio». Volvieron a responder: «Mire vuestra Majestad que Fulano es muy menesteroso a vuestro Real servicio», y el Rey dijo: «No importa. Haced cuenta que murió». La humildad es muy importante a los que sirven, no remontarse tanto que, llegando a las luces del Sol, caigan chamuscadas sus alas. Dichosos los que amaron la soledad y huyeron de las cortes, pues el que en ellas ha de vivir ha de pasar a muchos⁷⁷ sustos, porque es una puente muy angosta y de vidrio. Bien lo conoció aquel sabio que, siendo buscado del grande⁷⁸ Alejandro por su gran fama, le halló habitando dentro de una tinaja, donde, defendido de el aire, gozaba el rayo del sol; y después de haber escuchado muchos ofrecimientos de Alejandro le respondió: «Quítate de delante, que me ofreces mucho y me estás quitando lo que no me puedes dar. Sí: el sol que me alienta me quitas, y con él vivo contento, tan quitado de los haberes del mundo que ayer arrojé el vaso con que bebía porque vi a otro hombre que le servían sus manos y con ellas sin más instrumento bebió; y así, todo tu poder y ofrecer, para mí *no importa*». Esto le⁷⁹ respondió Diógenes Cínico al grande Alejandro, y viendo su desprecio notable, dijo: «A no ser Alejandro, como soy, de buena gana fuera Diógenes». ¡Oh, con cuánta quietud y sosiego de alma debe vivir el que asiste a gobernar la justicia de un príncipe! ¡Qué pisar tan sentido! ¡Qué mirar tan fijo y qué hablar tan medido! ¡Qué adquirir tan pobre! ¡Qué desterrados de la vanidad y medidos de gasto! Dichoso será el príncipe que tuviese tales amigos que le digan la verdad y lo que sirve de aliento al pobre, no sirviéndose de jueces como aquel que, llegando a sus orejas las repetidas lágrimas de los pobres en que se quejaban de la riguridad de la hambre y que el pan que alcanzaban, demás del subido precio, era tan negro que no se podía comer, respondió: «En verdad que no sé cómo eso es así, que yo bien blanco lo como»; aunque tales ministros falten de un Palacio, *no importa*. Alabe el mundo presente y venidero y burile en láminas de mármol y bronce lo que se vio en la majestad de Felipe IV el Grande, el Piadoso y el Católico, que, oyendo las quejas de los pobres en cierta falta de pan originada de las mudanzas de la moneda, al ir al entrar en su capilla, oyendo el eco de algunos pobres que en voz alta contaban su necesidad, se le enternecieron tantos los ojos que hubo de valerse de un lienzo que los enjugó. ¡Oh piedad cristiana! ¡Oh acción digna de alabanza!, pues, demás del sentimiento, se fue aumentado el⁸⁰ alegría en los pobres con la abundancia que ocasionaron el riego de aquellos ojos. *No importa* la buena cosecha de grano si lo demás vale a subido precio. Si el labrador, que no⁸¹ tiene más caudal que aquellos granos de oro, necesita de comprar todo

77. Orig.: 'passar a muchos' (p. 63); L-1973: 'pasar muchos'

78. L-1973: 'gran'

79. Orig.: 'la' (p. 64); L-1973: 'le' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

80. L-1973: 'la'

81. Orig. (p. 65) y L-1973: 'que tiene' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

lo demás con que pasa y vive, y le cuesta los ojos de la cara, fuerza será que procure valerse de su hacienda en sacar algo más de lo ordinario. Esto⁸² vaya en buena hora,⁸³ que si tiene necesidad él bajará de precio; pero mal lo hará el que encierra granos y los almacena, sin arar ni barbechar, sólo aguardando la necesidad de el pobre labrador que, desnudo y descalzo, aguarda el agosto para pagar en grano al poderoso que le prestó el dinero, y apenas coge para la deuda, con que vuelve al nuevo empeño. Y de este modo el logrero vende grano sin pasar fríos ni escarchas, y siempre en sus trece aunque valga a ocho, porque hacen su cuenta: «En vendiendo el pobre venderé yo, que su grano poco es y presto se acabará»; y así, se ve un día mucho pan y barato porque este día coció el labrador del⁸⁴ suyo; otro día se ve poco pan y caro porque compró el labrador del logrero. Estas son cartas de marear y advertencias, pues en ajenas borrascas y prósperas navegaciones se reconocen las riberras del logro, se sondean los golfos de la ambición, se descubren las secas conciencias y se advierten los levantados escollos que anhelan a competir con el Sol. Paseábase un sabio por un ameno jardín, y a todos los gusanos que apartados hallaba de los árboles los cogía y graciosamente llegaba a los troncos, y a los que topaba⁸⁵ asidos ya y royendo los echaba en el suelo y pisaba. Preguntóle el jardinero la causa de su entretenimiento, y díjole así: «A estos pobres gusanillos que, temerosos de una ruina, no se atreven a llegar a los troncos, es menester ayudarlos; y a los que, ambiciosos, se atreven, cegados de su vanidad, a los gigantes de este pensil, caigan en tierra, y viéndose en ella conocerán la distancia que hay de los descansos a los trabajos, que aunque luego vuelvan a roer, ya será con algún temor si antes no llega la planta de la justicia y los pisa».

—Bien has moralizado —me dijo mi camarada—. Anda acá, que ya tengo deseo de salir desta⁸⁶ casa. Y antes que lo hagamos repara en aquella cruz a cuyos lados hay pintadas dos almas del Purgatorio, y lee el romance que a sus pies hay.

Hícelo así, y decía:

Si por dicha, ¡oh caminante!,
 pasares por este sitio
 adonde volvió la muerte
 triste sombra mi edificio,
 mira que asisto cadáver
 en el campo del olvido,
 reducido todo el ser
 al ser que me dio principio.
 Anhelando a tu socorro
 en este fúnebre abrigo,
 que a Dios supliques por mí,
 hoy solamente te pido.

82. En la ed. de 1723: 'Este'

83. L-1973: 'hora buena'

84. Orig. (p. 66) y L-1973: 'de.'

85. L-1973: 'encontraba'

86. L-1973: 'de esta'. No anotaré otros casos.

Mírame que ya no soy;
repara cómo ya he sido,
y entre luces eclipsadas
ya mi sol anochecido.

Fui; no soy, ¡Oh triste suerte
de aquel pobre peregrino
que no creyó que había muerte,
ni tuvo horror de sí mismo!⁸⁷

Mi mayor contrario fui;
fui mi mayor enemigo,
que sin dolerme del alma
fui mi verdugo y cuchillo.

Soy aquel que de la nada
me vi formado obelisco,
cuya arquitectura humana
se vio sobre piedras cinco.

¡Ay de mí!, que cuando era
no fui, pues que, divertido,
no me supe aprovechar
de la memoria de un siglo.

Malogré aquellos talentos
que me dio el mejor Amigo,
y por sentirme deudor
sólo a tu socorro aspiro.

Duélete de mi congoja
y del tormento en que gimo,
que aunque muerto me contemplas,
para la pena estoy vivo.

Tu oración es mi socorro,
la limosna y el cilicio,⁸⁸
que, si lo haces, dichosos
seremos a un tiempo mismo.

Entre la espantosa llama
me abraso, tan sin alivio,
que sólo pronunciar *Santo*,
es lo que apaga el gemido.

Y pues viviente te ves,
socorre este llanto mío;
¡Así cuando así te veas
halles quien haga lo mismo!

87. Orig.: 'nismo' (p. 68); L-1973: 'mismo'.

88. L-1973: 'cilicio'. No anotaré otros casos.

—¡Afuera, vanidades del mundo! —dije en voz alta—. Prestad el oído a este reclamo lastimoso y mirad su certeza, que si dan olvidos a esta sonora trompa y los oídos se tapan a su eco, el tener hacienda *no importa*.

Luego me enseñó mi camarada un hombre con un libro en las manos, muy dado todo a su leyenda, tan embebido que parecía haber hallado en él algún tesoro. Pregunté quién era, y respondió mi camarada:

—Éste está preso por adivino, o por enredador, que a tales gentes el llamarlos así *no importa*, pues soberbiamente quieren parecerse a Dios, que es sólo el que sabe lo por venir. Y aquel libro le⁸⁹ ha escrito él y no han querido conceder la licencia para la impresión. Dáble por título: *Arte de adivinar*. Y en diciéndole que mire que gasta en balde el mejor tesoro, que es el tiempo, responde: «*No importa*».

—¡En buena locura da! —dije yo—. Éste merece lo que los persas cuando se previnieron de mármoles para escribir en ellos la victoria que se prometían por adivinaciones en la guerra que esperaban contra⁹⁰ los atenienses, y, siendo vencidos, se valieron los atenienses de los mismos mármoles, de que labraron una estatua a la venganza. La presunción⁹¹ de saber lo futuro es una especie de rebeldía contra Dios, porque su eterna sabiduría permite que la prudencia humana pueda conjeturar, pero no adivinar, porque es muy corta de vista en lo futuro la sabiduría del hombre. Y, si no, mírese en este miserable enredador: si tanto sabe que escribe esta ciencia, ¿cómo no adivinó esta prisión y trabajos que pasa?

—La causa de su locura —dijo mi camarada— fue un vecino suyo que tenía fama de adivino y con ella ganaba dinero como tierra; y este codicioso dio también en la locura, leyendo la *Arismética* de Moya y el *Repertorio*⁹² *perpetuo*, y con eso se ha presumido maestro; pero no ha tenido la fortuna que el otro.

—Ahí —dije yo— entra bien el cuento de los pescadores de la isla de Quío, que arrojaron las redes al mar y, creyendo sacar pescados, sacaron una trípode, que era un vaso de los sacrificios (aunque no falta autor que diga que era una mesa redonda con tres pies, obra maravillosa y de gran valor, hecha de oro finísimo por mano de Vulcano), con que creció en todos los pescadores de aquella isla la codicia de arrojar redes al mar, hallándose burlados como este adivino, que por ver medras en su vecino quiso tentar el vado de adivinar y se ha encallado en la Cárcel de el *No importa*.

—De ahí nace —dijo mi compañero— el que deben los jueces y el superior huir novedades y adivinaciones, pues no hay más adivinar que la resignación toda en la voluntad de Dios, que es causa de todas las causas; porque el gobernarse algunos por ejemplos y adivinaciones tiene gran riesgo, y es muy dificultoso, cuando no sea imposible, que en un caso concurren con igualdad las mismas circunstancias y accidentes que en otro; porque esas segundas causas de los cielos andan siempre volteando y formando nuevos aspectos entre los astros con que producen sus efectos y causan mudanzas. Y el que mira a otro Norte

89. L-1973: 'lo.'

90. L-1973: 'con.'

91. L-1973: 'presunción'. No anotaré otros casos.

92. L-1973: '*Aritmética...Repertorio*'.

que al de Dios obra miserablemente, y si viviere ajustado, como el que nació para morir y ser juzgado, aunque el mundo, guarnecido de envidias, le⁹³ censure, *no importa*.

Inquietonos un preso que con repetidas ansias se quejaba de la fortuna, y en las razones que se le oyeron era soldado. Paseábase, y decía así:

—*No importa* haber salido de los naufragios si el que escapa no cuelga el timón en el Palacio del Desengaño. *No importa* el haber tenido fortuna en diez batallas si antes de verse como yo no se redujo el soldado a colgar la espada en el Padrón de el Olvido antes que verse gobernado y mandado de uno que jamás ha sabido salir de la estufa ni ha visto la cara a la necesidad, que la tiene tan fiera que sólo espanta a los lindos que se crían al sabor del chocolate y no al ruido de la pólvora atascado en los golfos con los pies penitentes y la⁹⁴ cabeza cortés y el cuerpo de⁹⁵ azotado, cayendo encima desperdicios de las nubes, que sin piedad se vengan en un sufrimiento demasiado como ven debajo la paciencia notable de un soldado español. ¡Abran estas puertas para que salga el eco de mis ansias y llegue a las orejas de quien lo puede⁹⁶ remediar! ¡Señor, vente a mí, ya que no me dejan ir a ti! Oye que me quejo como leal que te ha servido fielmente. *No importa* que yo haya sido defensor tuyo si tú no lo sabes ni me dejan que te lo diga. Franquea esas entradas, quita las telas que impiden el ver tu presencia y verás en el amante español, fiero y adusto sólo al enemigo, más ternezas que en el que desnuda la cebolla. Pregunta como Saúl: *Quid habet populus, quod plorat?* ¿Quién llora?, dirás al oír tan justas quejas como las mías, pues habiendo empleado la flor de mi vida en tu defensa y servicio sin galardón hasta hoy, por contera de mis ansias me han preso por que no me oigas. Mira que mis lágrimas vertidas no pueden humedecer tu vista porque no quiere aquel a quien está bien que dure la guerra. Mira que las experiencias en el daño ajeno son felices, pero no persuaden tanto como las propias,⁹⁷ porque aquéllas las vemos o las olmos y éstas las sentimos, porque el peligro las deja ver esculpidas en el corazón. ¿Quién podrá desengañarte, como quien sabe la duda que te molesta? En tanto que el ratón no goza las fieras uñas del gato no sabe la pensión que tiene el ser goloso. Los naufragios vistos desde la arena se sienten, pero no tanto como el que los pasa en el piélagos feroz. Mira, señor, que la verdad llega tarde a tus orejas porque la malicia, centinela cautelosa, la detiene en los portales de tus palacios, y luego la lisonja se cura en sano disfrazando la verdad, que, tímida y vergonzosa, no se atreve a descubrir su hermoso semblante porque teme el peligrar a la vista de tanto enemigo. No hay sentimiento o dolor en cualquiera parte del cuerpo que en un instante no toque al corazón, como a príncipe de la vida, a cuyo calor se agrega el alma, informándola del achaque. Alma y corazón de sus vasallos es un príncipe: infórmenle de los trabajos que pasan los pobres vasallos para que, piadoso y compasivo, aplique la cura. Pero muy mal explicará la necesidad quien no sabe lo que es. Un pobre había de servir de reloj a la vida de un rey, que pudiera desengañadamente decir: «Tal hora es, señor; ves aquí la señal de mis ojos, que representan a un pobre con cuatro reales y seis hijos. Ya es otra hora, señor; ves aquí la

93. L-1973: 'lo.'

94. L-1973: 'penitentes, la.'

95. L-1973: 'cuerpo azotado.'

96. Orig.: 'quede' (p. 73); L-1973: 'puede'

97. L-1973: 'propias.' No anotaré otros casos.

señal de un rico que ayer no tenía qué comer y hoy sustenta coche y lacayos; el cómo dirá el reloj de un pobre bien gobernado, a quien jamás falta cuerda que ahogue». Jonás nació segunda vez para predicar a un pueblo mal gobernado. Nació dos veces, y fue menester para que el milagro se acreditase: viéronle salir lleno de barbasas y excrementos del espantoso vientre de una ballena; creyéronle los pobres los primeros, cuyas lágrimas y sili-cios movieron a los poderosos, y destas novedades fue sabidor⁹⁸ el Rey el último. El temor debe de ser parte, como cuando a la tienda de Holofernes estaba vecino todo el ejército de Betulia, sin osar los suyos pisar recio ni despertar⁹⁹ a quien ya dormía entre los brazos de la muerte. El poderoso teme el dar una mala nueva, pero bien ágil anda a las albricias de la buena. Tarde llegan a las orejas de un príncipe las adversas fortunas de sus vasallos, pero anticipadas y engrandecidas llegan las prósperas. Pero en balde ha sido mi plática desta prisión donde mi ansia *no importa*; pero a mis justas quejas sólo el suspiro servirá de alivio, y temo no me oiga algún doliente de mis razones y me mande encerrar, que aunque vea que soy pobre, si él es poderoso todo el raudal de mi sentimiento *no importa*. Justicia es recta el entregar el arado a un labrador; la tropa de las humildes ovejas, a un pastor; que pise las universidades y hojee libros el estudiante; el trato y negociación de mercaderías, al mercader; la espada y la rodela, al soldado, y que emplee sus fuerzas en los asaltos y romper trincheras al enemigo; y el que come con el peso de una pluma no se valga de más herramientas que de un cuchillo¹⁰⁰ para tajarla, procurando que el alma se deje tajar y cortar los pelos que la ofuscan, o lo muy abierta de puntos, porque, estándolo, no se puede apretar al formar la letra. Los rostros y los ingenios son muy varios, pero mucho más lo son los negocios de un rey, porque unos son fáciles a los principios, y, dejados endurecer, son muy parecidos a los ríos en las avenidas, que los hace salir de madre; y el que mira un pequeño grano en su cuerpo, al principio dice «Poco mal *no importa*», y de aquel grano se hace un bulto con hinchazón, llama materia y da calentura. La cura a los principios es muy provechosa y a menos costa que cuando la llaga es grande y ha llamado mucho humor. Con más facilidad arranca el cultor el tierno arbolillo que cuando ha echado raíces y caudal de hojas y ramos. Otros negocios perturban la quietud de un reino que a los principios¹⁰¹ parecen graves y pesados y a breve rato amansan, como los vientos que nacen furiosos y mueren blandamente. Furiosa es la calentura que previene el ahito, y con una ayuda se quita: la sagacidad vence semejantes inconvenientes. Otros negocios molestan¹⁰² tan confusos que en ellos se mira incredulidad, peligro y fondo de dificultades. Dentro del cuerpo humano se suele congelar una apostema, y el cuidado y las bebidas minan por la boca aquel confuso humor y le expelen fuera, quedando el vaso libre de aquel achaque. El río de gran caudal sólo el loco le vadea, y muere; pero el cuerdo, valiéndose de su cansancio, aunque gasta algún tiempo, busca la puente y desde lo alto arroja el miedo al agua. El cuidado y desvelo vencen semejantes achaques, no el arrojito colérico; que al que se echa al agua precipitado, si le dijieran, «Mira que tiene fondo y caudal esa cinta de plata», respon-

98. L-1973: 'sabador'

99. L-1973: 'despertar'

100. Orig.: 'cuchillo' (p. 77); L-1973: 'cuchillo'

101. L-1973: 'Príncipes'

102. Orig. (p. 78) y L-1973: 'molestaban'

diera: «*No importa*»; pero el que a fuer de su cuidado está encima de la puente dará la respuesta. En semejantes lances tenga el señor la sonda en la mano, y prevenido el ánimo a los inconvenientes valiéndose de secreto. Otros negocios aprietan y tienen tal natural que es menester aguardar coyuntura para ellos. Ingiérese el árbol y átase el enjerto¹⁰³ con ligaduras, sin quitarlas hasta que se conoce que ha preso y soldado. Desatar sin tiempo la sangría es dañoso, y sin sentir viento favorable no es cordura tender las velas: flema conviene en semejantes lances, que la cólera *no importa*. La planta más tarda en crecer y dar fruto es la palma, y no falta quien la cultiva y cría, esperando la dulzura de su fruto. Otros negocios hay que su coyuntura es un instante y, dejados pasar, se pierden. La terciana tiene muchas curas reducidas a la bebida: dada a tiempo que quiere dar el frío, conócese en los esperezos del cuerpo; dejado pasar el tiempo, acrecienta a la calentura las bebidas que habían de servir de alivio. La atención allana estas cuevas agrias; pero si el cuidado está en otras partes de poco provecho no se tendrá el cuidado a la ocasión. Suele el cazador estar en la espera del animal toda la noche, centinela cuidadosa, el¹⁰⁴ arcabuz a punto y su cuidado en vela; y pareciéndole que no hay rumor de lo que espera, apea el arcabuz a la tierra y, desprevenido, pasa la caza tan ligera que cuando echa mano a cobrar el cañón ya pasó la ocasión, que como se ha de asir por los cabellos y tiene tan pocos, es menester gran cuidado. Otros desvelos quitan el sueño que, por muy deseados, parecen dificultosos. Suele en medio del juguete el tierno infante encapotar el semblante y apartarle¹⁰⁵ de aquel con quien jugaba, con que parece que pone dificultad en el amor; pero la cura es obrar la otra parte del mismo modo, con que, viendo el infante enojado a quien ha menester alegre, se le va llegando tanto que ambos pierden a un tiempo todo el pesar y queda el¹⁰⁶ amistad muy llana, lo que no hiciera tan presto el ruego. En aquello que se dificulta por deseado obra el desdén, y, si no, díganlo los enamorados, que se valen de esta moneda.

103. L-1973: 'ingerto'

104. L-1973: 'al'

105. L-1973: 'apartarse'; pero se refiere a desviar la mirada.

106. L-1973: 'la'

QUINTA HORA DEL SUEÑO

PARA todos estos inconvenientes dará mi rudeza una lección¹⁰⁷ al señor; que soy soldado que ha pasado hambre, cansancio y desnudez, y ha¹⁰⁸ experimentado mucho y penetrado muchos corazones. Tenga el ánimo cándido y verdadero, que se deje amar por sí; los recelos no sean naturales, sino de arte, ocultándolos en los rincones del corazón en tanto que no haya necesidad de descubrirlos,¹⁰⁹ que aunque cobre polvo *no importa*; válgase de suavidad cuando proponga; escuche con tolerancia; replique con viveza; disimule sagaz; solicite atento; obligue liberal; persuada con medios convenciendo con experiencias; prudente resuelva y con valor ejecute, premiando con justicia; y así será amado de los amigos, y de los enemigos temido. De aquel que ha sido traidor una vez no vuelva a tomar amistad demasiada; sea su amor a lo lejos. Suele el deseo de ver una mina profunda llevar al hombre a su orilla, pisándola para dar los ojos a lo que desea, y la tierra que creyó que le sustentase se hunde y le falta; hácele¹¹⁰ cobrar susto, pero no deja la pretensión, mas¹¹¹ aparta afuera, temeroso del riesgo pasado. El que pierde el temor y labra un cesto, labrará ciento. Pero ya veo que me canso en balde, pues todo cuanto he dicho *no importa*. Padeciendo estoy sin culpa, y no me quejo de mi Rey, pues sentencia por lo que oye: en las oficinas de los malos ministros se embarazan las fieras estatuas; allí se hace juicio e inventan prevenciones; allí se quieren parecer a Dios en hacer los tiempos pasados presentes y los presentes pasados, de donde se originan notables inconvenientes, engañando la pureza de un rey, dando ocasión a la venganza¹¹² de los vasallos, reducida a maldiciones. Mire quien tal hace si acaso importa o *no importa*. ¡Oh miserable hombre a quien fían una vara para que con ella en las manos te parezcas a Dios! Si no haces justicia cabal, recta y sin pasión, ¡ay de ti!; que no eres justicia, pues tus malezas criaron el *in* con que te volviste injusticia. El adquirir fama eterna de piadoso y católico importa, que el adquirir hacienda *no importa*. En la presencia de Dios sólo vale la candidez.

Aquí llegaba este preso cuando otro le dijo:

—¿Por qué no dejas quejas¹¹³ a los demás? Piensas que tú solo tienes poca fortuna? Pues te engañas, que hay muchos en esta cárcel de el *No importa*; que también yo he servido leal y, pretendiendo, antes he alcanzado vejez que el puesto deseado; y lo que a mí me tocaba se lo han dado a quien no lo merecía, porque el favor y el dinero alcanzan más que pobreza y razón. Reprimid las quejas y dejad de ser loco, que os oigo maestro en dar documentos y lecciones y no habéis sabido regir vuestra vida. ¿Qué premio queréis en es-

107. L-1973: 'lección'. No anotaré otros casos.

108. L-1973: 'he'

109. L-1973: 'descubrirlo'

110. Orig. (p. 81) y L-1973: 'hacerle'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

111. Aunque, pero.

112. Orig.: 'vergüenza' (p. 81); L-1973: 'venganza'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

113. L-1973: dexas a'

te mundo?, que el más majestuoso es humo. Dejadlo a Dios, que sólo es quien por sí solo sabe el que merece o no: en fin, un solo Dios que ni puede engañarse ni engañarnos. No pueden los hombres tener esta parte; que fuera gran cosa el que premiaran los reyes por los méritos sabiéndolo por sí solos,¹¹⁴ sin valerse de informes en cuya pintura suele haber ropajes que es fuerza que tengan dobleces que, bien pintados, agracian el lienzo. Tratadvos de novelero y veréis cómo en dos días medráis. Mirad el otro, que inventó nuevo modo de sembrar con que decía que había de dar más cosecha, sin atender que el que quisiere buena cosecha se ha de acordar del quinto mandamiento de la Iglesia, que manda pagar diezmos y primicias. Si ha llegado el ladroncio y robo (o logro, que todo es uno) a tal extremo como vemos y lloramos, y tanto olvido en los mandamientos, ¿cómo ha de haber cosecha de luz? ¿Cuántas veces os habéis hallado en una batalla y habéis visto salir a los vuestros vencidos del enemigo, siendo los nuestros más valerosos y más en número, dueños del mejor lugar y sustento? Juzgue el discreto esta causa; y vos tratad de encomendarlo a Dios, que si miramos campañas y poblados todo lo veremos lleno de malezas y con hartos abrojos, tratando sólo los hombres de sus comodidades y gustos, dándole al apetito sensual; que yo os prometo que si os halláreis hoy próspero en bienes, que también os diérais a la perdición, como todos, y como los que militan las armas; que nosotros nos levantamos del pecado mortal y con todo aquel horror salimos a la campaña. ¡Mirad a quien mirará Dios con más amantes ojos! El más ligero y más despierto vence, no el que lleva la carga de un pecado mortal y, dormido en la culpa, quiere vencer al que lleva despiertos los ojos del alma. Para salir a pelear, Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David y Samuel oraban a Dios, con cuya fee se hicieron fuertes y temidos de los enemigos; y en nuestros tiempos, ¿cuántas batallas se han ganado invocando el nombre de Dios por un sin fin de capitanes? ¿Qué valor igualó al invencible Carlos Quinto? Dígalo lo entero de su cuerpo y lo piadoso de su alma. ¿Qué Gran Capitán celebra la Fama, y el mundo un Gonzalo Fernández de Córdoba, atento a Dios y a su Rey? El gran Fernando Cortés, el señor Antonio de Leyva, don Fernando de Ávalos, marqués de Pescara; don Alonso de Alburquerque; don Alonso de Ávalos, marqués del Basto; Alejandro Farnese, duque de Parma; Andrea Doria; don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba; los marqueses de Santa Cruz, el conde de Fuentes, el marqués de Espínola, don Luis Fajardo, y otros infinitos que no refiero por no cansar, que temiendo a Dios no temían al enemigo, y así, vencían porque salían ligeros a la batalla, sin el grave peso de la culpa, a cuyos ojos son gigantes los enanos y los cobardes valientes, porque acobarda mucho la ofensa hecha a Dios con grave daño del prójimo, como lo confesará cualquiera discreto. Venció Sansón un sinnúmero de enemigos y empezó a gloriarse de su valor a tiempo que le sobrevino tan mortal sed que le parecía había llegado la muerte, hasta que conoció su culpa y rindió a Dios las gracias remojando la dureza de sus ojos. Hable aquella batalla de las Navas, donde murieron docientos¹¹⁵ mil moros y solamente veinte y cinco de los nuestros, habiendo quedado el campo tan cubierto de lanzas que aunque se encendieron grandes fuegos para consumirlas no se pudo conseguir el acabarlas. Hable la batalla del Salado, donde del enemigo murieron otros tantos y solos veinte de los cristianos. Hable la batalla Naval, donde con un Cristo crucificado en las

114. L-1973: 'solo.'

115. L-1973: 'docientos.' No anotaré otros casos.

manos corría de popa a proa un hijo de el gran Carlos Quinto, con que venció, echando a fondo y tomando al Turco ciento y ochenta galeras. Hable hoy el mundo; pero no acertará, que aunque el valor español está más adelantado hoy que jamás, no siguen la escuela de David después que entonó el *Tibl soli*; y para grandeza de mi verdad me ha de valer el lusitano Camóes, cuando, oyendo las grandezas de un castellano y cosas notables que hacía en la campaña, pareciéndole que le vituperaba, dijo: *Mais*¹¹⁶ *peleja o favor de Deos que a gente*. Repárense las vidas y meta cada uno la mano al calor del alma y del fuego que la alienta; quite los tizones que humean, que no sirven más que de ofuscar la vista clara del entendimiento y empañar con sombras la razón natural, dejándola tan atrasada que suele llegar muy tarde cuando era más menesteroso su alivio, pues el olvido de una muerte cierta tiene hoy en los hombres asiento fijo, sin acordarse del alma; y si la razón dice algo al oído aconsejando que se corte el hilo a tanto deleite que por fin arrastra hasta el Infierno, responden:¹¹⁷ «*No importa*». Pero ¿para qué nos cansamos, si tus lágrimas y las mías, derramadas en la soledad de esta cárcel *no importa*?¹¹⁸ Y así, vente conmigo y haremos rancho, que seis cuartos he topado en el sombrero de la reja del calabozo. Sean cuyos fueren, ya los he empuñado, *no importa*. Y si hubiera quien sin sisar nos los trujera de vino harto me holgara, porque aquí la que lo vende hurta a puerta cerrada; aunque vende agua envinada, que ya ha muchos días que el pobre no bebe vino ni come pan barato.

—Todo eso —respondió el otro preso—, si tuviéramos libertad *no importa*, que ya tiene hecho el pobre hábito a los trabajos, y creo que los descansos le sirvieran de muerte; y por eso llegan tarde, por que viva.

Con esto se fueron, y, volviendo a mi camarada, le dije que le estaba agradecido de haberme guiado a tal casa, pues en ella había visto tantas diversidades de la política de el mundo.

—Aún no has empezado —me respondió—. Y si oír quieres más vuelve a esos dos hombres y escucha su batalla, que el uno está preso por cohechos notables, y hoy ha salido castigado criminalmente y le falta poco para desesperarse, sin hacer reparo a cuántos echó él a perder caudal y paciencia, y aun la vida.

Con cuidado atendí, y oí que se quejaba así:

—*No importa* haber sido yo quien fui, pues hoy me veo tan otro. ¿Para qué tarda la muerte en pisar los umbrales de un desdichado? No es vida la que vive entre penas, ni es hombre el que no siente.

—Callad —dijo el otro—, que me espanta que teniendo el entendimiento que siempre he creído en vos sintáis tan sin compás. El ánimo del varón se conoce en las adversas fortunas, que en las prósperas cualquiera tiene aliento. Un propio espejo ha de representar al hombre quién es durante la farsa de su vida, y aunque hoy se os¹¹⁹ haya quebrado, en cualquiera pedazo, si os acompaña el cuidado, os habéis de ver el mismo que antes. La generosa constancia, en los nobles pechos se ha de hallar. Cuando os dieron el puesto que hoy os han quitado os vi casi como ahora, pues, fuera de vos los efectos y la razón alterada,

116. Orig.: 'Nais' (p. 86); L-1973: 'Mais' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

117. L-1973: 'responde'.

118. L-1973: 'importan'.

119. L-1973: 'se haya'.

y el contento os volvía loco: señales todas que el puesto no le merecía, porque un pecho magnánimo con la mayor grandeza no se embaraza y en el mayor trabajo no se atribula, que siempre está en un ser. Lo más que se alaba en el emperador Vespasiano es el que, siendo de la sonora voz de Roma aclamado emperador, no se vio en él mudanza ni novedad. Y en Pisón, cuando le adoptó Galva, quedó el rostro tan sereno como si tal no oyera. En aquella gran batalla de las Navas de Tolosa asistió el rey don Alonso el Nono con igual serenidad de ánimo y rostro. Nadie pudo descubrir en el rey don Fernando el Católico su afecto o su pasión.

Aquí llegaron los dos hombres cuando las voces del preso de la cadena (de quien ya hemos hablado) los inquietó, diciendo:

—Callad, que aunque es verdad cuanto decís, no ha habido otro Rey Católico tan sereno en las prósperas y adversas fortunas como nuestro Filipo Cuarto. Y así, antes que mi ruda lengua cuente algunas de sus grandezas, oíd un soneto que mi sentimiento ha escrito

¡Ay de mí, que la luz toda ha faltado!
 ¡Ay, que del pobre se acabó el contento!
 ¡Ay, que llegó al umbral del escarmiento
 el Planeta mayor, todo humillado!
 ¡Ay, que el Cuarto León yace postrado!
 Ya la muerte rindió su lucimiento,
 y de quien valió un mundo el valimiento
 se ve en un mármol duro sepultado.
 Ya aquel reloj de España dio la hora;
 faltó el gran defensor de la fe santa;
 murió el mayor monarca de la tierra.
 El alma, vuelta en ojos, ya le llora
 viendo que el Panteón rinde su planta,
 cuyo seno a Filipo Cuarto encierra.

Pero también quiero que sepáis que, piadoso el Cielo, ya¹²⁰ que nos quitó tanto bien nos dejó remedio con esperanzas. Y por que sepáis que es cierto que quien hace un cesto hará ciento, oíd otro soneto, que aunque tengáis prisa¹²¹ por salir de esta casa donde todo es lágrimas, *no importa*:

Libranza dejó al mundo de alegría
 el Planeta mayor que vio la tierra;
 el contento fue Carlos, que destierra
 de los leales pechos la agonía.
 Quedó el gobierno en hombros de María
 Ana feliz, que aplacará la guerra,
 pues en su casto pecho ya se encierra
 la paz que ha de auyentar sombras del día.

120. L-1973: 'cielo que'

121. L-1973: 'prisa'. No anotaré otros casos.

¡Oh gobierno feliz de mujer santa!
 ¡Dichosa Monarquía con tal Reina!
 ¡Tiempo dichoso con Carlos el Segundo!
 Rindiéndose el león fiero a su planta,
 que, aunque feroz, su gran valor no peina,
 porque nació señor de todo el mundo.

Escuchad de aquel sin segundo Rey Católico, de aquel defensor de la fe, de aquel que sólo se le vio llorar cuando vio llorar al pobre, de aquel amante de la Iglesia de Dios. Gozaba de tranquila paz cuando la Fortuna, con espantoso rumor, decía: «Mira, Señor, que se te ha levantado un reino, y aquellos a quien tenías obligados han sido traidores». ¿A qué hombre no moviera esta nueva a la venganza y a la ira, que son las partes que hacen salir de sí a uno? Pues con un rostro propio y una severidad notable sólo decía: «¡Gracias a Dios! Celébrense cuarenta horas en mi Capilla». «Mirad, Señor, que clama el mundo contra estos traidores». «Pues remítase a la justicia». «Mirad que ya se humillan». «Pues yo los perdono; si se humillan, cuanto hicieron y pensaron contra mí *no importa*. El castigar tóquele a la justicia, el¹²² perdonar a mí». «¿Sois insensible, Señor?». «No». «Pues mirad que se ha perdido la flota». «¡Gracias a Dios! Avísese en la capilla las cuarenta horas, y en los conventos que hagan rogativa». «¿Quién sois, Señor?» (Aquí quiero que responda la razón: «Un imitador de Moisés, que subía a la cumbre del monte a decir a Dios: *Señor, este pueblo os ofende; castigo merece, pero perdonadle, que ya parece que se humilla*»). «¿Qué es esto, Señor? ¿Dónde está el sentimiento?». «En el corazón, que es donde importa. Haya interior sentimiento, que el exterior *no importa*». «Pues mira, Señor, que tus pobres vasallos, los más leales que ha tenido monarca, gimen y suspiran con la careza de los tiempos; porque me acuerdo cuando sustentaba vuestra Majestad guerras en Flandes, Cataluña y Francia, y entonces valía un pan medio real; una azumbre de buen vino, un real; una libra de carnero, veinte y dos maravedís; una de vaca, diez y ocho maravedís; el tocino añejo, todo el año a veinte y ocho maravedís; el frescal en un Monte de Canales (que en esa plaza se pesaban enteras o divididas), a medio real; hallábanse para los pobres bocados baratos: una libra de testuz, catorce maravedís; una de codillos frescales, catorce maravedís; una libra de las cortezas del frescal, ocho maravedís; las menudencias del vientre de vaca y carnero, muy barato. Entonces comía el pobre con cuatro reales que ganaba; ahora con los mismos cuatro reales no alcanza para pan, que se lo piden desde que amanece cuatro hijos. Porque hoy vale una libra de vaca doce cuartos; una de carnero, diez y siete; una de tocino, veinte; el pan, catorce cuartos, el vino yo no sé dónde lo venden, que agua envinada vale a catorce cuartos la azumbrilla (que si antes tenía la arroba once azumbres por la menor, ya tiene más, y el pobre menos)». Aquí responde la logrera malicia y dice: «Todo cuanto has dicho, preso loco, encadenado por tal, *no importa*»; pero la atención de un piadoso Rey decía al oír estas verdades: «Sí importa», y, levantando la mano a los ojos, limpiaba lo que el corazón ofrecía por sobra de su caudal. ¿Qué es eso, justo y grande Rey? Sentir el afán del pobre y llorar porque llora, y ¿esa es la entereza vuestra?». «¿No ves que el pobre tiene asiento junto al corazón y el corazón junto al alma, y que las ternezas de los ojos han manifestado lo mucho que le quiero y lo que siento su afán?» Al punto mandaba

122. L-1973: 'y el'

aquella Católica atención que se remediase; y así, no debe pena quien ahuyenta de sí la pereza, abrazando la diligencia en dar favor a la necesidad. Si después entraba la pereza en los menores, yo no lo sé; sólo sé que su piedad fue grande, su celo fervoroso y su conmiseración con el pobre la mayor que tuvo rey. Aquí habla la malicia y dice: «Calla, preso loco, que el mundo está sobrado y apenas hay pobres, pues todos son ricos, según visten y¹²³ gastan y sustentan, jugando el *no importa* en todo cuanto obran y hacen. Las mujeres andan cubiertas de galas y los oficiales parecen caballeros; el dinero rueda; todo está abundante y las¹²⁴ casas de los poderosos sobradas. Lo demás *no importa*». Válgame aquí, aunque loco y lego, la Santidad¹²⁵ de Urbano Octavo, que tenía una piedra preciosa desde el tiempo de los romanos, esculpido en ella un arado a quien tiraban dos abejas. El arado sustenta la corona de un rey, y las abejas, pobres jornaleros, rigen el arado: rígele el pobre labrador y el pobre oficial. Estando ungiendo¹²⁶ el¹²⁷ arzobispo de Toledo al rey Wamba le salió una abeja de la cabeza (y yo lo comento por presagio maravilloso) que dijo: «Yo soy el pobre jornalero que te ha de sustentar la corona en las sienes con la dulzura de mi arado»; y así, tuvo tan feliz reinado y tan dulce gobierno, porque trató a las abejas con amor y fue de ellas amado. ¡Mire la malicia si importa su *no importa*! Sólo pusiera yo remedio en que estas abejas y las gentes de sus casas vistieran con más¹²⁸ honestidad, y no que hay oficial que viste telas como si fuera un señor de mucha hacienda, y muchos lo hacen faltando para ello a las obligaciones más precisas de su casa, dando ocasión a que la malicia cancele la neta de la honra. Y, volviendo a mi gran Monarca, digo que fue el más constante que tuvieron las edades, atento a que sus vasallos no conocieran en su semblante el susto de la nueva infeliz, porque en la frente de el príncipe lee el pueblo la gravedad de el peligro, como por la de el piloto conjetura el pasajero si es grande la tempestad. La constancia e igualdad de rostro anima a los vasallos y admira a los enemigos. Todo se vio en el mayor monarca del mundo, que ya murió.

Apenas dijo esta razón cuando empezó a anegarse en lágrimas, cuyo raudal enjugaba a las mangas que le vestían los brazos, y con la quietud que se ofreció mudamos de sitio, cuando nos detuvo una voz que dijo:

—*No importa*, loco encadenado, cuanto has dicho, si te ha faltado el contar algo de la inmortalidad de aquel asombro del mundo, del amante del sacramento, del más pronto¹²⁹ a perdonar, del visitador de la casa de Dios, del más humano rey que vio la tierra, Y así, escucha a un vasallo y criado suyo: le oirás en lo que te cuenta cómo en cuanto vivió no conoció descanso, pues, atento a los recuerdos de la muerte, regido de su santa mansedumbre y celoso de la honra de Dios, sólo empezó a vivir cuando murió para esta caduca¹³⁰ vida.

123. L-1973: 'visten, gastan'

124. Orig.: 'los' (p. 94); L-1973: 'las' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

125. Su Santidad.

126. Orig.: 'ungiendo' (p. 94); L-1973: 'ungiendo'

127. Orig.: 'al' (p. 94); L-1973: 'el' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

128. L-1973: 'con honestidad'

129. L-1973: 'pronto' No anotaré otros casos.

130. Orig.: 'cadcuca' (p. 96); L-1973: 'caduca'

Volví los ojos a la voz y vi que la alentaba un hombre de buena presencia con unos grillos en los pies. Y prosiguió así:

—*No importa* que la envidia suene su ronco instrumento forjado en el hospedaje de las ranas; *no importa*, que el traidor con su inútil aliento publique su dañado corazón; *no importa* que el enemigo de Dios siembre entre el cándido trigo la neguilla de sus entrañas; *no importa* que la espantosa Atropos cortase la vida de aquel grande sobre los grandes monarcas, Filipo Cuarto, mi rey y mi señor, pues la católica piedad defiende su parte, puestos los pies en la basa firme de la religión cristiana; y así, atended, mortales, en breve relación lo que publica mi lengua desde el principio de su santo reinado. Tratándose en su Real Consejo de continuar las treguas con los holandeses, a que se inclinaban algunos consejeros por la razón ordinaria de estado de no romper la guerra ni mudar las cosas al principio del reinar, se opuso aquella Católica Majestad a este parecer diciendo estas palabras: «No quiero afejar mi fama manteniendo una hora la paz con rebeldes a Dios; y así, que haya guerra en mis principios *no importa*». ¡Oh palabra santa de un Filipo Cuarto! Con esta guerra empezó a gobernar lo pesado de una corona siendo Argos vigilante de su vida, creyendo que *no importa* la majestad de la tierra cuando se anhela a la del Cielo, y que la justicia divina pesa el reino y el rey cuando entra a reinar para tomarle luego cuenta, como hizo a Baltasar; y así, nuestro gran monarca, mirando siempre al fin, gastó gran parte de su Real hacienda en edificar y reedificar templos a Dios, celebrando fiestas y consagrándose. Y para tener grato a Dios en aquel tránsito último y hallarle piadoso en el espantoso Juicio, procuró, a fuer de sus desvelos con la Santidad de Alejandro Séptimo, alcanzar, como alcanzó, el santísimo decreto que tanto favorece a la inmunidad de María santísima, Real privilegio a su Concepción en gracia, con que halló a Dios obligado en aquella hora que tanto le hubo menester; pues así que la Reina de los Ángeles le vería en la presencia de Dios diría a su eterno Hijo: «Amado Señor, hijo mío, que a estos pechos te criaste y en mi virgen vientre habitaste, ves aquí a Filipo, mi amante y defensor. Dígnese tu amor de hospedarle, pues te hospedó, sacramentado, en lo mejor de su palacio. Importen contigo las gracias que por cualquiera nueva o suceso te daba y me daba; y algunos desaciertos que como hombre haya tenido le sean perdonados». Aquí me parece a mí que aquella deidad suprema de Dios, levantando su diestro brazo, le echó su bendición, diciendo: «Ven, bendito de mi Padre, que, pues tú con tanta liberalidad perdonabas a tus enemigos, razón es que seas perdonado; entra en mi sacro palacio y recíbate con gloriosas fiestas tu amante Isidro, acompañándote a la vista de todos los bienaventurados»; y a mí me parece que le veo sentado entre sus dichosos padres, aquellos que limpiaron sus católicos campos de la morisca canalla; que aunque conocieron que las labranzas de la tierra y otros tratos recibirían daño, venciendo inconvenientes, quitaron las razas al paño español desterrando de sus reinos más de novecientos mil moriscos apóstatas. Este fue el *importa* de España. En fin, gobernando nuestro Monarca Católico sus reinos con la compañía de aquella gran reina doña Isabel de Borbón, aquella que vieron nuestros tiempos con el fervor y amado cariño que conducía gente a la campaña donde tenía a su esposo y su rey; aquella a quien no bastará lengua humana a alabar a su santo reinado, de quien nació el príncipe Baltasar Carlos; pero en lo más tranquilo de la quietud de su esposo le ofreció pesares la Reina con su muerte, tan lastimosa como sentida de el mundo; y, llegándole las nuevas al Rey, no se le conoció novedad en el rostro más de pronunciar: «Hágase la voluntad de Dios», guian-

do sus pasos a darle¹³¹ gracias. Algo olvidado este pesar, a breve tiempo le faltó su amante hijo. ¡Quién pudiera, oh gran rey, decir vuestro sentimiento y de toda la corona! Sólo diré que no es vida la que se adorna de sustos. Pasado este cruel letargo con el consuelo de la flor hermosa de España, hoy reina de Francia, por haber quedado en ella el retrato de su gran madre, algo entre consuelos se le envió Dios colmado en nuestra católica reina doña Mariana de Austria, hija dichosa de el Emperador de Alemania. En gloriosa unión vivía, dándole Dios una hija, hoy Emperatriz de Alemania; y luego a Próspero, que, otro Isaac probándole la fe a aquel Cuarto Abrahán, le quitó esta querida prenda, y sin descomponer las acciones ni rostro, dijo: «Dios lo ha querido así. Suyo era. Él me lo dio; el que me le¹³² quite *no importa*». Mucho le quería, ¡oh nobles vasallos!, pues de su parto tan a peligro tuvo la vida su amante madre. Pasado este susto, se olvidó algo con el nacimiento del segundo varón, a quien su padre miraba como a prenda prestada¹³³ del Cielo, tan carísima por los sobrepartos de su madre; y por que viese lo caduco de los bienes del mundo se le quitó una porfiada enfermedad, y casi entre los pesares de la pérdida nació chiquito el grande Carlos el Segundo, nuestro señor, coronando de dichas las almenas de sus reinos. Entre si soy o no soy vivía aquella Majestad, siendo su mayor divertimento la salida al Real Sitio de Aranjuez; y el amor natural a tan gran monarca le preguntaba: «¿Adónde vais, Señor?», y respondía: «A esparcir la vista y desahogarme de tan pesada carga como es una corona». «Y ¿adónde habéis de hallar descanso?». «En aquel pedazo de paraíso, en aquella amenidad de flores: allí voy a divertir los ojos, el oído y la atención, si acaso hay divertimento entre holguras para Filipo Cuarto». Entraba este monarca gigante en el Sitio, y lo frondoso y espeso de su alameda apenas le concedía registrar la vista en el cielo, y, levantando los ojos, decía: «Pues lo caduco y perecedero pone límites a mi poder negándome el ver, el ser rey *no importa*». Entraba en su palacio; después de breve descanso salía a ver aquel hermoso pensil de flores a quien alienta el caudaloso Tajo, y al pisar su estancia se le ofrecía una fuente en que miraba a nuestros primeros padres avergonzados de haber cometido culpa contra su Criador. Contemplaba¹³⁴ su tristeza y, por acompañarlos, se le enternecían los ojos, ofreciendo caudal Real a la fuente, de quien se ausentaba por conocer que se ensoberbecía a la vista de su dueño. Pisaba los límites que cercaban un cuadro de flores;¹³⁵ reparaba en una azucena; contemplábalas casta y hermosa, envidiada de las otras flores, y en medio de tanta majestad miraba inclinada toda su pompa a la tierra, en que señalaba su cuna y ataúd en un propio lugar. Volvía la vista a un alhelí y veía en su color la palidez amarilla de la muerte. Diviértele el pensamiento una rosa que, desplegando su pompa, se descollaba a porfía de resalir más que otras. Atendía a su vida y la vía¹³⁶ llena de malezas y espinas, diciéndola: «*No importa* tanta hermosura sobre cimiento tan mísero y caduco». Volvía los ojos a un lirio huyendo de las flores, pues sólo parecen bien en la primavera de la edad; ve que, contento en su plata, le desata la edad de entre lo cárdeno de sus hojas perfiles de oro con cuyo adorno se entretiene

131. Orig.: 'darles' (p. 99); L-1973: 'darle' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

132. L-1973: 'lo'

133. Orig.: 'pestanda' (p. 100); L-1973: 'prestada'

134. L-1973: 'Contempla'

135. Orig.: 'floaes' (p. 101); L-1973: 'flores'

136. L-1973: 'veía' No anotaré otros casos.

hasta que la muerte le llena de arrugas. Allí contemplaba aquella Majestad la carrera de sus Indias, acordándose de tantas vidas como le cuesta la plata tan debidamente suya; y su piadoso acuerdo le traía a la memoria el mal tratamiento que el piloto cristalino suele hacer a tanto portátil albergue lleno de sus vasallos. Enternecidos sus ojos, prestaba caudal de lágrimas a la tierra. Movía las plantas por huir de las plantas. Llegaba a una fuente grande y hermosa cuyo alcance de cristal se remontaba hasta el cielo; pero, deshecho en lágrimas, volvía a su centro, en cuya contemplación se acordaba que la muerte deshace la mayor grandeza, volviéndola a la materia primera.

SEXTA HORA DEL SUEÑO

AL ver en este extremo¹³⁷ a mi rey y mi señor me parece a mí que le decía: «Señor, si salistes¹³⁸ a esparciros y a dar vado a vuestras penas, ¿a cuándo lo aguardáis?», y que me respondía: «A estas contemplaciones». ¹³⁹ ¡Oh Séneca español! ¿Quién se atreverá a decir que os pudo igualar en el saber? Porque a un rey justo y más piadoso que todos los nacidos, ¿qué mayor entretenimiento que la memoria en la muerte?» Volvía con su acostumbrada severidad a Palacio; y antes de salir de aquella amenidad vía un gusanillo que royendo estaba en el tronco de un grueso álamo, y, tomándole con su Real mano, le echaba en el suelo y pisaba, diciendo: «*No importa* tu anhelar, miserable gusano, pues tu ambición atrevida te ha traído a la planta de la justicia». ¹⁴⁰ ¡Oh atención piadosa! Pues el aspirar de la carcoma sólo es¹⁴¹ roer y aniquilar el caudal ajeno. Movía luego¹⁴² los ojos a una murta, tan aprisionada, cautiva y sujeta entre los brazos de una yedra que no se conocía si había murta o era todo yedra, y, llamando a un jardinero, le mandaba que cortase aquella yedra y la entregase al fuego. ¡Oh, quién penetrara tan altos pensamientos! Pero a mi rudeza se le concede el decir que lo haría por castigar la locura de la yedra, pues amparada¹⁴³ de la murta, de quien recibió los brazos para subir a frentear con ella, desagradecida, la obscurece su bizarro aliento aprisionándola, sin dejarla lucir ni ser vista, pretendiendo sólo ella coronarse por reina de la campaña, pagando a la murta con falsos abrazos, tapándola los ojos con vanaglorias de hojas. ¡Muera, pues traidoramente corresponde a un piadoso beneficio! Salía de entre las plantas con las suyas cansadas y las otras tristes con el¹⁴⁴ ausencia de su señor (que como le tienen¹⁴⁵ tan deseado, apenas le ven cuando entre penas se quedan), y al querer dar vuelta a Palacio, por entre aquella espesura de álamos vía pasar un gamo que, huyendo de la gente, atraviesa por delante de su vista; deja de atenderle por mirar una águila que, cortando los vientos, se remonta. Volvía la vista a la tierra y ya no parecía el animal. Violentábala al cielo y ya no se vía el águila; estiraba las cejas y proseguía el camino, y antes de llegar a Palacio le llenan las manos de memoriales. Cuidados son todos los divertimientos de la vida en quien con cuidado vive; pero el estirar las cejas aquella Majestad me llama a la curiosidad, y me responde la curiosidad misma: «Si estiró las cejas a la incansable carrera del animal y al rápido vuelo de el ave fue contemplar en el uno cuán ligera pasa la edad, y en el otro, qué poco duran

137. L-1973: 'extremo'. No anotaré otros casos.

138. L-1973: 'salisteis'

139. L-1973: '...respondía: «A estas contemplaciones, o Séneca Español!, ¿quién se atreverá ...en la muerte» ?

140. Esta anécdota se asignó a 'un sabio' en el cap. IV.

141. Orig.: 'él' (p. 103); L-1973: 'es'

142. L-1973: 'Movía'

143. Orig.: 'ampareda' (p. 104); L-1973: 'amparada'

144. L-1973: 'la'

145. Orig.: 'tiene' (p. 104); L-1973: 'tienen' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

los bienes de el mundo; si faltan estos recuerdos la majestad *no importa*». Cargado de cuidados, entraba en su palacio; daba los memoriales para que los leyeran. Uno decía ser de un capitán harto de servir y¹⁴⁶ cargado de años, y preso entre miserias pedía una ayuda de costa: al instante mandaba que se la dieran. Otro era¹⁴⁷ de una viuda necesitada, que su marido había muerto en defensa de aquella Majestad, y con la grande necesidad pedía una limosna: mandaba, enternecido sus ojos, que se la dieran. Otro pedía un puesto alegando servicios a su merecimiento: mandaba que le despachasen. A todos contentaba. Si luego entraba la pereza o la codicia, no le toca la pena a quien hace de su parte lo que debe.¹⁴⁸ Esto es cierto; y así, que la malicia murmure *no importa*. Sólo hallaba descanso aquella Real majestad en el Sitio del Escorial, pues así que pisaba sus cercas se llenaba de resplandor glorioso; entraba en el templo del Mártir español y la vista le enseñaba las estatuas de seis reyes grandes que fueron en el mundo y ya pasaron al Reino sin fin; y después de adorar al Sacramento bajaba¹⁴⁹ al panteón (Aquí pido atención a sus vasallos y admiración a todos los contrarios). Pisaba sus maravillosas escaleras y a breve espacio se acordaba de sus carísimos hijos ya muertos; entraba en aquella quieta mansión donde verdaderamente descansa el cuerpo mortal, y a un lado vía la piedra que ocultaba el cuerpo entero del perseguidor de la heregía, del guerrero invencible en defensa de Dios, del gran Carlos Quinto; en otro mármol, al segundo Séneca y sin segundo Filipo Segundo; luego contemplaba a su amante padre, el Tercero Filipo, que limpió la parva de la Iglesia y aventó la neguilla; y, resignado todo en Dios, contemplaba la piedra vacía que esperando estaba su cuerpo: allí se postraba viviente y allí descansa muerto.

Aquí fue tan grande el llanto del preso, que, anegados sus ojos de agua, entre lastimosos sollozos se fue, diciendo:

—Ya murió el Cuarto Planeta, el que más se fió de sus amigos.

Confieso que, oyendo a este pobre, que mis ojos también empezaron a mostrar sentimiento, tan amargo que fue causa que, tirándome de la capa, mi compañero me dijese:

—¿Qué haces? ¿Cómo lloras? El sentimiento del hombre no ha de pasar de los umbrales de los ojos; quédese en las oficinas del corazón.

—Calla —le respondí—, que cuando el sentimiento es tan justo, el que le manifiesten los ojos *no importa*.

Entre lágrimas y admiraciones estaba mi discurso en aquella casa de la confusión cuando un hombre nos hizo salir fuera a toda priesa, y por obedecer lo hicimos así, hallándonos en una calle; y guiando mi camarada a la puerta de una iglesia grande y de maravillosa fábrica entramos dentro, donde a sus umbrales vimos infinitos pobres, hombres y mujeres, que se numeraban de ciegos, mancos, tullidos y de crecida edad. Daban voces levantadas a cualquiera que vían entrar, pidiendo limosna con ecos tan altos que inquietaban a los que estaban oyendo misa, y a los que se estaban confesando, que eran infinitos.

Aquí andaba mi discurso franqueando con la vista a diversas partes, a diversos movimientos, acciones, conversaciones y ademanes, que, aturdido todo mi espíritu, apenas

146. L-1973: 'servir, cargado.'

147. L-1973: 'Otro.'

148. Repite lo dicho en el cap. ant.: 'No debe pena quien ahuyenta de sí la pereza, abrazando la diligencia en dar favor a la necesidad. Si después entraba la pereza en los menores, yo no lo sé.'

149. Orig.: 'baxaban' (p. 106); L-1973: 'baxaba'

creía si estaba muerto o dormido, porque el que duerme puede despertar al dolor del sentimiento, pero el muerto no siente, y quien no siente ajeno está de estar en sí.

—¿Qué es esto? —dije¹⁵⁰ casi en voz alta—. ¿No es ésta la casa de Dios? ¿No es aquí donde en presencia de su sacramentado Ser se sacrifica verdaderamente aquel verdadero Vellochino, no el fabuloso de Colcos,¹⁵¹ sino el verdadero de Gedeón? ¿No es aquí donde se ven patentes efigies de Cristo y de su santísima Madre y de los Santos? ¿No es aquí donde sólo se ha de hablar con Dios? Pues ¿cómo veo galanteos de hombres desatentos y profanos? ¿Cómo veo inquietado un sitio donde¹⁵² ha de haber la quietud que la presencia de Dios pide? ¡Ay de mí!

Dije con bien fundada pasión, cuando mi camarada, meneando lo inmóvil que había quedado mi ser, me dijo:

—Atiende y no te diviertas: verás el poco juicio que hay donde había de haber mucho. Mira en esos pobres la bolina que se ha levantado por un ochavo de limosna.

Volví la vista y noté a una mujer pobre, tan cargada¹⁵³ de remiendos que parecía carga de trapos, que, colérica y soberbia, decía a otra así:

—Mejor fuera que la tullida al parecer se fuera a casa; y pues tiene en ella cien gallinas y ocho marranos, y a su marido, que con un macho que le costó cien ducados acarrea estiércol, viviera quieta con lo que Dios la ha dado y no quitara la limosna a los necesitados con sus falsos atavíos, que toda ella parece montón de trapos mal compuestos.

—Calla, mala mujer —respondió la tal—, que bien sabes que cuanto has dicho no es así, y sólo lo¹⁵⁴ haces por quitarme la limosna que me dan los¹⁵⁵ buenos; que yo no soy como tú, que tienes mil ducados a ganar y el otro día compraste una casa que te costó quinientos, y te alabas que juntas cada día doce reales de limosna¹⁵⁶ y vendes dos reales de mendrugos; y el otro día vendiste unos zapatos que te dieron por verte descalza, que por provocar a lástima jamás te los pones. ¿Para cuándo quieres los chapines de virillas que tienes en el cofre?

Adelante pasara esta pobre si no se metiera de por medio un hombre, también de la profesión, que dijo:

—Callen una y otra, que parece mal por lo que *no importa* haberse¹⁵⁷ puesto así, que creo que han de ser causa que nos echen de aquí por sus malas lenguas voceadoras.

—¡Él será el de la mala lengua! —replicó la una—. Mejor fuera que dejara la limosna a los necesitados el entrapajado de la pierna quebrada, que, en recogándose a la noche en su casa, queda más galán que Gerineldos cuando vino de la Gran Bretaña. Y pues se alaba que de todas monedas tiene dos mil ducados y que es bien nacido, busque otro rumbo de vida o vaya a gastar esas monedas a la campaña en servicio de su rey.

150. Orig.: 'dixo' (p. 108); L-1973: 'dixe'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

151. Orig. (p. 108) y L-1973: 'Coleos'. También en la ed. de 1723.

152. L-1973: '...Gedeón? ¿No es aquí donde...'

153. L-1973: 'cardada'

154. Orig. (p. 109) y L-1973: 'sólo'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

155. Orig.: 'que los' (p. 109); L-1973: 'los'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

156. L-1973: 'limosnas'

157. Orig.: 'everse' (p. 110); L-1973: 'haberse'

—Como todos te conocen —dijo el agraviado— y saben que eres una libre, lo que has dicho *no importa*.

—Sí importa —replicó la tal—, si sintiera él; pero el logro que tiene en la limosna, quitándosela a los necesitados, le tiene fuera de sí.

Aquí llegaban estos¹⁵⁸ mendigos cuando un hombre de buena presencia los empezó a reñir, diciendo:

—Cierto que es mal consentido que haya pobres dentro de una iglesia inquietando a los que oyendo misa se están encomendando a Dios; que llegará a un hombre que está examinando con rigor su conciencia para llegarse a confesar una pobre, echado el manto hasta la cintura (que parece espanto de niños), y empezará con reverencias y sumisiones a inquietar a aquel espíritu que se iba limpiando; y aunque la diga diez veces que perdona porfía doce; con que la memoria, que había llamado al penitente, se le ausenta de donde más la había menester, ocasionándole a mudar sitio por huir de su porfía. Y esto no es querer que no busque alivios el necesitado, pero sea, si ha de ser, en las iglesias y¹⁵⁹ apartados del primer pórtico algunos pasos. O, si no, repárese en un día que haya jubileo en una iglesia, cogidas sus entradas hasta la pila del agua bendita de cien sanos entre cuatro enfermos o ciegos; unos: «¡Mándenme rezar!»; otros, «¡Por que Dios les conceda este santo jubileo para las almas!»; otros: «¡Duélanse de estas llagas y necesidad!»; otros: «¡A estos pobres vergonzantes!»; y todos con tantos gritos que apenas dejan rezar a los católicos que entran a ello.

Llegose a este hombre otro, diciendo:

—¿Para qué se cansa vuesa merced en gobernar la política de una iglesia? ¿Qué importa que estos pobres den voces? ¿No es peor venir a hablar cosas escusadas a la casa de Dios, adonde cuenta el Padre Eusebio que, asistiendo un paje de Alejandro a un sacrificio teniendo una hacha encendida en las manos, por no hacer ruido ni moverse se dejó quemar la mano? Esto se ha de meditar e imitar, reparando lo que importa la quietud en semejantes sitios, y que¹⁶⁰ si no hay obras de cristiano el serlo *no importa*.¹⁶¹ Deje vuesa merced ese gobierno a lo eclesiástico, y lo seglar trate de obedecer, que es lo que le toca.

—Bien ha dicho vuesa merced —dijo el tal hombre.

Y se fueron, cuando vi que un religioso venía consolando a un hombre, diciéndole:

—Ande acá, venga a mi celda, hijo, que allí le confesaré; que no me espanta a mí el oír penitentes, aunque trujeran¹⁶² más pecados mortales que arenas tiene el mar. Deje el enojo, que aquel religioso está enfermo, y, dolorido de sus achaques, le¹⁶³ reprehendió tan áspero.

—Cierto, padre mío —dijo el hombre—, que llevaba intento de no confesarme en mi vida, porque me parecía que no sería posible confesar bien quien no escucha con amor a un corazón rendido; y tan amedrentado me levanté de los pies de aquel padre, que me parece que no tuviera ánimo de volver a otro alguno, porque sin oírme más de un solo

158. Orig.: 'astos (p. 110); L-1973: 'estos'

159. L-1973: 'iglesias, apartados'

160. L-1973: 'y si no'

161. Orig.: 'importe' (p. 112); L-1973: 'importa'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

162. L-1973: 'traxeran'. No anotaré otros casos.

163. L-1973: 'y por eso le'

pecado me miró con unos ojos airados, diciendo: «¿Qué dice? ¿Tiene alma? ¿Es cristiano? ¿Sabe que se ha de morir? ¿Es alarbe? ¿Cómo se atreve a cometer un pecado mortal contra Dios, que le crio y hizo de nada?» Confieso que dijo la verdad y que soy mal cristiano; pero la reprehensión áspera a quien se humilla contrito *no importa*; pero importa amor y no espantarse, pues Cristo, señor nuestro, le dijo a Pedro, preguntándole Pedro qué pecados perdonaría al hombre: «Cuantos te confesare», respondió Dios. Disciplinas hay suaves, que hieren y no maltratan; un consejo amoroso labra y no ofende; oír cuerdo y sentenciar piadoso es de juez sin pasión; perdonar las injurias es mandamiento de Dios; blandura en el confesor importa, aspereza y riguridad *no importa*.

—Bien dice —replicó el religioso—. Ande acá, que hemos de quedar muy amigos; y quiero que sepa mi celda para que me busque muy a menudo, que yo espero en Dios que me he de parecer a los que labraron el templo de Salomón, que sin ruido he de labrar el templo de su alma y sin golpe he de perfeccionar¹⁶⁴ su espíritu.

Con esto se fueron.

—Confieso —dije a mi camarada— que me ha enternecido toda el alma este religioso, y que me confesara con él de muy buena voluntad, que parece que convida con la salud. Si a Dios pedimos que nos juzgue con piedad y el confesor representa a Dios, óiganos piadoso y castigue como padre, pues lo es espiritual. Amor vale mucho en tales ocasiones, no aspereza, que es negar el cariño a quien se humilla suplicando. ¿Qué más quiere Dios de el pecador más enorme del mundo que un arrepentimiento y un «Pequé»? Pues si el penitente se postra para ello, el que escuche como amante padre el confesor importa, que el amor atrae a sí los albedríos. La caricia convida y llama, pues Dios obra así con nosotros, que deste modo va convidando a que diga más y más el penitente; y cuando fueren los pecados tan graves que haya menester el confesor tiempo para resolver, procurando con blandura y amor ir disponiendo aquella alma para que sin miedo vuelva por la absolución. Y aquí se me ofrecen dos ejemplos que tocan a la materia que vamos tratando.

En un convento de Religiosos Descalzos de Madrid por su claustro se paseaba un hombre, y, reparando un religioso en su continuación, se llegó a él y le preguntó si quería o buscaba alguna cosa. A lo que respondió el tal hombre: «Padre, soy forastero y buscaba un confesor». «Pues ande acá (prosiguió el religioso), que aunque la hora es escusada, por estar recogido el convento, mis achaques, sin duda, en lugar de salir a divertirse me han traído a consolarle». Con estas razones abriendo una puertecilla de un confesonario, entraron dentro y, quitándose el hombre la espada y dos pistolas de la cinta, arrimándolo en un rincón, hincó las rodillas en tierra y confesó, a lo que pareció, tan enormes delitos y sacrilegios que el religioso, todo contemplativo, como fuera de sí, vacilaba entre algunas confusiones si le absolvería o no, y, ya determinado, le dijo así, con intento de darle materia en que mereciera algo: «Hermano, aunque es verdad que su confesión me ha dado que discurrir, por ser tantos sus pecados y algunos de mucha gravedad, no me he espantado, que, en fin, Dios lo ha permitido y le quiere mucho, pues le ha dado lugar de venir a este puesto. Pero porque la confesión tiene gravedad y la ha hecho en breve tiempo, en penitencia le doy que mañana a esta misma hora vuelva, que yo le estaré esperando y le absolveré con mucho gusto y amor». A estas amantes razones, eficaces a un penitente

164. L-1973: 'perfeccionar'. No anotaré otros casos.

contrito y no a un empedernido corazón, respondió el hombre: «Padre, a confesarme he venido desde donde habito, que es en la campaña, en compañía de otros doce camaradas, y de aquí he de salir absuelto, porque no podré volver». «Pues hermano (dijo el religioso), ¿tanto hay de aquí a mañana? ¿No me ha dicho que estuvo seis noches esperando a uno para matarle, como lo hizo? Pues ¿tanto hay de aquí a mañana para esperar el perdón de sus culpas? Tenga paciencia y espere estas breves horas, pues Dios le ha guardado tantos años sin destruirle». «Padre (replicó el hombre), no entiendo de esperar; sólo entiendo en que si no me absuelve le he de matar». «Pues hermano (dijo el religioso), haga lo que quisiere, pues su sufrimiento es tan corto; que yo no determino absolverle hasta mañana». Levantose a esta razón el hombre, guiando a sus armas a tiempo que abrió la puerta otro religioso, diciendo en voz alta: «Padre fray Fulano, ¿a cuándo aguarda vuesa reverencia, que le está esperando la comunidad?». Con este aliento se levantó el confesor, salió fuera y no vio al religioso, porque ya había desaparecido. Fuese a la iglesia a dar gracias a Dios y luego confesar lo que le había pasado. El mal penitente, sin lágrimas, se salió del confesionario y se fue.

—Sin duda —dijo mi camarada— que serían pecados reservados a suprema Deidad, que, de no serlo, ya había merecido absolución; aunque, según el suceso, mala confesión sería donde había tan poco arrepentimiento, y el confesor no le negó la bendición el día que la ofrecía, y el dilatarlo pudo ser por comunicar algún pecado grave con otro más docto.

—En fin —dije yo—, sólo he contado este¹⁶⁵ ejemplo para alabar el amor y cariñosos halagos del confesor y la infernal dureza de un mal corazón, pues se deja entender que no confesó con dolor ni arrepentimiento; ni que confesaba por confesar, sino para entretener el tiempo, lográndole para sus infamias. Y porque ofrecí dos ejemplos, digo el otro.

—Un bandolero, después de veinte años de muertes, robos y atrocidades, le quiso Dios alumbrar con la luz de su misericordia. Ordenó de venir a un pueblo; consiguiólo con la ejecución (que cosas que son para el servicio de Dios más se ha de tardar para imaginarlas que en ponerlas por obra). Entró en el lugar a tiempo que al pisar la primera calle vio pasar a un religioso de San Francisco (que cuando el hombre se anima a hacer algo de su parte Dios hace lo más para animarlo y que no desmaye. ¡Oh gran Dios de la misericordia!). Llamole, y dijo: «Padre, ¿se atreverá a confesarme?». Detuvo el religioso los pasos; mirele al rostro y díjole: «¿Por qué no? ¿Acaso le parece que no soy hombre como él, sujeto por la vil materia de que soy formado a cometer más pecados que átomos descubre el sol? Ande acá, que Dios es misericordioso y no le puede dar la criatura mayor contento que decirle: «Contra ti pequé, Señor»; que aun el mismo Dios se enternece al ver la ternera del pecador. Y así, aunque haya cometido innumerables pecados *no importa*, que el arrepentimiento que me parece que veo en él es lo que importa». Con esto el hombre, empezando a remojar aquellos duros surcos de los ojos, siguió los pasos de aquel de quien esperaba todo su remedio, y con brevedad llegaron a una ermita fuera del lugar, y después de haber buscado lugar decente el religioso, arrodillado el penitente, al querer persignarse fue tanto el llanto que acudió a sus ojos y tan crecidos sollozos, que sin pronunciar más palabra que la de «Pequé, Señor» se quedó muerto. ¡Mire el discreto si importa blandura y halagos en el

165. Orig.: 'es' (p. 117); L-1973: 'este' En la ed. de 1723: 'el'

confesor! El religioso que tal vio, volviéndose a una imagen de María santísima que estaba en el altar, fue tanto el sollozo que le acudió, causado de la alegría viendo la inmensa misericordia de Dios, que, regando la tierra con lágrimas de amante hijo del Serafín llagado, dio también su dichosa alma a Dios. Empezose a tocar una campanilla que tenía la ermita como a fiesta solemne, con que acudió todo el lugar, sin reservarse mujeres y niños, y hallaron encendidas las luces de el altar, y tan oloroso todo que se conocía asistir allí todo el Coro celestial, oyéndose una voz que declaró el suceso. Vuelvo a decir que mire el discreto si importa o *no importa* cariño y blandura en el confesor.

Aquí llegaban nuestros discursos cuando en una capilla de aquella iglesia vi una rueda de mujeres de lucido adorno que, sentadas en bulla y algazara, estaban tomando aquella parva bebida tan compuesta de trastos: chocolate, en buen romance. Servíanlas dos hombres con las jícaras y toallas, y ellas, entre sorbo y sorbo, trataban de los adornos mujeriles, sin olvidarse de perendengues y caireles postizos (invención que empezó a usar una que salió de la Galera).

—Cierto —dije a mi camarada— que me parece muy mal que en tal sitio se obre otra cosa que oraciones a Dios y con ternezas de corazón, pidiéndole misericordia, y no estos atrevimientos.

Llegose a nosotros un buen hombre que había oído nuestras razones, y, tirándome de la capa, me dijo:

—No sea vuesa merced mordaz, que aquello que allí se hace *no importa*.

—Si *no importa* —le respondí—, remito la censura al discreto.

Con esto pasamos adelante y vimos dos hombres a quien faltaba poco para sacar las espadas, según mostraban la pasión colérica, siendo la causa que, estando el uno arrodillado, pasó el otro y le repeló una media con la contera de la espada.

—¿Es posible —dije— que no respetemos el lugar sagrado, que en un palacio sonara mal tal arrojo y aun debía pena grave, y que a los ojos de Dios sacramentado nos parezca que semejantes atrevimientos *no importa*?¹⁶⁶

—La justicia —dijo mi camarada—, armada con las leyes, con el premio y el castigo, son las columnas, que sustentan el edificio de la república; pero yo digo que son columnas en el aire si no asientan sobre la basa¹⁶⁷ de la religión labrándolas con el temor de Dios. Porque la jurisdicción¹⁶⁸ de la justicia solamente comprehende los actos externos legítimamente probados, pero no se estiende a los ocultos e internos: tiene autoridad sobre los cuerpos, pero no sobre las almas. Poco temerá la malicia el castigo si obrara ocultamente en el adulterio, rapiña e injuria, consiguiendo su intento y, a su parecer, dejando burladas las leyes, a no tener y temer otra invisible ley que les estuviese amenazando internamente. Ésta es la Iglesia; si en ella falta el respeto,¹⁶⁹ el entrar en ella *no importa*, porque sin temor de Dios ¿quién puede vivir contento? Ni viviera con su pobreza o corta estrella, a no esperar el sumo bien de la eterna Patria. ¿Qué fee podía haber en los contratos o seguridad en las vidas? ¿Qué alivio tuviera el pobre que en una Pascua ve tantas galas

166. L-1973: 'importan'.

167. L-1973: 'base'.

168. L-1973: 'jurisdicción'. No anotaré otros casos.

169. L-1973: 'respecto'.

en otros y él se mira desnudo, ve tantos regalos sobrados en las otras casas y en la suya ni un panecillo? A este desconsuelo no halla más alegría que irse a la iglesia a dar gracias a Dios, de quien espera favor. Si en estas casas faltase el respeto el ser cristianos *no importa*, porque quien no ama a Dios, ¿cómo puede esperar que Dios le ame?

—Aquí —dije yo— se me ofrece un ejemplo; y fue que un hombre mató a otro; y el muerto tenía un hermano soldado, que así que supo la desgracia prometió en su corazón la venganza con aquellas atrevidas palabras, que dicen algunos, de «¡Hele de matar, aunque sea delante de Dios!». ¡Oh boca infame, que no repara que hay en ese luminar globo rayos que obedecen a Dios como Criador de todo! En fin, anduvo muchos tiempos, con el deseo de su venganza, buscando a su contrario, a quien conocía; pero él, receloso, se guardaba y avergonzaba, arrepentido, pues desde que le mató hacía penitente vida. Sucedió, que una Semana Santa, en la capilla de una iglesia, donde había un Cristo crucificado, estaba derramando lágrimas el matador pidiendo a Dios le fuese perdonada aquella muerte, a tiempo que entró su enemigo en la misma capilla, y, conociéndole, sacó una daga, y al querer ejecutar el golpe le detuvieron el brazo, oyendo una voz que dijo: «¿Por qué no respetas el sagrado y la presencia de Dios? Y ¿por qué no reparas que no perdona Dios al que a otro no perdona?» Detúvose, ya cobrado y vuelto en su acuerdo (que es muy cierto estar sin él el que se atreve al sagrado de un templo), miró a su enemigo como a quien guardaba Dios y le oyó estas razones: «Amado Jesús mío, que de la nada me hiciste, dando a esta mísera arquitectura luces tan Reales en un alma con tres dones¹⁷⁰ tan grandes; como hecho de vil materia, caí en culpa y te ofendí, pues maté a otro que tú criaste. Perdóname, Señor. No permitáis que tu justicia tenga que ver conmigo; válgame la inmunidad de ser hijo tuyo y vaya yo, pues tengo el padre alcalde, seguro a juicio. Vénguense en mí mis enemigos, no la espada de tu justicia; y válgame el sagrado tuyo, que siempre respeté». Apenas oyó el soldado colérico estas razones cuando, soltando el puñal de la mano, dándole los brazos le levantó del suelo, diciendo: «Por que Dios me perdone tan arrojado atrevimiento te perdono. Fulano soy, no temas, que de enemigo me he pasado a tu mayor amigo». Levantose del suelo el matador y luego, dándole los brazos, salieron fuera juntos, con admiración de cuantos los vieron. ¡Mírese ahora si importa o *no importa* el respeto a los lugares sagrados!

—Si ignoramos los hombres —dijo mi camarada— el que hay supremo Tribunal sobre las imaginaciones y pensamientos fuéramos perdidos, que castiga con pena eterna y premia con bienes inmortales; y esta esperanza y este temor aun en el pecho más impío y bárbaro compone las acciones y arrojos. Burlábase Cayo de los dioses, y cuando tronaba reconocía temor notable en otra mano poderosa que le podía castigar. La aguja de marear, llevada de una natural simpatía, está en continuo movimiento hasta que se fija a la luz de la estrella inmóvil sobre quien se fijan las esferas. Así, el hombre vive inquieto hasta que llega a conocer y a adorar con divino respeto a aquel celestial Norte en quien está el reposo y el descanso. Y en esta atención debe ser el primero el que primero es a mandar, pues sirve de piloto a la nave de la república, pues la gobierna y ha de reducir a buen puerto, y atender que no ha de fingir y mirar otros astros que llevan a los bajíos y peligros de la navegación de la vida.

170. En el cap. sgte.: 'Crea ahora el lector que todo el ser que tiene se lo debe al alma, como a dueña de la memoria, del entendimiento y la voluntad, que son los tres talentos que trujo por dote cuando se desposó con el cuerpo.'

—Así es —dije yo—, y en el concilio Toledano Sexto, en el capítulo 3, he leído que ordenó que a ninguno se diese la posesión de la corona si no hubiese jurado primero que no permitiría en el reino a quien no fuese cristiano. Ni España se vio quieta hasta que depuso los errores de Arrio y abrazaron todos¹⁷¹ la religión católica, hallándose tan quieto y en tranquila paz el pueblo, que, queriendo después el rey Weterico¹⁷² introducir de nuevo aquella secta, le mataron dentro de su palacio. Muchos imperios fundados en religiones falsas, nacidas de ignorancias, mantuvo Dios, premiando con su duración las virtudes morales y la ciega adoración y falsas víctimas con que le buscaban, no porque le fuesen gratas, sino por la simpleza religiosa con que las ofrecían; pero no mantuvo Dios aquellos imperios que disimulaban la religión más con malicia y arte que con ignorancia. Y San Isidoro pronosticó en su muerte a la nación española que si se apartaba de la verdadera religión sería oprimida; pero que si la observase sería levantada su grandeza sobre las demás naciones, como se verificó en las ruinas grandes que ocasionaron los africanos desde que el rey Witiza negó la obediencia al Papa, con que entró la libertad en el culto y la desenfrenada licencia en los vicios, hasta que Pelayo retiró algunas reliquias a la cueva del monte Ausena llamada Cova Longa, permitiendo Dios por esta acción católica que los dardos y saetas que flechaban los moros se volviesen contra ellos. Ampáreme aquí la constancia de Filipo Segundo y sus sucesores, que no se han querido rendir a apaciguar las sediciones¹⁷³ de los Países Bajos concediéndoles libertad de conciencia (que con este medio podían mantener enteros aquellos dominios y escusar los innumerables gastos y tesoros que ha costado la guerra), estimando más el honor y gloria de Dios que su misma grandeza, diciendo: «Con enemigos de la fe la guerra importa; la paz *no importa*», a imitación de Flavio Joviano,¹⁷⁴ que, siendo aclamado emperador por todo el ejército, no quiso admitir el imperio, diciendo: «Yo soy cristiano, y no he de ser emperador de los que no lo fueren»; y hasta que todos los soldados confesaron el serlo no quiso aceptar. Y porque parece que nos hemos remontado algo del propósito primero, digo que hoy, por un deleite que se procura, o por hablar, murmurar o contar dos mentiras, se profana el sagrado de un templo, y a los que lo hacen les parece que *no importa*. Sobre las torres de los templos arma su nido la cigüeña, y con lo sagrado del sitio se promete feliz sucesión. El templo vale mucho. Cuando consultaron los atenienses el oráculo de Delfos de la manera que se podían defender del ejército de Jerjes, que traía armada de mil y docientas naves largas, a las cuales seguían dos mil onerarias,¹⁷⁵ respondió el oráculo que fortificasen la ciudad con murallas de leño. Aquí interpretó Tomístocles¹⁷⁶ diferente que yo, pues digo que contra el enemigo sólo la veneración al culto divino y honrar los sitios sagrados es lo que valdrá y dará victorias, que lo demás *no importa*.

171. L-1973: 'todos abrazaron'

172. Orig. (p. 123) y L-1973: 'Ubeterico'

173. L-1973: 'sedicciones'

174. Orig.: 'Gobiano' (p. 126); L-1973: 'Goviano'

175. Orig. (p. 127) y L-1973: 'onetarias'

176. L-1973: 'Temístocles' Creo posible que en la época alternasen ambas formas, como en el caso de 'Menelao/Menalao'

SÉPTIMA HORA DEL SUEÑO

NOTABLE amor han tenido los católicos reyes de España al culto divino y a los lugares sagrados, pues en las batallas grandes que ganaron llamaron a Dios a la parte de los despojos de la guerra, como a señor de la victoria, ofreciendo al culto divino tantas rentas y posesiones; de donde han resultado innumerables dotaciones de iglesias y fundaciones de religiones, habiéndose fundado en España setenta mil templos; y sólo el rey don Jaime el Primero de Aragón edificó mil, consagrados a la Inmaculada Concepción de María santísima. Y si hoy se hiciera reparo (ya que los reyes no asisten en las campañas) si se da a Dios parte de los despojos, no sé quién se atreverá a responder; puede ser que algún mísero que no tenga que perder bienes temporales pregone la verdad, diciendo: «Hoy se dan los despojos de las batallas y lo que se quita a los otros al Demonio; y se compran lugares, y no para el Rey, como señor absoluto, pues me parece que¹⁷⁷ le veo peregrinar docientas leguas por tierra sin pisar cosa suya, si no es hospitales y templos». Válgame Dios y valga la verdad; que aunque algún interesado murmure ultrajando mis verdades tan evangélicas, *no importa*.

Aquí llegaba nuestro discurso cuando vimos arrodilladas a una misa infinitas personas, y ya la misa estaba cerca de el fin del evangelio primero; y saliendo otro sacerdote a celebrar aquel tremendo sacrificio en que representa no menos que la muerte que tuvo después de su santísima pasión el Hijo de Dios, vi que se levantaron algunas personas de la misa ya comenzada y siguieron el¹⁷⁸ otro sacerdote.

—¿Qué es esto? —dije a mi camarada—. Sin duda estos que se han levantado no habían gozado de misa entera y por eso siguen al otro sacerdote.

—No es eso —me respondió—, sino que éste que ha salido ahora celebra más breve que esotro, y los que se levantaron buscan la misa breve; y muchas veces no la oyen, paseándose aguardando a que salga sacerdote a su gusto.

—Pues ¿cómo —dije yo—, habiendo empezado a oír misa en un sitio donde realmente está Dios, se atreven a mudar lugar,¹⁷⁹ sólo buscando ocasiones de asistir poco en la iglesia?

—Eso —respondió mi camarada— es muy común; y si la razón reprehende a quien tal hace, responden, haciendo gestos con labios y ojos: «Eso *no importa*».

—En verdad que a mí me parece muy mal, y que a los tales dijera yo que si acaso aquel rato que están en la iglesia tienen signo de morir desdichadamente y están¹⁸⁰ dentro del sagrado como Dios manda (que es con silencio, respeto y humildad), pasa la ronda del mal signo y luego sale libre aquel que si saliera antes no lo saliera. Y aquí he de decir un ejemplo breve, muy de la materia.

177. L-1973: 'parece le'

178. L-1973: 'siguiendo al'

179. L-1973: 'lugar mudar'

180. Orig. (p. 129) y L-1973: 'estando'

Fue que, yendo dos amigos juntos a cierta casa de conversación el uno, al pasar por junto de¹⁸¹ una iglesia, dijo al otro: «Yo, amigo, he de rezar en esta iglesia primero, porque es devoción mía». «Pues yo (dijo el otro) harto he rezado ya. En casa de Fulano os aguardo» (que era la casa donde iban). Con esto el uno se entró en la iglesia y el otro se fue a su divertimento; y a muy breve rato que había entrado, sentándose, impensadamente se hundió la cuadra donde estaba él y otras personas, pereciendo miserablemente. ¡Mire el discreto si importa el templo de Dios y si estar en él importa o *no importa!*

Luego vimos un hombre que, levantándose de los pies de un confesor, al ir al altar de la comunión guiaba con alguna torpeza y pasos tardos. Pregunté la causa a mi camarada, y respondió así:

—Aquel hombre que has visto confesar, al ir a recibir aquel pan de los Ángeles se ha acordado de un pecado mortal, y lo supenso que ha quedado es que el Demonio le dice: «No vuelvas a confesar, que es tarde y tiene mucha gente el confesor, y los que volver te vieren juzgarán mal de ti. Y ese pecado, estando tan cerca de la comunión, el confesarle ahora *no importa*».

—Consejo es del Demonio —dije yo—. Y como tal obra; que sólo se permite al pecador cuando ya está arrodillado en el altar o verja donde ha de comulgar no levantarse, aunque se acuerde de algún pecado; pero ha de tener gran cuenta de confesarle a la primera confesión que haga. Y sobre todo, lo¹⁸² mejor es examinar con quietud y sosiego la conciencia, y para no hacer confesiones largas, hacerlas a menudo.

Luego vimos una rueda de lindos, de aquellos que para hablar se van a las iglesias; y al pasar un pobre hombre por junto de ellos tropezó al uno, y sólo por esto le trataron mal de palabra y aun casi de obra; y luego al instante pasó una dama de las de perejil y cilantro por pelendengues, y con una hojilla de la guarnición del guardapiés (que era de plata falsa) le llevó a uno de los lindos un repelón a una media que la desbarató toda; y, volviendo el repelado la cara a la dañadora (que también la volvió, sintiendo el daño que había hecho), descubriendo en forma de paga el rostro y pronunciando un reverendísimo «Perdone vuesa merced», el tal lindo, con más reverencias que un menesteroso, la dijo:

—Señora mía, a dicha se puede tener el que a mis medias haya llegado el ribete de su saya; y así, el daño *no importa*.

Pasó la tal dama adelante con la ceremonia de *enánome* y *vuélvome gigante*, y la pasión hiriendo el corazón de mi camarada, dijo, mirándome:

—¡Oh ceguedad nuestra! Pues sólo porque aquel pobre topó sin querer a uno fue ultrajado, y esta mujer, habiendo hecho notable daño, sólo por ayudar a ello Satanás ha sido con reverencias perdonada.

Con esto nos salimos de la iglesia por no ver cosas que no se pueden remediar, y al pisar la calle oí a dos hombres que litigando estaban, y, atendiendo, oímos que decían así:

—Amigo, el tiempo está muy trabajoso, y si un hombre no se vale de alguna industria perecerá miserablemente; y así, pues decís que no tenéis blanca de moneda y yo os he contado que visto la misma librea, mañana andaremos una demanda como que es para

181. L-1973: 'a'

182. Orig. (p. 130) y L-1973: 'la'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

un pobre o para las ánimas del Purgatorio; y pues tenéis y tengo hartos amigos, siempre llegaremos al pie de cien reales, que para remediarnos esta semana no será malo.

—Ni vuestro consejo lo era —respondió el otro—; pero le hallo agravio, y me le obscurece el que hemos de mentir durante la comisión y que hemos de quitar la limosna al pobre necesitado, pues a muchos llegaremos que sin hacer reparo por quien pedimos nos dará dos cuartos con que podía contentar a cuatro pobres, y lo hará por la conciencia.¹⁸³ Y fingirnos necesitados teniendo salud para buscar otro rumbo no será razón, ni el aplicarnos a tan miserable medio como pedir limosna para nosotros mismos, y sobre todo la ofensa de Dios, pues sentirá que, habiéndonos dado salud para buscar la vida por otro camino, nos finjamos pobres necesitados y nos vistamos la mascarilla del engaño.

—Cierto, Fulano —respondió el otro—, que sois famoso orador del alma y tenéis pereciendo el cuerpo. Dejad esos melindres, que primero es el comer. Y prometo a ley de quien soy que para la ejecución de lo que ha dicho y os he propuesto todo lo que vos decís *no importa*.

A este tiempo pasaba junto a estos amigos una moza de mantilla, y el uno de los dos tirándola de ella, se la hizo caer de la cabeza. Y la moza volviendo al tal, le dijo:

—¿Está borracho, seor golilla del baratillo? ¿No le tengo dicho que no se burle de manos conmigo? Pues por vida de la cara de negra que si le sucede otra vez, que le ha de pesar.

Con esto se fue, quedándose el tal hecho una mona. A quien el otro dijo:

—¿Para qué dais ocasión a que os traten así? Que me parece que si conmigo lo hubiera la cortara la cara.

—Andad —replicó el otro—, que sois colérico. ¿No véis que es conocida y lo que ha dicho *no importa*?

Hízonos volver la vista el espantoso eco de «¡Maldita sea el alma!», pronunciado del un aliento de un bruto (que a tener entendimiento no dijera tal). Eran dos hombres, y al que dijo lo referido le reprehendió el otro, diciendo:

—Cierto, Fulano, que tengo de dar en huir de vos, porque vuestra lengua da horror a quien la escucha, y a cada palabra dais en maldeciros el alma sin hacer reparo que el espíritu no tiene menor artífice que a todo un Dios, y que después de haber formado el cuerpo mortal y haberle organizado con tan Reales partes, con su mismo aliento le infundió el alma, y esa es la que ofrecéis al Demonio. Idos a la mano, que, de no hacerlo, no seréis mi amigo.

—Callad —respondió el tal—, que yo no lo digo porque sea maldita ni por ofrecerla al Diablo, sino que ya es costumbre; y así, *no importa*.

—En un lugar grande, cerca de Madrid —dije yo—, oí contar este ejemplo a un religioso Carmelita Descalzo, natural de Talavera, acerca del desacierto grande que hace el que se maldice el alma, y por ser sabroso le he de contar. Dijo que al segundo día que cantó misa le dio el mal de la muerte a una tía suya, hermana de su madre; y que, siendo llamado para ayudarla¹⁸⁴ a bien morir y habiéndola asistido una hora no cabal (porque luego espiró), al volverse a su casa, en una espaciosa calle, pasando por encima de la reja de una cue-

183. L-1973: 'conciencia'

184. L-1973: 'ayudar'

va oyó notable ruido y, haciendo reparo, vio ocho personajes¹⁸⁵ de espantosas caras que, puestos en rueda, jugaban a la olla tirándola unos a otros; y que vio que al dar en el suelo la que se tiraban por olla se volvió un hombre en camisa y el mísero cuerpo decía: «¡Ay!». Admirado el religioso y santiguando su afligido rostro, resignado todo en Dios, atendió con más cuidado y oyó que, cansados de jugar, dijo el uno: «¿Es posible que habiendo dado este miserable cuerpo tantas vueltas entre nuestras manos no se le haya caído esa reliquia que al cuello trae, y que una efigie de nuestro Atormentador sea bastante a que no podamos cargar con esta alma que tantas veces se nos ha ofrecido voluntariamente? Sin duda no se ha cumplido el número de sus pecados; pero ahora le hemos de hacer un dominguiillo y hemos de jugar al estafermo con él, que si conseguimos el dividirle en trozos podrá ser que se le caiga ese cordón con la bolsa donde se encierra el que gobierna cielos y tierra y nos ata los bríos sin dejarnos obrar hasta que su voluntad permite. Y pues al acostarse maldijo su alma, sea nuestra hasta que despierte, ya que no sea más por ahora». Viendo el religioso la determinación de los espíritus malditos, levantando el rostro al cielo, dijo: «Pan de los Ángeles, Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que a estas indignas manos has bajado dos veces; por la piedad soberana que te asiste que no permitas tal desdicha». Y, puesto de rodillas, dijo en alta voz el *Credo*, y al pronunciar las misteriosas palabras de *encarnó en el vientre de María* desaparecieron aquellos ocho ministros dejando caer el cuerpo en el suelo, despertando del golpe y repitiendo su mal acostumbrada lengua: «¡Maldita sea el alma que tal hace!»; y, volviendo más en sí, todo confuso viéndose de aquel modo aporreado y en la cueva, por dejarle con alguna enmienda el religioso, dijo por la reja: «Desdichada alma, si no enmiendas el mal vicio de ofrecerte al Demonio, ¡ay de ti!». Con esto que oyó el hombre, todo espantoso, empezó a dar tantas voces que, alborotada la casa, bajó la gente de ella¹⁸⁶ a la cueva, y pareciéndole al religioso buena ocasión de llamar a la puerta, lo hizo y entró preguntando el suceso, como ignorante; y el tal hombre dijo: «Padre, en esta casa andan brujas, y hasta que yo eche fuera una suegra que tengo, sorda sólo cuando no quiere oír, no tendré yo paz; y este suceso que por mí pasa a ella lo atribuyo». «Repórtese (dijo el religioso) y quedemos solos, que le importa la quietud del alma y cuerpo». Hízolo así el hombre, y, estando solos, le contó todo el suceso del modo que había visto y oído, quedando tan confuso que, echando mano a la bolsa de las reliquias, sacó la imagen de Jesucristo crucificado y, postrado de rodillas, le rindió las gracias del amparo y propuso la enmienda, y el religioso se volvió a su casa.

Si importa o *no importa* el maldecir el alma, véalo el que tiene tal vicio y aconséjele el discreto; que yo sólo digo que el alma es la joya que da valor al cuerpo, que sin ella no es más de un poco de tierra sin provecho. Camino de Valencia vi una ermita caída cuyos cimientos manifestaban haber sido sagrado; y, preguntando a un vecino del más cercano lugar la causa de aquella ruina, me dijo que poco había que se había caído pero que sin haber dentro cosa sagrada, al entender de todos, se había tenido en pie veinte años, hasta que, curioso un sacerdote, entrando dentro la registró toda y halló en una pared un papelito en que había unas letras que decían: *Ave María santísima, sin pecado original*; y quitándole sin atender al misterio que encerraba, empezó a caer tierra; y apenas salió fuera cuando

185. Orig.: 'porsonages' (p. 134); L-1973: 'personages'

186. L-1973: 'ellas'

se hundió toda. Crea ahora el lector que todo el ser que tiene se lo debe al alma, como a dueña de la memoria, del entendimiento y la voluntad, que son los tres talentos que trujo por dote cuando se desposó con el cuerpo, y que en faltando ella se ha de hundir toda la fábrica de tierra que la oculta: y que si¹⁸⁷ ciego la ofrece al enemigo, que aunque le parece que *no importa* se engaña, que harto importa.

Aquí llegaba nuestro discurso cuando mi camarada me dijo:

—Has de saber que lo que pregona el vulgo del *no importa*, diciendo que monta más el *no importa* de España que el principal de otros reinos, es sobre el comprar y vender y malrotar, y que ahora has de ver algo de lo mucho que pasa por el mundo; que hemos de hacer largas jornadas durante este breve rato en que se ha retirado el alma a la mansión más quieta del cuerpo.

Diciendo esto, sacó un espejo y me dijo que aquella era la luna del deseo, y que en ella vería notables cosas. Tomele en las manos, y al punto noté un hombre que en una sala grande y espaciosa se estaba vistiendo. Asistíanle algunos criados y otros personajes de fuera de casa, y uno, algo curioso, preguntó a un criado que si era su amo de boda. Y respondióle:

—No; pero hoy es día del *Corpus*, cuando los lindos quieren ser vistos. Atiende y verás lo remilgado que se pule.

Hícelo¹⁸⁸ así, y en faldas menores, como en calzoncillos de tafetán encarnado con puntas negras abajo, y en un jubón de lana, empezó a pedir trastos, y fue lo primero que le calzasen, y para ello tomó de un azafate dos pares de calcetas muy delgadas y escarpines de Holanda, que por venir algo estrechos, sacando las tijeras de un estuche los abrió por un lado. Díjole al ver esta acción una criada:

—Señor, no haga vuesa merced eso, que a la primera lavadura no quedan de provecho.

Y el tal señor respondió:

—Anda tonta, que *no importa*.

Después de encajadas las calcetas entraron las medias de pelo, tan sutiles, que al calzar la una se desbarató de arriba abajo, causado de un punto. Quitóselas y tomó otras poco más o menos; y la criada que tal vio, dijo:

—Cierto, señor, que para su paciencia de vuesa merced no eran medias tan delgadas, que es notable el gasto que tiene en sólo ellas.

A quien respondió:

—¿Qué se te da a ti, habladora? Mi gusto estimo yo, que el gasto *no importa*.

Luego entró a ejercer su oficio el zapatero, diciendo:

—Temblando vengo a calzar a vuesa merced, porque le he hecho zapatos para hoy no más, en hormas dos puntos menos de lo que ha menester.

—*No importa* —respondió el tal lindo—. Sirvan ellos hasta la vuelta a casa, que con eso hay harto.

Aprestose el maeso¹⁸⁹ a la batalla de porrazos y palmadas, y con harto sudor y aprieto de el pie le calzó, quedando cojeando, pero a su entender galán. Díjole la criada:

187. L-1973: 'y que'

188. En la ed. de 1723: 'Hízolo', entendiendo alude al criado que preguntó.

189. L-1973: 'maestro'

—Señor, ¿es posible que quiera vuesa merced ser mártir de sus carnes por calzar tan pulido, que se le conoce el cojear?

—*No importa* —respondió la figura.

Luego entró el maestro sastre dándole los calzones, tan angostos que podía calzarlos el zapatero. Púsose los (que apenas se podía bajar a atar las boquillas), y al tomar la ropilla no le venía con cuatro dedos.

—Bien lo dije yo —dijo el maestro—, que vuesa merced había de querer vestirse con otro jubón; pero ensanchas hay, buen remedio.

Soltolas y vistiole; y al contemplarse galán le dio al sastre un real de a ocho. Díjole la criada:

—¡Jesús mil veces! ¿Cuándo ha de dejar mi señor de ser tan manirroto? ¿No basta el dar recados sobrados y pagar las hechuras, sino también eso más?

—Calla, tonta —respondió—, que *no importa*.

Púsose luego unas vueltas de puntas muy grandes. Díjole la criada:

—Mire vuesa merced que hace mal en estrenarlas sin haberse concertado, porque hasta que gustaran no las ajusté, y a mi entender será lástima dar por ellas¹⁹⁰ 18 de a ocho que quieren; que con las que hay en casa se podía pasar y no gastar tanto.

—¿Qué se te da a ti? —dijo el lindo—. Ellas son de mi gusto, y así, el precio *no importa*.

Luego tomó el sombrero, diciendo:

—Hagan chocolate para todos.

La criada se aburría viendo las demasías, y le dijo, llegándose a él:

—¿Que quiera mi señor que haga chocolate para el zapatero, para el sastre y otros dos que vienen con él y para los demás que están aquí! ¿No repara vuesa merced que le ha costado el cacao a cuatro reales de a ocho el millar, y que no hay jícara que no lleve de costa más de un real, por pequeña que sea? Escútese, Señor, que es notable el gasto, y a este andar, según lo veo, no hay hacienda para dos años.

—No seas cansada, María —dijo el lindo—, que mi hacienda gastas; *no importa*.

Con esto la criada obedeció y lo sacó con mucha brevedad. Tomáronlo todos, porque ya todos lo toman, y salió a la vista del mundo aquella figura. Tapé el espejo y dije a mi camarada:

—Notable figura y notable gasto; notable criada y notable condición. O ella es parienta de la hacienda o se pringa o quiere pringarse, según lo ahorrativa. No he visto criada de tal calidad en mi vida.

—No hagas admiraciones —respondió mi compañero—, que algo será ello. Vuelve la vista al espejo, que estamos en Francia. No te espantes, que lo ligero de un sueño todo lo anda y todo lo penetra.

Con esto miré mi luna, y me pareció que veía las calles de París de Francia, y entre todas una espaciosa, toda de mercaderes con grandes lonjas y mucho comercio. Y estando admirado de ver la negociación tan grande, me dijo mi camarada que reparase en un francés que estaba a la puerta de una tienda clavando agujetas; y, volviendo la vista, noté una horrible figura. Era un hombrecillo (poco más y algo menos) mal encarado; tapábale la cabeza la copa de un sombrero muy grasiento, y sobre un jubón de gamuza amarilla

190. L-1973: 'ella'

una justacor de paño blanquizco y tosco; calzones de lo mismo, muy largos y anchos de abajo, que le tapaban la mitad de las medias (que también eran de paño), y por remate de la parte baja unos zapatos de vaca con cuatro dedos de suela, que, según después supimos, había que le duraban veinte años, y cuando se desgraciaban él mismo los remendaba. A este tal personaje (que apenas lo¹⁹¹ parecía) se llegó un *monsiur* preguntando adónde vivía Jorge Pietro¹⁹² o cuál era su lonja.

—¿Qué manda su merced? —dijo el tal francesillo—, que aquesta es su posada.

—Aquí —replicó el *monsiur*— traigo una letra de seis mil doblas que son para servicio del cristianísimo *Sire*, y sin aceptar será fuerza que lo pague, porque, si no, se volverá a España a quien la envió, que es Quintín Pueyro, mercader de lonja.

—Yo soy a quien la vuestra señoría busca —replicó—, y así, hasta mañana pido de espera.

—No la puedo dar —dijo el *monsiur*—, porque luego parte correo a los Católicos Reyes y pienso remitirla.

A esta resolución vi que se levantó del asiento (que era un banquillo) y, soltando el martillo de las manos, tapó la herramienta y agujetas y entró en una tienda más grande y majestuosa que, juntas, las de Martín Fernández y José de Ontiveros.

—¿Adónde irá esta figurilla con el otro *monsiur*? —pregunté a mi camarada.

Y me respondió:

—Entra también. Y no pierdas el espejo, que como venimos como brujas (que si ellas en espíritu nosotros en imaginación), no seremos vistos y veremos cuanto pasa.

Así lo hicimos, y vi que se metió en una sala trastienda, donde había tantas mercaderías que con otro caudal tal como aquel ruara coche un mercader de Madrid; y, haciéndole sentar en una silla, abrió un escritorio, sacó una naveta llena de doblones, diciendo:

—Para pagar mis letras y socorrer a mi *Sire* tengo yo aquí este dinero. Venga el papel, que aunque a Quintín Pueyro le remito yo ahora mercaderías que valen más que la letra, *no importa*, que su crédito es muy seguro y su hacienda muy saneada.

Contó con esto el dinero, y, haciéndole echar un recibo y su contera, le guardó en una secreta del escritorio. Y después de haber cerrado empezó el *monsiur* a mirarle de arriba abajo¹⁹³ (aunque muy poco había que ver), y el francés le preguntó qué era lo que le admiraba.

—Ver vuestro caudal —dijo— y vuestra promptitud en pagar, y veros con esos adornos personales, que me parece que sin conoceros no os fiara quince cuartos.

—Pues, señor —respondió el francés—, por el nombre he granjeado crédito; y si se ofreciera dar en España docientos mil ducados, con papel mío bastaba; y con este vestido soy quien soy y cumplo con las letras que me vienen, y no hay más crédito ni más nombre o adorno que pagar lo que se debe y, si puede ser, no dar lugar a que vengan por dinero dos veces; y con esto compro más barato que otro, porque sabe el que me trae la mercadería que le he de pagar luego.

191. L-1973: 'le'

192. L-1973: 'Prieto'

193. L-1973: 'de arriba a abaxo'

—Todo eso —respondió el *monsiur*— me parece bien; pero el veros a la puerta de la calle echando cuatro clavos es lo que me parece mal.

—A mí me parece bien —replicó—. Digan lo que quisieren los que lo vieren, que los miedos del qué dirán¹⁹⁴ tiene perdidos a los españoles, y el trabajar¹⁹⁵ como trabajo me sirve de grandísimo ahorro, porque seis cuartos que gano cada día son algo al cabo del año, y con el ejercicio destierro a¹⁹⁶ la ociosidad, que atrae malos pensamientos, y la vanidad del que tiene es escusada si le falta entendimiento, que es el verdadero caudal; y los bienes del mundo son como los arcaduces de la noria: unos suben con caudal muy llenos y muy ufanos, sin mirar ni atender a los vaivenes del mundo, y apenas se ven en altura cuando vieren cuanto tienen, quedando pobres, abatidos y ultrajados. Y huyendo deste azote vivo como pobre y trabajo como menesteroso, que el hacerlo así es lo que importa; y con eso,¹⁹⁷ cuando la fortuna diere vaivén me hallará asegurado en mi banquillo, que¹⁹⁸ la vanidad *no importa*. Y si miráis mi persona con ojos de entendido veréis una nave a quien no ofenderá el fiero nordeste ni el atrevido huracán. La gavia pobre y humildad deste sombrero, poco levantado ve más que alguno lleno de plumas. Estas velas del jubón y justacor, por lo humilde, están seguras del más rápido viento, porque donde hay gran resistencia es donde más ruido hacen mis pies; y mis manos,¹⁹⁹ siempre trabajando, son remos muy seguros; y el lastre es famoso, porque estos zapatos han estado seis años en Madrid, y con dos clavos que arrojan los herradores de cabalgaduras (que de otros ejercicios hay infinitos) los remendaba, y sin comprar otros volví a mi casa dejando sentada mi correspondencia; y mi sustento era una tajada de vaca o un plato de picadillo de bofes. Esto es en cuanto a mi persona, que en cuanto al adorno, los que ven mi apreio no me envidian, con que en lo exterior me libro de un fiero enemigo, y es lo que importa; y si la vuestra merced quiere ver adorno de casa suba a esa²⁰⁰ primera cuadra: verá pinturas de mucho valor, escritorios, sillería y estrado; pero aunque le hay no le roza la señora de casa, que es la que ven.

Volví los ojos a mirar y vi una francesa de lindo rostro y sin afeites fruncido en un tocador de lienzo, unos corpiños de gamuza parda picados en guarnición, y unas enaguas de paño con muchos pliegues. Estaba cosiendo o remendando vestidos viejos, y junto a ella dos doncellitas haciendo puntas, adornadas algo menos que la madre; pero aunque se andaba cerca, jamás vi que la gabacha levantase los ojos a mirar (que por hacerlo han quedado baratas muchísimas caras). Cada uno trataba de trabajar en esta casa, y, espantado el *monsiur*, con cumplidas reverencias se despidió, diciendo:

—De hoy más, señor Jorge Pietro, letras en vuesa merced las tomaré con notable gusto.

Fuese con esto, y nosotros, como no ocupábamos lugar ni éramos vistos (que parecían nuestros cuerpos una propia imaginación), nos quedamos allí admirando la llaneza, cuando vi que le pusieron mesa para que almorzara sobre un banquillo; y, reparando en el adorno, vi que el vino estaba en un pichel de estaño y un vaso de baqueta junto a él, y

194. Orig.: 'diranr' (p. 145). V. la n. sgte.

195. Orig.: 'trabaja-' (p. 145). V. la n. ant.

196. L-1973: 'destierro la'

197. L-1973: 'esto.'

198. L-1973: 'qua'

199. L-1973: '...hacen. Mis pies; y mis manos ...'

200. L-1973: 'esta'

encima de una servilleta (que parecía paño de manos de bodegón) un pan grande y un cuchillo; y luego le sacaron en un plato unas sopas mojadas que con grande brevedad con una cuchara de palo tomó cuatro bocados y bebió dos tragos, y, echando la bendición, se fue a su mesa de clavar, empezando con tanta ansia como si no tuviera qué comer. Aquí perdí la paciencia, pues, levantando la voz, dije:

—*No importa* cuanto tienes, miserable francés, pues no sabes usar de ello. ¿Tan poco es tu caudal que se te gastará en traer tu persona bien tratada y tu cuerpo bien sustentado? No quiero envidiar lo que tienes, que parece²⁰¹ que no tienes; y si así vives, vete para bugre, que cuanto tienes *no importa*.

Y, volviendo a mi camarada, le dije que me había dado vergüenza de ver aquel gabacho con tanta hacienda y tan miserable adorno personal y sustento.

—Con aquello pasa —me respondió— y con aquello está contento y sobrado. Y ves allí²⁰² otro que labra peines y ha estado en Madrid seis veces y tiene allá dos tiendas de peines y una lonja de todas mercaderías francesas y un hijo que lo administra, y mira los adornos que le cubren.²⁰³

Volví la vista y vi un gabacho desvaído, flaco y mal encarado; tapábale el cuerpo unos calzones de gamuza amarilla y un justacor pardo, un sombrero pequeño de falda y media vara de copa; iba comiendo un pedazo de pan y a cada bocado cruzaba los brazos, y de este modo iba por la calle, haciendo más ruido con los zapatos que puerca que ha perdido sus cachorros.

—¡Oh, mal haya tal gente! —dije—. Ya deseo pisar tierra de España, donde valen más los desperdicios del pobre que el principal del francés más sobrado. La hacienda en éstos es lo mismo que un tesoro enterrado. ¡Bien haya Castilla!, que el que tiene mil reales de caudal se echa una gala que cuesta mil y²⁰⁴ quinientos, y su plato es de los mejores, y trampa adelante, dure lo que durare, que *no importa*.

—¡Buena locura es ésta! —dijo mi camarada—. Ese *no importa* tiene perdido al²⁰⁵ mundo. Y ya que deseas volver a tu patria, ven, que los hijos de Madrid sois muy amantes de aquel charco, y estáis fuera del²⁰⁶ como el pez ausente del agua.

—Así es —dije—. Y así²⁰⁷ el hechizo de mi patria atrae a todas las naciones del mundo a sí, que por eso la llamó un forastero entendido, después de haber gastado en un pleito toda su hacienda: «¡Oh piedra imán de la Corte de España! Aunque me has destruido con pareceres de letrados y mujeres, más te quiero vivir pobre que sobrado en mi patria; que viviendo en ti la pobreza *no importa*». Y así, ¿qué mucho que sus hijos la amemos como a madre? ¿Por ventura habrá en París la gala majestuosa que en mi patria? ¿Has visto que otra alguna nación la iguale en la hermosura de sus damas? Pues para engrandecerla dijo un forastero, después de haber visto a²⁰⁸ Madrid, a otro que con él andaba enseñándole lo

201. Orig.: 'parace' (p. 148); L-1973: 'parece.'

202. L-1973: 'allá'

203. L-1973: 'cubre'

204. L-1973: 'mil quinientos'

205. L-1973: 'el'

206. L-1973: 'de él' No anotaré otros casos.

207. Orig.: 'si' (p. 149); L-1973: 'así'

208. L-1973: 'visto Madrid'

más notable: «Decidme, por vuestra vida: ¿dónde están las mujeres de este lugar, que yo no he visto en su traje sino muchos ángeles que andan por las calles?». Y, volviendo a la grandeza de mi patria, ¿dónde se han visto tantos ingenios y tan lucidos? ¿Dónde se han visto más leales pechos?²⁰⁹ ¿Dónde más abrigo para el forastero? Que por eso se llama *madre*. Lugar, aunque tan caro, donde un pobre compra pan, carne y vino con seis maravedís. ¿Qué pides? Donde hay tantos conventos en cuyas porterías socorren a tantos necesitados. ¿Qué deseas? Donde hay un Refugio que con tanto cuidado acude a los pobres enfermos, frecuentado por la flor de los señores. ¿Con quién le igualas? Donde hay tantas almas buenas como pregonan sus santuarios. ¡Viva el amor a tal lugar!, que yo solo diré en voz alta, como tan su amante y²¹⁰ hijo suyo: desde Madrid al cielo, que lo demás *no importa*.

—Anda²¹¹ acá —dijo mi camarada riéndose—, que no puedo negarte que tienes razón. Pero advierte que tenemos para de aquí a Madrid famoso rato, porque en esta posada que aquí ves hay cuatro hijos de tu patria que están montando a caballo, y el uno es manirroto y gastador, en quien anda el *no importa* muy común; y el otro es aficionado a hacer mal y es largo de uñas; el otro es miserable, y el último es de famoso natural y bien intencionado. Y por que notes lo que pasa en su viaje los seguiremos en caminos y posadas; que aunque traen buenas mulas y andadoras, nosotros andamos como el pensamiento, que no hay cosa que más camine.

209. L-1973: '...y tan lucidos? ¿Dónde más abrigo...'

210. L-1973: 'e' No anotaré otros casos.

211. L-1973: 'Ven'

OCTAVA HORA DEL SUEÑO

SIGUIENDO fuimos a los cuatro montados, y a la primera parada, antes de apearse, dijo el uno:

—¡Voto a tal!, que se me queda en la posada el puñal.

—¡Buen descuido! —dijo otro—. Vuelva uno por él.

—¿Cuatro leguas? —dijo el manirroto—. ¡Buena vuelta y buen cansancio! Eso *no importa*.

Apeáronse y, después de acomodar las mulas, pidieron de cenar, y respondió un gaba-cho que huevos y pescado había.

—Venga cuanto hubiere —dijo el manirroto.

Y el miserable replicó:

—Yo con un huevo tengo harto. No quiero más gasto.

El de buen natural le dijo:

—Mirad, Fulano, que viniendo en camarada, como venís, que habéis de seguir el gusto de todos y no os habéis de señalar en miserable, que parece mal. Llore vuestro corazón, pero no lo muestren los ojos; y si tan miserable sois no os acompañéis con gentes, sino sólo con vuestra cerrada bolsa y la mísera mortaja.

—¿Qué es eso? —dijo el gastador—. ¿Hemos de andar siempre a coz y bocado con Fulano? Si no quiere gastar de su bolsa no gaste, que nosotros lo pagaremos. *No importa*.

Con esto cenaron, y a la²¹² hora que les pareció ordenaron de montar; y, llamando a cuentas, pagaron cuarenta reales de gasto. El miserable brincaba, diciendo que de qué le contaban tanto dinero. El de²¹³ buen natural llamó a cuenta y, hecha por menor, salió de cuarenta y ocho reales.

—Peor es hurgallo —dijo el gastador—: real más o menos *no importa*.

Montaron y salieron fuera, uno llorando, otro reprendiendo y otro jugando a cada razón *no importa*. A pocos pasos echaron menos al cuarto camarada, y viéronle venir muy alegre. Preguntáronle qué traía y respondió:

—¿Soy yo bobo? Mientras que ustedes²¹⁴ estaban en el litigio de la cuenta se la estaba yo ajustando a dos gallinas en el gallinero: en la alforja vienen y a cuenta del ladrón ven-tero las almorzaremos.

—¡Bien haya quien tal ha hecho! —dijo el miserable—. Pague lo que ha llevado de más, que quien hurta al ladrón cien años gana de perdón.

—Mal ha hecho —dijo el bien intencionado—, que esta gente para ganar cuatro cuar-tos están en estos parajes sufriendo sesenta necesidades de los pasajeros, y peor fuera no haber hallado qué cenar. Y, hecha la cuenta, antes montaba más de lo que ha llevado; y lo tirano, él mirará lo que le conviene; pero vos habéis sido ladrón y debéis restituir, y yo

212. L-1973: 'y a'

213. L-1973: 'El buen'

214. L-1973: 'v. mds'

no²¹⁵ tengo de comer de ellas; más quiero que me cueste mi dinero que no tener que con-
fesar, que los que se calientan al hogar también pagan parte de la leña.

—¿No digo yo —dijo el tal— que Fulano es lástima que no sea capuchino,²¹⁶ según su
condición? A un ventero cualquier golpe es bien dado; que hartos dan ellos a cuantos pa-
san, y, viendo la suya, también saben desvalijar a uno.

—Eso es riguroso juicio —replicó el bien intencionado—. Y ya que sea así, sólo a la
justicia le toca el castigo, y no a vos.

—¡Ea! —dijo el gastador—, que de palabra en palabra nos vamos perdiendo;²¹⁷ que el
que Fulano haya traído esas dos gallinas *no importa*.

Con esto caminaron, sucediendo casi en todas las posadas lo mismo, porque el misera-
ble sentía el gastar; el gastador a todo jugaba el *no importa*; el aficionado a hacer mal en las
más partes dejaba lacra, ya fuese servilleta, cuchillo, o lo que podía, y el bien intencionado
todo era reprehender y evitar lo que podía. En particular aconsejaba que se fuesen a la
mano en el pecado²¹⁸ sensual, para que Dios les diese buen viaje.

En fin, por nuestras jornadas, pasando famosos ratos con los cuatro camaradas, llega-
mos a dar vista a la gran patria, Madrid, y en sus campos vimos media docena de caba-
lleros en famosos caballos, con sus criados, que, convidando el día acompañado del sol,
daban carreras y escaramuceaban. Pregunté a mi camarada quién eran, y me respondió:

—Seis mercaderes novatos de Madrid; que como fían mercaderías y suelen prestar a
algunos señores, hallan caballos cuando los quieren; y las más veces suele ser el emprés-
tamo del caballo o coche paga de la deuda, y en verdad que a alguno de ellos le tiembla la
barba. Y ya que has visto del modo que se portaba el francés mercader, oye del modo que
viven algunos mercaderes de nuestra patria y el fin que tienen.

Levántase²¹⁹ el español mercader de la cama, colgada de brocateles; santigua su rostro
y abre una ventanilla que da a la tienda; ve que ya es de día y han abierto sus mancebos;
vístese y sale a la tienda; pásela, y a breve rato le llama una criada para que tome choco-
late; entra a tomarlo y luego vuelve a salir; acabado de vestir, más galán que un mayo. Lle-
gan unos labradores en busca de ciertas mercaderías, y del género que piden les va sacan-
do cuantas bromas hay en la tienda. Los compradores, aunque no muy astutos, dicen que
no los cansen y que los saquen cosa buena y fresca, a lo que responde mi mercader: «Juro
a tal que no ha que entró en casa la tela que daba a vuestas mercedes ocho días» (y ha que
sirve de guarda²²⁰ vieja cuarenta años, que²²¹ ya merecía reserva).²²² Dícele al tal mercader
la conciencia: «¿Para qué juras con mentira?», y responde su alma en los retiros del cuer-
po: «Este juramento va sobre peine, y su intención, y así, *no importa*». En fin, después de
revuelta la tienda (que parece campaña llena de despojos), saca un buen género que con-
tenta, en cuyo ajuste, habiendo costado puesta en casa por seis, jura él y sus mancebos que

215. L-1973: 'y no.'

216. L-1973: 'capucino.'

217. Quizá haya errata por 'pudiendo.'

218. Orig.: 'pacado' (p. 154); L-1973: 'pecado.'

219. Orig.: 'Levanteses' (p. 155); L-1973: 'Levántase' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

220. Recuérdese que el autor militaba en la Guardia Vieja Española.

221. L-1973: 'y que.'

222. L-1973: '...ocho días, y ha que ... merecía reserva' Dícele...'

costó ocho, con que los compradores dan a nueve. Cuentan el dinero; falta medio real; preguntanse unos a otros: «¿Tenéis ahí medio real que falta?» Responden que no, y el mercader, muy vivo y ágil, toma el dinero, diciendo: «¡Ea!, que ese medio real que falta *no importa*». Con esto vuelve a pasear la tienda y los mancebos a componer lo descompuesto. A breve rato llega un hombre preguntando por el señor Fulano, dueño de la tienda; preguntarle²²³ qué quiere: saca una cartera y de ella una letra de veinte mil reales diciendo que la acete;²²⁴ viene a seis días vista; acétala y despacha al que la trae. Apenas se ha ido éste cuando llega otro hombre con una letra cumplida; pide su dinero, a quien con palabras melosas y juramentos blandos, aunque graves, responde que no se cobra ni vende un real, y que los más días no se estrena su tienda, y que los mancebos no hacen más de ir a cobrar y volverse sin blanca; que perdone por amor de Dios, que antes que salga la semana presente le despachará. Con esto se²²⁵ despide, y el de la letra dice que aquella semana aguardará no más. Queda solo el mercader sin aquellas mazas (que así llama a los que vienen a cobrar); pregunta si han traído qué comer; dícnle que sí y pide de almorzar. Llega a este tiempo un labrador vendiendo una docena de capones; llámale, pregunta a cómo quiere por ellos; pide a doce reales y a breve regateo compra cuatro. La mujer del mercader (que ya se ha levantado su señora, más compuesta que novia) por detrás de celosía, le dice: «Ah, Fulano, ¿para qué compras capones, si hay en casa qué comer y para ti un par de perdices? A quien responde el señor, «Calla, boba, que *no importa*. ¿Por ventura no te holgarás de cenar las pechugas del uno?». «Sí, hermano (dice la señora), pero son gastos escusados y estamos algo apretados». «Calla (replica), no seas tonta, que este gasto *no importa*». Con esto, después de almorzar va a misa, y a mi señora doña Fulana le viene una visita de otra amiga de la profesión, con su poco de paje y rodrigón. Recíbela con grande agasajo; hácela sentar sobre almohadas de terciopelo; manda chocolate y unos dulces; la criada obedece; después del chocolate empiezan a hablar de las galas y pelendengues. «A mí (dice la recién venida) me ha sacado Fulano una gala para el día de San Juan, y creo que como ella no hay otra en la Corte». «Hecha la tengo yo (dice la mercadera) harto buena, aunque a fuerza mía, porque mi Fulano dio en que había de ser y yo no quería, por tener hartos vestidos sobrados». Mándala sacar por que la otra la vea; llama a la criada: dícela que se lave las manos y que se ponga delante una toalla y saque el vestido que trajo el sastre. Va la criada, y ella, con un hociquillo desabrido, dice: «¿Que le he dicho a Fulano que me busque una doncella para estas cosas y que no haya orden!; que me da pesadumbre el mandar estas ocupaciones a la criada que anda en la cocina». A lo que responde la otra: «Prometo a doña Fulana que no se hallan doncellas (y tiene razón, que bien pocas hay); que también yo la ando buscando y mi Fulano la ha encargado en algunas partes; y no se escusa el tenerla en casas como las nuestras». Con esto sale la gala; alábase de buena y de buen gusto; luego saltan a las orejas y se enseñan los pelendengues. Dice la una: «Éstos me trajo Fulano de la lonja de Martín Martino,²²⁶ el francés, que le costaron dos doblones; pero son famosos». La otra enseña los suyos, diciendo: «En verdad que me están éstos en

223. L-1973: 'pregúntale.'

224. L-1973: 'acepte.' No anotaré otros casos.

225. Quizá haya errata por 'le' (p. 156).

226. L-1973: 'Martín Martín.'

treinta de a ocho, que las perlas que tienen entre las cintillas eran de unas arracadas que me dio de ferias mi Fulano». Míralos la otra; alábalos de buenos y hínchenle el ojo, diciendo: «En verdad que tengo de hacer de mis arracadas otros como éstos, porque cierto que están vistosos y de buen gusto, y como se ven a la margen de tan buen rostro, están muy ufanos y lucidos». «Esa (responde la tal) es merced que me hace doña Fulana, que yo no merezco ese favor; para vuestro rostro se quede la palma, que no hay otro como él en Madrid». En estos lances viene el señor; entra con aquellas ceremonias de: «¿Es posible que tal dicha tengo en mi casa? ¿Por dónde me ha venido? ¿Cuándo hemos merecido tanto favor?». A lo que, medio levantada, como en rodillas, responde la tal señora: «Mucho más merece doña Fulana, que es muy señora mía y a quien yo estimo, y en este lance yo soy la dichosa». Con retornos corteses se vuelven a sentar; llega la hora²²⁷ de despedirse a tiempo que llaman al señor²²⁸ en la tienda; sale a ver quién es: dícnle que un hombre que vende una carga de vino de Burguillos.²²⁹ «Veamos», dice; pruébalo y ajusta el precio; pesan la carga y, por quedar galante con la visita, antes que llegue a casa ya ha enviado un frasco grande y lleno y un par de capones. Así que mi señora²³⁰ llega a casa y ve el regalo le retorna en bollos de chocolate. Llega la hora de comer; siéntase nuestro mercader a la mesa y antes del fin entra un mancebo diciendo que han venido a buscarle de parte de la letra de los veinte mil reales de plata y que dejaron dicho que si no pagaba luego le ejecutarían. Dale pesadumbre; y la mujer que algo mudado le ve el rostro, pregunta qué es, y él responde que no es nada, que no es negocio que importa. Sale a la tienda; llega otro diciendo que cuándo le quiere pagar aquellos treinta mil reales, que ya se cansa de venir tantas veces y que no dé lugar a que pregone la letra. Trabándose de razones con esto,²³¹ hasta extremo de empuñar las espadas, llega la justicia, sosiéganse y hácenlos amigos y cuésta le su dinero. El tal mercader que ve lo que ha pasado y la fuerza que hace el otro en que ha de pregonar la letra, ordena de buscar dinero a daño; hállalo luego, aunque con un diez por ciento, y empéñase por desempeñarse. El un mancebo de la tienda, de más discurso, le dice: «Cier-to, señor, que hubiera sido mejor con el dinero que hay en casa y algo que nos deben que está fácil de cobrar pagar esta letra, y no tomar dinero con tan subido logro». A lo que responde: «Calla, hermano, y métete en tu negocio, que esto *no importa*». Con estos dis-parates²³² va pasando. Llega a él una buena mujer que tiene una hija que acomodar, y para ello cuatro mil ducados; vele con grande tienda, muchas galas y criados, y que su mujer sale en silla, y pareciéndola sitio muy seguro le comunica su intento, que es darle a guardar aquel dinero. Fíngese a lo desdeñoso, con aquello de: «Cier-to, señora, que yo no tengo necesidad de ello, que antes ando empleando en cosas escusadas alguno que tengo; pero por haceros bien y que lo tengáis para la ocasión, os lo tomaré». Hácela entrar dentro con algún agasajo; enséñala mercaderías, aparato de casa, muchas alhajas, y la gravedad de mi señora doña Fulana también la agasaja, informada a lo que va, y la regala con dulces y un trago (que si ella supiera el que la esperaba no le bebiera). La mujer muy pagada del agasa-

227. Orig.: 'hor-' (p. 159); L-1973: 'hora' V. la n. sgte.

228. Orig.: 'serañor' (p. 159); L-1973: 'señor' V. la n. ant.

229. En la prov. de Toledo.

230. Orig.: 'señor' (p. 160); L-1973: 'señora' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

231. L-1973: 'eso'.

232. L-1973: 'desparates'.

jo, se le hace cada hora un siglo, y no la entra en provecho lo que toma, pareciéndole tarde para traer el dinero. En fin, tráelo y, entregado en ello, la hace un papel a la voluntad, con que va muy contenta y él lo queda mucho más. Llega luego un corredor diciendo que a Fulano le han venido tales y tales mercaderías, que si las quiere ver antes que otro vaya, y que no se descuide; crécele el ojo con lo que oye, porque hay falta de aquel género, y con el ansia de que no coma su vecino y mascar sólo él, alentado con el dinero fresco que le ha venido en un humilde barquillo y por la tierra, parte a la lonja. Ve la mercadería y parecele bien, y con poco regateo lo ajusta y trae a su casa. Entra en ella muy ufano con el empleo, quedando a deber otro tanto como dio de contado, cuando un mancebo le dice que la justicia le ha venido a buscar; túrbase, desazónase el cuerpo, pierde el color, va a salir fuera y detiéndole un ministro diciendo que le pague aquel papel de cincuenta mil reales y que, si no, le dé prendas. Enséñanle²³³ lo que ha acabado de comprar, y con palabras que parece que las arroja la boca de un santo le promete que dentro de ocho días le dará la cantidad. Ablándase el ministro con aquella cantidad de palabras, y por amistad o conocimiento, o lo que Dios sabe, le dice que hablará a la parte y hará lo que pudiere. Vase con esto, y apenas vuelve las espaldas cuando mi mercader llama a juicio a todos sus sentidos, y las potencias como jueces le avisan, tomando la memoria el primer lugar así: «Acuérdate de docientos mil reales que debes de letras. Acuérdate que tu caudal no vale ciento». El entendimiento le dice: «¿Cómo has vivido tan sin gobierno? ¿Por qué no te has abstenido de tantas demasías como has hecho? Las galas demasiadas que has roto, ¿de qué te han servido? La vanidad de tu mujer, ¿en qué te ayuda? Tantos buenos bocados que has comido, ¿qué aprovechan? Tan excesivos gastos de tu casa, ¿qué valen? ¿Qué importa el parecer rico, si no lo eres?²³⁴ ¿Qué importa el crédito granjeado con trampas, si para remediarte ahora todo *no importa?*». La voluntad dice: «Hombre, más vale salto de mata que ruego de buenos. ¡Ea!, sin dilación procura poner en guarda lo mejor de tu casa; adorna la tienda con todas las bromas y retira lo bueno, y guarda el cuerpo». Házelo así con toda su voluntad; vuelve la justicia; no le hallan en casa, ejecuta y empiezan²³⁵ a embargar. Corre la voz; acuden todos los acreedores; vuela la fama; dícenle donde está que el crédito se pierde, y responde: «*No importa*, que el tiempo lo cura todo». En su casa anda la revolución; el un vecino lo cuenta como lastimado, y miente, que por que lo sepan todos lo hace. Otro se hace desentendido cuando se lo preguntan, y rabia por decirlo. La mujer pide su dote, que ya le ha gastado en galas y pelendengues, y los acreedores piden su hacienda. Llega el eco a las orejas de la mujer de los cuatro mil ducados, viene llorando con su papel en las manos; empieza a lamentar, enternece a los circunstantes y todos lloran. Y mi retraído, ¿qué hace? A cuenta de los caídos se regala con otros tales que ha hallado en la posada, y el Importa le dice así: «Señor mercader compuesto de un pobre mozo, que, si no me engaño, poco ha que vuesa merced no tenía camisa; si cuando empezó a tener tuviera juicio, no llegara a este extremo. Querer competir con los acomodados el que no lo está no es cordura. Querer lucir tanto como el que tiene sobrado es falta de entendimiento. Querer vivir con la vanidad que un poderoso es error. Querer comer como un príncipe es locura. Si

233. En la ed. de 1723 y L-1973: 'Enséñale.'

234. L-1973: '...qué valen? ¿Qué importa el crédito...'

235. L-1973: 'empieza'

cuando vuesa merced se vestía, al mirar la calceta²³⁶ con puntos y el escarpín roto hiciera a su esposa que jugara la aguja hubiera ahorrado el comprar otros cada día. Si vuesa merced vistiera honestamente y comiera con templanza no se viera como se ve. Si en lugar del vestido de raso (que a las veinte y cuatro horas ya²³⁷ estaba roto) vistiera pelo de camello o paño de Segovia hubiera ahorrado. Si cuando el paladar le pedía capones pollas y perdices se acordara que una olla de vaca y carnero hace buen caldo no sintiera²³⁸ ahora. Si las cargas de vino, que cuando lo había a cualquiera que entraba²³⁹ le brindaba con el tonillo de *Saquen un trago al señor Fulano, a ver qué le parece*, y el que por ello²⁴⁰ iba también bebía; si eso se hubiera escusado ahora sobrara. Si en su esposa viviera la honestidad y la llaneza y hubiera ahorrado tanto perejil ahora pudiera tener a su marido en casa. Si para salir de su casa se aprovechara de sus pies, y no el gasto de una silla, más tuviera. Si hubiera minorado tan subido gasto de galas y banquetes, vanidad y pelendengues más contenta²⁴¹ se hallara. En fin, sólo le digo que de sus amigos y vecinos anda formada una danza; uno baila al son de *Ese hombre ya está en el carnero*. Otro dice: *¡Hombre a la mar!* Otro, que juega lenguaje culto y es un tonto, dice: *¡Voló palomo!* Otro, entre sentimiento de rostro y alegría de corazón dice, castañeando con dedos y labios, cerrando los ojos y aventando con sus cejas: *Ya acabó ese hombre para Madrid*; y todos a una, a cuantos conocidos topan les dan cuenta diciendo: *¿No sabéis cómo Fulano tomó lías y con ellas ha ido a romería? ¿Qué decís?* (dice el tal). *¿Fulano, que a mi entender, estaba bien acomodado? Pues ¿es posible? Sí, amigo* (vuelven a decir). *¿En qué querías que parara tanto gasto y tanta vanidad, que ya era menester petición para hablar a mi señora doña Fulana? A fee* (vuelve a decir el que escucha) *que cuando servía en casa de Fulano que no tenía tantos tufos*. Esto dice el más amigo, y mostrando sentimiento exterior descubre cuanto hay que descubrir, y aun añade palabras graves, y aunque le digan que escuse de decir lo que no le preguntan, responde: *Esto todo el mundo lo sabe*, no importa. *¡Ea, hombre quebrado! ¡Tú, cualquiera que seas!* Mira que tus mayores amigos, si van a verte un día no vuelven en ocho. Si encargas la diligencia a uno la echa al olvido, diciendo entre sí: *Mirara él como vivía y no se viera ahora como se ve. Lo que él no supo hacer por sí, ¿cómo quiere que otro lo haga?* Alerta, hombre que vives fuera de tales aprietos, gasta como pobre y sírvate de espejo la pintura del francés, y de aquella miseria y tu demasía toma el medio y vivirás quieto,²⁴² y de lo que habías de malgastar parte con el pobre, que aunque sea poco te alentará mucho, y mira que el *no importa* importa hartos.

—¡Buena pintura hemos hecho! —dije a mi camarada—. Y esto no es murmurar, que antes puede servir de despertador a muchos que duermen entre olvidos.

—Así es —dijo mi compañero—. Ven por aquí: verás cosas notables que militan debajo del *no importa*.

236. L-1973: 'las calcetas'

237. Orig.: 'y-' (p. 165); L-1973: 'ya'

238. Orig.: 'na sintiesa' (p. 165); L-1973: 'no sintiera'

239. Orig.: 'enrraba' (p. 165); L-1973: 'entraba'

240. Orig.: 'ello' (p. 165); L-1973: 'ello'

241. L-1973: 'contento'

242. L-1973: 'quito'

Seguile, y a breve rato vimos un hombre muy alegre que con gran bulla y viveza hablaba con otros que iban con él, en particular con un hombre de edad que, según oímos, le iba reprehendiendo. Y lo que se pudo notar fue que le dijo:

—Cierto, Fulano, que, según vuestro arrojo en gastar, que creéis que no hay mañana, y que andáis mal; que más monta lo que malrotáis que lo que os dan de dote, y que mañana os hallaréis sin caudal y con una mujer a quien habéis de sustentar. Por vuestra vida que os vayáis a la mano; os apartéis de tanto amigo, que sólo lo son porque os ven que tenéis qué gastar; que yo apostaré algo que al punto que se os acabe el poder, que acaba en ellos la amistad, porque los amigos de hogaño son como el perro que ve al muchacho con un pedazo de pan en las manos y durante el mendrugo le sigue y acompaña haciéndole fiestas con hocico y cola, y el muchacho, pareciéndole que aquel perro le ha tomado o cobrado cariño, muerde el pan y poco a poco, bocado a bocado, quitándoselo de la boca, se lo va dando, hasta que, inadvertido, se lo da todo. Y al punto que se acaba el pan y el animal ve el fin de su alegría, le deja; y si se ofrece ocasión le muerde. Haced cuenta que os he pintado la calidad de los amigos que²⁴³ os siguen en todos los pasos, y no hay figón donde no se entre ni taberna donde no se beba, y, entrando en ella vuestros amigos, a vuestra costa en forma de parabién rompen jarros y tazas y apuran cuartillos, y si os van a la mano jugáis el *no importa* con más brevedad que ellos jugaran el socorro si os vieran en necesidad. Idos poco a poco y mirad al fin, que es en el que ellos os quieren ver.

A todas estas razones había estado callando el tal reprehendido; pero abriendo las manos y los ojos, muy cabizbajo, dijo:

—Calle, señor, que son amigos del alma, y lo que yo gasto *no importa*.

—No son sino de la bolsa —dijo el anciano, y caminó adelante.

—A estos amigotes —dije yo— llama el vulgacho *amigos del alma* sin reparar que los que son amigos del alma son aquellos que procuran la abstinencia en el pecar y aconsejan la confesión y frecuentación de los sacramentos y palabra de Dios, que después de estas ocupaciones hay ensanchas para el cuerpo, que entre amigos honestos se forman holguras y se alienta la vida; que tampoco no se ha de apretar tanto el ballestón que salte la verga. Y por que se aclare esto de la ballesta oprimida, contaré el caso: pasando un maldiciente cerca de un convento cuyas tapias alindaban al campo, vio que a una solana estaban los novicios tirando a un blanco con una ballesta, y su maestro, algo apartado, se paseaba rezando. Detuvo el paso con una risilla falsa y dijo en voz alta: «¡Miren qué ejemplo y qué doctrina en unos religiosos que deben enseñar! Mírenlos jugando y mañana los verán aconsejando». El maestro que oyó aquel instrumento gobernado del Demonio, le llamó con blandas y cariñosas razones, tales que le obligaron a llegarse a él, y las primera palabras que el maestro le habló fueron decir: «Hermano, dar tiempo al tiempo es menester; pero quiero que vea el mayor prodigio, pues de un hombre incorruptible hemos de hacer un corregido hombre. Tome este ballestón y por su vida que le arme; que éstos religiosos, como son muchachos, no tienen²⁴⁴ fuerza bastante». El maldiciente terciando la capa, tomó el ballestón, jugando la lengua (empleada solamente en vituperar aquella religión) a tiempo que al tirar la cuerda rompió la verga, descompuso y desbarató toda la armonía

243. Orig.: 'qua' (p. 168); L-1973: 'que'

244. L-1973: 'tiene'

del instrumento. Turbose viendo la acción presente y el suceso; pero el santo maestro, quitándose la de las manos y mirándole al rostro, arrasado el suyo de agua, le dijo así: «Hermano, si yo apretara tanto a estos religiosos como él al ballestón pudiera ser que quebrara la paciencia y sufrimiento que tienen, como ha quebrado esa verga forzada y oprimida; y así, el darles algún desahogo importa, y el que los vean en un honesto entretenimiento *no importa*». A estas palabras fue tanta la vergüenza de el maldiciente que, sin levantar los ojos, postrado en el suelo besando la tierra, pidió perdón de su yerro, y con la bendición del maestro se levantó tan otro que de malo fue bueno, porque lágrimas y arrepentimiento mudan calidades.

Así que acabé mi ejemplo vimos un hombre muy colérico, a quien no podía reportar otro; y, sabida la causa de su misma boca, era por no querer dar alivio a uno que había sido su criado. Reportábanle diciendo que mirase que había comido su pan y servídole²⁴⁵ bien, y que no era razón negarle el socorro en la necesidad, y que pues había confesado muchas veces deberle más que si fuera su hijo, según lo atento y cuidadoso a su hacienda y aumentos que en su poder tuvo, que sería razón socorrerle en la miseria que pasaba. A estas razones respondió el tal que se fuesen con Dios, que no conocía a nadie y que *no importaba* haber sido su criado ni cuidado de su hacienda.

—¡Oh ceguedad del tener! —dije, mirando a mi camarada, que, moralizando, me dijo así:

—El grande Alejandro, tan grande en alientos como en cuerpo, en ciertos combates se halló forzado a retirarse a una torre, adonde para entrar se hacía seña tirando una cuerda que asida estaba a una campana, con que al ruido salía la centinela y miraba quién era. Sucedió un día que un caballo flaco y lleno de mataduras asió con los dientes la cuerda y tocó la campana, con que llamó a la centinela para que viese la causa. Examinó con la vista el caso y dejole al olvido, pero el caballo no sólo una vez, sino muchas, tocó la señal, siendo causa que Alejandro preguntase quién era, y, sabido, lo registró con sus ojos, y así que vio el caballo mandó que le abriesen y regalasen todo lo posible hasta que muriese, y que antes faltase para su persona que para el sustento de el animal. Preguntole un soldado qué le movía a semejante caso, y respondióle así: «Este caballo fue el más valiente animal que sustentó mi persona en campaña; fue leal y buen soldado. Por viejo y cansado no me servía ya, y mis criados sin duda le echaron al campo como a cosa que no importaba, sin atender que ya había servido, y así, sin duda ha venido a quejarse de mí,²⁴⁶ de mis ingratitudes; que si en su lozanía le quise quiero socorrerle en su miseria y vejez».

—Bien traído ha sido el cuento —dije yo—, pero más moralidad tiene que parece, y lo he de comentar con breves razones. El caballo representa un pobre soldado que, estropeado en servicio de su rey, ha quedado tal que ya no puede servir; por sus muchos servicios²⁴⁷ pretende una ayuda de costa; a quien se queja manifestándole su necesidad no hace caso y a todo cuanto alega de servicios le responden: «*No importa*». Si cerca de estos que despiden ásperamente anduvieran los Alejandros del mundo y quedaran de la misma parte que se queja desengañados ojos y orejas, remediaran muchas más necesidades de las

245. L-1973: 'servídolo'

246. L-1973: 'de mí y'

247. Orig.: 'serxicios' (p. 173); L-1973: 'servicios'

que remedian. El hijo pródigo que ausente de la casa de sus padres vivía con notable necesidad, envidiando lo que los cerdosos animales comían, reducido a volver al regalo que despreció un tiempo. para que su determinación tuviese logro no quiso valerse de hermanos, parientes, amigos o gayanes de su casa, que ya se prometía de sus bocas una respuesta de «Eso no lo hará vuestro padre, que le tenéis muy enojado, y más viendo del modo que venís, que dais asco; y aunque aleguéis ser hijo, *no importa*». Pero aguardando a su padre, sin hablarle palabra se arrojó a sus pies regando el suelo con la copia de lágrimas que sus ojos vertían; y, dándole los brazos su padre, le levantó, abrazó, perdonó y mandó vestir y sentar en su mesa, lo que pudo ser que no hiciera si por terceras personas le llegaran nuevas de su hijo, porque va mucho de la pintura vestida de ropaje lleno de dobleces a la de un cuerpo desnudo.

—Bien has moralizado —dijo mi camarada—; pero pues ha sido pintura de un Alejandro, repara en aquel hombre que allí ves, que Alejandro en Puño le llaman, y otros Puñadito de Pasas; es un hombre tan miserable que, en viendo en los candiles torcidas gordas, se arde la casa, no a llamaradas, sino a maldiciones, y no se ha de gastar más de una panilla de aceite cada día; y aun dicen algunos que una noche mató el candil para cenar y luego le encendió para acostarse, y desde entonces le llaman Cena a Escuras.

—De un miserable —dije—, todo lo que tocara a miseria se puede creer, que yo conocí a²⁴⁸ otro tan mísero que, teniendo cuatro reales sobrados, jamás encendió luz en su casa; ni se quiso casar, temiendo los gastos del matrimonio. Y aún entonces no eran tan comunes las galas, que ahora no hay trapera que no traiga saya de raso de flores, lo que en otro tiempo era de picote o estameña colchada, y ya se trocó a rasos franceses, tan eternos que hay hombres que confesarán²⁴⁹ haberles durado unos calzones veinte horas; y a los tales en diciéndoles que para qué se visten de semejantes telas que tan poco duran, responden: «Ello es uso; *no importa*».

Aquí llegaba nuestro dormido discurso cuando vimos dos hombres de igual edad que litigando iban, y el uno dijo así:

—Mucho me admira que un hombre como vos, no teniendo más de una hija y que Dios os ha dado hacienda, queráis emplear la flor de vuestro matrimonio tan mal, pues sé de cierto que ese mozo que por yerno admitís es hijo de gente de sospecha, y no tan poca que no haya quien diga que su padre fue penitenciado por aquel tribunal que enarbola una espada y una oliva, ciñendo en su medio la señal de una cruz; y cierto que vuestra sangre, aunque humilde, no debe nada a la más limpia. Por vuestra vida que lo miréis mejor y sin pasión, y no os ceguéis precipitado, porque, una vez hecho, será irremediable el dolor que os asistirá si sucediese algún trabajo por vuestra casa, que siendo la de vuestra hija toda²⁵⁰ es una.

—Callad —respondió—, que vos no miráis más del qué dirán y no reparáis que es rico y de notable fortuna. Y ¿a quién mejor puedo yo entregar mi hacienda que a quien está tan bien puesto y con tan lucido caudal? Amigo mío, no seáis maldiciente murmurador, que el mozo es honrado y está bien recibido, y así, lo demás que pueden decir *no importa*.

248. Orig. (p. 174) y L-1973: 'conocía'

249. Orig.: 'confessaban' (p. 175). Entiendo que la intención del autor es: 'no podrán negar que...'

250. L-1973: 'todo'

—Deshecha se vea tu hacienda —dije en voz alta—, pues por el logro de tener más y más mezclas el vino puro con agua salobre, y no estimas la humildad pobre y limpia y admities sangre que huele como la chinche reventada. Mal haya tu ambición, pues no reparas, buscando tu comodidad, en que te acuestas en cama llena de piojos y en sábanas que han castrado la sarna de otros. Busca la humilde choza de pobres pastores y recuesta tu cuidado sobre hojas de cañas o humildes camaradas, y dormirás descansado.

Mi pasión dijo esto, y por huir de su ambiciosa vista mudamos sitio (porque todavía duraba su litigio), y a pocos pasos vimos un hombre y una mujer, que decía así:

—No quiero²⁵¹ que Fulano dé esa prenda tan barata, que bien sabe que costó al doble.

—Ya lo veo —respondió el hombre—; pero repare, María, que nuestra necesidad es mucha, y así, *no importa*.

—¡Oh miserable pobreza —dije—, qué poco valen las cosas en tu poder! Y cuántas veces sucede el vender el pobre con necesidad muchas alhajas a menos precio de lo que valen, y los que compran, muy anchos de conciencia, fundan su granjería en comprar del pobre lo que vale ocho por tres. Y si la caridad los dijese al oído que es lástima comprar con tan conocida necesidad a menos precio responden, con más lengua que alma: «Mi dinero doy y con voluntad de quien lo vende lo compro; *no importa*.» Y este *no importa* también se juega comprando alhajas hurtadas; que, como sean por bajo precio, la conciencia *no importa*. ¡Oh palabra con más alma que algunos que te usan, qué perdido tienes al mundo y el mundo qué perdida te tiene!

251. L-1973: 'quiera'

NONA HORA DEL SUEÑO

DE una casa grande vimos salir mucha gente en seguimiento de un hombre muy contento, que, volviendo a ellos, los fue dando dinero (con que conocimos que la casa era de juego y había ganado). Decíale uno (que se le llegaba mucho) que se fuese a la mano, que cuando perdía nadie hacía caso dél, y con mucha alegría respondió: «*No importa*». ¡Válgate Dios por palabra tan sin polilla, que según te traginan jamás la criarás!

Luego se ofreció otro lance a la vista harto pesado, y, volviendo a mi camarada, le dije que me sacase de dudas, porque se me ofrecían muchas en ver tantos lances casi sin mudar sitio.

—La fortuna —me respondió— nos los ha traído por aquí para que notes con poco trabajo.

—Jamás le siento en lo que hago —le respondí—, porque a mí el manifestar al mundo lances semejantes me sirve de entretenimiento. Pero dime: ¿qué litiga aquel hombre anciano con aquellos dos personajes?, que me ha parecido cosa grave.

—Así es —me respondió—, y un lance que sucede cada día entre gente bruta; y para que lo sepas, aquel hombre mayor reprehende a los dos porque han jurado en abono de un hombre no tan limpio como había de ser para el puesto que le han dado, que con sólo el dicho de estos dos se ve en posesión; pero atiende, que tú examinarás la verdad con sus confesiones.

—No es bien hecho —dijo el anciano— jurar falso vuestas mercedes y no hacer reparo que han hecho feas sus almas por hermohear la sangre del otro. Ni le pueden²⁵² conocer, porque ayer vinieron al lugar y yo ha sesenta años que conozco a sus abuelos y padres.

—Señor Fulano —respondió el uno—, por hacer bien no se perdió nada.

—Algo se perdió —replicó el anciano—, pues han perdido la pureza católica, pues obscuras con un juramento falso no tendrán forma sus almas hasta que las perficione una confesión bien hecha.

—¡Qué ajustado es vuesa merced! —respondió el otro—. Ya ha dicho mi camarada que por²⁵³ hacer bien se perdió poco; y siendo así que no se ha quitado a nadie la honra con lo que hemos dicho, todo cuanto se ha jurado no *importa*.

—Mientes tú y tu alma —dije yo—, que en cualquiera materia importa mucho, pues falsamente atestigüas con el mismo Dios en que es verdad lo que dices, y pones la mano sobre la cruz que fue la esperanza única de nuestra redención,²⁵⁴ y allí protestas decir verdad y mientes, habiendo traído presente a tu Dios por testigo. Tanto peca el que ablanda testigos²⁵⁵ para falsedades como los falsos testigos, pues la ley manda que los saquen

252. Orig.: 'puede (p. 178); L-1973: 'pueden'

253. Orig. (p. 179) y L-1973: 'que no por.' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

254. L-1973: 'redención.' No anotaré otros casos.

255. L-1973: 'testigo.'

los dientes, como a instrumentos que ayudaron a tal pronunciación; y el que se habitúa a jurar falso en cosas tenuas también le hallarán para las graves. Suele suceder venir un arriero cargado de regalos y trae un testimonio diciendo que son para Fulano, siendo para revender, y el tal Fulano para quien viene el testimonio jura en él a Dios y a una cruz y lo firma que es para él, y lo hace por el regalico que espera, y si le pintaran la gravedad de el delito respondiera: «Eso por hacer bien lo hice; *no importa*»; y el arriero responde lo mismo; y también en campaña hay un testigo, Juan del Olmo y Zutano de Arroyo y Fulano del Sol, que todo lo allana el tiro malicioso que sale por el cañón de una pluma mal gobernada, dejando quien tal hace el negocio del alma por el alma del negocio; y si acaso a²⁵⁶ tales orejas llegase la conciencia y dijese la verdad, responde lo empedernido de su alma: «*No importa*». ¡Oh, cuántos hay que por beneficios que reciben, humillados en la pobreza, hacen sesenta desaciertos en jurar lo que no saben, y si los reprehenden²⁵⁷ responden: «*No importa*». Tan común anda esta palabra como la necesidad en los reinos de España; pero a la²⁵⁸ necesidad la causa el gasto excesivo de lo personal y ostentación²⁵⁹ vana.

Mudamos sitio y vimos una hoguera grande ceñida de innumerables²⁶⁰ personas, donde nos llegamos para saber la causa, y notamos que arrojaban a las llamas unas telas denunciadas por falsas.

—¿Qué han cometido —pregunté a uno— estas pobres telas para ser quemadas?

Y respondiome:

—Ser malas.

—¿Pues no bastaba —repliqué— la²⁶¹ denuncia que le habrán hecho al dueño, y no quemar lo que vale dinero?

—No —volvió a responder—; que si la tela falsa queda en pie siempre será notada de falsa y vituperada la justicia que tal consintió pasar, y así, quémese para que no inficione por donde fuere; que la pérdida de un dañado *no importa*.

—Aquí dieron fin —dije yo— los rasillos infames que gastamos en Madrid, que su duración es doce horas, que a las trece ya están las entrepiernas de los calzones y manga de la espada tan rozadas como la caridad en los míseros y avarientos viles.

Apenas mi pasión dijo esto cuando vimos a un hombre que, descompuesto de rostro y capa, deseaba ejecutar su venganza en otro que parecía loco. Detenían al colérico, que, todo fuera de sí, decía que le había de matar. A cuyas amenazas se reía el otro, diciendo: «¿Para qué das ocasión tú, simple jumento?».

—¿Qué es esto? —pregunté a mi camarada.

Y díjome que un hombre que hacía burla de un loco o un desvergonzado; que, inadvertido de una mala respuesta, da notable ocasión sin reparo.

—Este quejoso hizo burla de aquél, y le ha respondido²⁶² tan pesadamente que le ha obligado a lo que ves. Y aquellos amigos le reportan, y porque le dicen que para qué dio

256. L-1973: 'acaso tales.'

257. L-1973: 'reprehende.'

258. L-1973: 'pero la.'

259. L-1973: 'ostentación.' No anotaré otros casos.

260. Orig.: 'innumarables' (p. 180); L-1973: 'innumerables.'

261. Orig. (p. 181) y L-1973: 'a la.' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

262. Orig. (p. 182) y L-1973: 'respondió'; pero el final de la p. 181 avala la enmienda, que ya está en la ed. de 1723.

la ocasión, responde que, siendo un loco, como es, que *no importa*. Pues si cuando dio la ocasión hizo reparo que hablaba con un loco, escuche la respuesta como de loco y no se sienta aunque le pique en lo vivo; y si le hiere lo que escucha guarde el pico de hablar mal, que el dar la ocasión importa y el escuchar una necesidad *no importa*.

Luego vimos a otros dos hombres que, muy vano el uno, reñía al otro porque había quitado el sombrero a uno que pasaba, diciendo que para qué había sido tanta cortesía. A lo que respondió:

—Quitómele a mí primero, y cualquiera que tal hace merece que se le retorne aun con más cortesía; y de vos me espanto que hayáis dado en grosero, que la cortesía a entrambos nos la hizo y vos no hicisteis caso.

—Andad con Dios —respondió el vano—, que es un pobre piojoso, y el hacerle cortesía o no *no importa*.

—¡Oh triste pobreza —dije yo con alguna pasión—, qué deshechada te ves de la vanidad! Inquietonos un hombre que dando de palos iba a un pobre esportillero, y el corito²⁶³ o gallego daba notables voces clamando —¡Aquí de Dios y del Rey!, a tiempo que un buen hombre reportando al agresor y preguntándole la causa, dijo:

—No hay más causa que ser un pícaro corito; y el haberle dado de palos *no importa*.

Y el pobre esportillero dijo que por pedirle su trabajo le había parado así, pero que Dios lo vía todo y lo castigaría.

Fuese con esto, y nosotros volvimos la vista a las pesadas razones que arrojaba un hombre, siendo la causa el haberle echado a cuestras los excrementos de un servicio. Mirábase todo, y levantaba²⁶⁴ la vista a la²⁶⁵ parte donde había salido el rayo, arrojando perversas razones a tiempo que se asomó un hombre, y así que le vio le dijo que era un tal y un cual y que bajase a reñir con él; pero el tal hombre, muy pacífico, con lindo desenfado le respondió:

—Váyase de ahí, que yo no riño con cagados; y así, cuanto ha dicho *no importa*.

Tanta fue la risa que me acudió que por que el pobre escabechado no lo notara me ausenté largo espacio, dando en una calle espaciosa y ancha, donde vimos infinita gente que en tropas divididas esperaban y, preguntada la causa, supimos aguardaban un bando que se había de echar, y a poco tiempo vimos cuatro ministros que, según el traje, parecían franceses. Llevaban sus varas levantadas, que, notando nuestro cuidado sobre qué iban, vio el reparo que eran cuatro asnos, y las varas eran de juncos de cohetes. Luego se siguieron dos tambores y cuatro trompetas y en medio dos pregoneros. Seguía a²⁶⁶ esta tropa un carro grande entoldado con telas de Castilla; como tirelas y terciopelos de Toledo, paños de Segovia, rajas de Ávila y estameñas de Casarrubios y Talavera; y luego entonando su solfa los pregoneros, publicaron así:

Manda la vanidad y los golosos al metal indiano que estas telas castellanas, por durables y llamadas del vulgacho vil bromas, sean desterradas al olvido, donde no las vea la vanidad loca, para que las telicas extranjeras, hechas imanes de los doblones y reales de

263. Se daba este nombre a asturianos, cántabros y vizcaínos.

264. L-1973: 'levantada'

265. Orig. (p. 183) y L-1973: 'a parte'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

266. L-1973: 'Seguía'

a ocho, nos las traigan a nuestros países. Mándase pregonar por que lo sepan los locos y lo lloren los cuerdos.

—¡Qué verdadero bando! —dije—. ¡Válgame Dios, y cómo nos siguen las verdades por todas partes! ¡Quién pudiera remediar tanta perdición deshaciendo esta tropa embustera y abriendo los ojos a la razón, que ha muchos días que la tienen turbada sus propios hijos! ¡Oh vista clara, que dejaba conocer lo bueno huyendo de lo malo!

—Vuelve en ti —me dijo mi camarada—, que parece que te elevas. Y para divertirte mira la luna de este espejo y atiende.

Así lo hice, y noté que se corrían unos lienzos a modo de las tramoyas del Baco y descubrieron infinitas gentes de todas edades, y la primera palabra que oí fue: «¡Daca la maza!». Aquí conocí que era fiesta de Carnestolendas, porque luego vimos mojigangas y soldadescas, notando algunas burlas harto pesadas hechas de ordinaria gente, pobre y desvalida. Llamaron de una casa grande a un ganapán o mozo del trabajo, a quien la fortuna crió para blanco de algunos negros de alma, y haciéndole entrar con palabras falsas engañosas, le llenaron el rostro de hollín y luego de agua y ceniza, y como la pasión de su afán le hizo lugar a la lengua (que es la defensa del pobre), unos valentonazos le dieron de palos, puñadas y puntapiés. Pasaba al tiempo un buen señor, y, viendo el suceso y las lágrimas de aquel pobre, reprehendiendo a los dañadores, dijeron:

—Váyase con Dios vuesa merced, que son Carnestolendas y *no importa*.

Luego unos mozos de cerrajeros o herreros llamaron a otro mozo cuitado y le hicieron cargar con un ayunque, y después de haber entrado con él en diversas partes, donde le llevaban, viendo el pobre las luces del engaño y el cansancio de su cuerpo, dijo: «¡Doyme a Dios la burla que hacen!», y dejó caer aquel mal carguío en el suelo, que, dando en unos pedernales, se desbocó el ayunque; y el dueño que tal vio (que también iba holgándose del daño que se hacía a su prójimo), levantando un palo, sin duelo, razón o causa, le dio de palos, a cuyos golpes se quejaba justamente el pobre, diciendo que para qué le castigaban en pago de haber hecho burla dél.

—Porque sois un pícaro —respondió uno— y habéis echado a perder una herramienta que vale más que vuestra tierra, y, siendo el tiempo que es, lo que con vos se ha hecho *no importa*.

En fin, el pobre, llorando, se ausentó, porque aunque había mucha gente mirando nadie se dolía de la pobreza, que todos se holgaban de ver hacer mal.

A breve rato traían entre otros cuatro barbados a otro esportillero, y, haciéndole cargar con un cántaro grande, a pocos pasos que dio siguiendo a los que le llamaron, llegaron otros y por detrás rompieron el cántaro, saliendo dél agua puerca de fregar, llena de trastos y estropajos. Empezose a quejar y a sacudir, dando al Diablo a quien tal hacía, y por esto no más le empezaron a apedrear con los cascacos del cántaro. Reprehendíanlos otros que por qué no le dejaban, y respondieron que era un desvergonzado corito ratiño,²⁶⁷ y que lo que habían hecho con él *no importaba*.

Hízonos volver la vista un pobre a quien habían derrengado dejando caer encima un costal lleno de basura desde una ventana, y luego unos lindos (que enfrente estaban mi-

267. De la comarca del Bierzo.

rando) llegaron a cobrar el costal, y porque se quejó con algunas razones le dieron de bofetadas, diciendo: «Si este costal se cayó de la ventana, el daño que ha hecho *no importa*».

Luego se ofreció a la vista un pobre hombre que, hichando los carrillos, se dejaba dar bofetadas, a cuarto cada una. Admirome el ver la priesa que había a pegar torniscones a cuarto, y espantome que no había nadie a las voces que daba un pobre ciego diciendo: «¡Den limosna al pobre ciego, a quien faltó la vista! ¡Denle por Dios y por su santa Pasión, que tan cerca tenemos sus lastimosos recuerdos!».

Todos hacían burla de él, diciendo: «Vaya a estudiar oraciones, hermano, y este breve tiempo déjenos holgar».

Dejábanle solo y todos acudían al que ofrecía el rostro y le dejaba herir por que le dieran limosna, a tiempo que uno, dándole dos cuartos, le dio tan perversas dos bofetadas que, bañado en sangre y un ojo maltratado, empezó a lamentarse. Reprehendíole otro hombre, diciendo que²⁶⁸ para qué le daba de aquel modo, y respondíole: «Bufón loco es, *no importa*».

—Sabe Dios —dijo mi pasión— si acaso viendo vuestra dureza se vuelve bufón para que le déis limosna, que ya se acabó el favor para quien no da en²⁶⁹ bufón, y, si no, la fábula sentenciosa del Licenciado Vidriera, primer escriptor²⁷⁰ del famoso Cervantes, dirá si es verdad o no. Den en bufones los cortos de fortuna y serán admitidos adonde fueron desechados cuando cuerdos, que sólo a la bufonada se socorre y a la cuerda necesidad se vitupera. Lastimoso achaque dijo un sabio que era la pobreza, y hoy el tener importa, que el saber *no importa*.

Luego vimos un hombre que al querer levantar una herradura que vio en el suelo se abrasó una mano. Soltándola y acudiendo con los dedos a la boca, empezáronse a reír unos mozos, que eran los cuidadosos de que siempre estuviese caliente como caldeando, gastando cansancio, desvelo y carbón sólo para hacer mal al pobre (que para alcanzar una herradura sólo se humillará un pobre). Si la cordura los dijera que para qué hacían aquello, siendo en daño de su prójimo, claro está que respondieran: —Esta es burla del tiempo; *no importa*.

De allí nos apartamos, y a pocos pasos vimos en un portal grande algunas personas, y en el mejor lugar un taburete donde estaba sentado uno como presidiendo, y los que le asistían llamaban a los esportilleros que pasaban, y, haciéndolos entrar dentro, al que se arribaba al taburete llevado del engaño, tiraban por detrás de una carpeta²⁷¹ donde pisaba y le hacían dar de espaldas. Acertamos a llegar a tiempo que a uno le hicieron dar tal golpe que creímos que se había quedado muerto.

—Pesadas burlas, por cierto —dijo un hombre que llegó al ruido—, y en gran daño del pobre; y más es vileza de ánimo que acción varonil.

—¿Quién le mete en eso? —dijo uno de los de la función—. Si ve el tiempo que es y nuestra edad joven, esta burla y pasatiempo que ve *no importa*.²⁷²

268. Orig.: 'pue' (p. 188); L-1973: 'que'

269. L-1973: 'un'

270. L-1973: 'escriptor.' No anotaré otros casos.

271. Alfombra.

272. L-1973: '¿Quién le mete en eso ... si ve el tiempo qué es y nuestra edad joven?'

—¡Oh inadvertido hombre —replicó— que llamas poca edad a la que te ofrece medios para hacer mal y da arbitrios para daño del prójimo y para conocer un yerro te parece poca edad! Juzgado serás ante la majestad de Dios, y desde el primer uso de la razón darás cuenta de cuanto has hecho. Abre los ojos, que aunque te parecen burlas ligeras son burlas pesadas.

—No quiero ver tan infame entretenimiento —dije yo.

Y tapando el espejo desapareció toda aquella máquina de embustes engañosos. Y lo primero que en esotra mansión se ofreció fueron dos hombres que venían razonando juntos, y, deteniéndose el uno que, vestido de luto, le cubría una capa de burato, levantando el pie a un canto, limpió con la capa los zapatos, que llenos de barro en polvo llevaba. Reprehendióle el otro, diciendo que para qué hacía aquello, que era notable yerro echar a perder docientos reales de capa por doce de zapatos.

—¿Pensáis —respondió el otro— que somos los castellanos tan miserables como vosotros los valencianos? Pues os engañáis, que más queremos los pies pulidos y limpios que el valor de la capa; y aunque fuera de la tela más rica de el mundo, si se ofrece ha de limpiar los zapatos, que todo el daño *no importa*.

—Harto importa —respondió el valenciano—, pues echáis a perder un ferreruelo por unos zapatos.

—No me espanto —replicó el castellano— que diga esto quien cuando sale a comprar de comer toma en la mano el tanto que ha de gastar, ni más ni menos, y lo primero que hace es llegar al carnicero, diciendo: «Dame seis dineros de chuletas, y no me des más»; luego, habiéndole obedecido, pasa a la fruta y por dos dineros le llenan una cesta; pasa luego al arroz y pide tres dineros y no más. Y de este modo compra lo muy necesario, con que el dinero que sacó en el puño vuelve sobrado. Pero un castellano cuando sale a comprar de comer o otra cosa que se ofrece llena las faldriqueras como quien ataca un cohete, y aun le parece que lleva poco. Sale un día de fiesta de su casa, va a la plaza, y lo primero que ven sus ojos es un montón de gente que rodea a una frutera; procura saber qué fruta es; nota que cermeñas;²⁷³ por verlas en manos de otro pide con grande ansia unas pocas; conócele la que las vende (que no es poco que conozcan cuando tiene tan buena venta); pregúntale cuánto quiere; dícela que cuatro libras; pésaselas Dios sabe cómo y pídele seis reales. Sale de aquella apretura y ve en las manos de un conocido unos pepinos; pregúntale dónde los hay; díceselo y parte más ágil que el muchacho cuando le suelta el maestro de la escuela; ve a la que los vende; pide unos pocos; dáselos por debajo de manga y llévale por la libra a ocho cuartos. Con esto va a la gallinería, y por un conejillo que apenas tiene tres cuarterones le llevan ocho reales, y de haberle alcanzado va más contento que un necesitado socorrido. Endereza a la carnicería, y en una tabla de vaca donde conoce pide que le den; danle un pedazo grande y llama a un esportillero; pregunta cuánto debe y paga. Compra luego carnero y tocino, sin preguntar cuánto pesa, sino «¿Cuánto debo?». Va luego a la verdura, ve a una revendedora con repollos, y por uno de dos libras le lleva dos reales; va al pan y carga con lo mejor, cueste a como costare. Echa luego mano a la faldriquera y no encuentra seis cuartos. Dice entre sí: «¡Jesús mil veces! De cuarenta reales y más que traía

273. Peras pequeñas.

yo, ¿en qué se han ido? Pero un día es:²⁷⁴ *no importa*». Esto un pobre oficial lo hace; que el que más puede más gasta, y aunque no quede para vino no falta el *no importa*. Y así, id con Dios con vuestras chuletas y vuestro arroz y sandías,²⁷⁵ que yo por un buen melón, si es de los primeros, doy un real de a ocho aunque no me quede blanca.

—¡Buena locura —dijo el valenciano— y escusado gasto!

—Andad —replicó el castellano—, que *no importa*; que con nuestro *no importa* comen y triunfan cuantos extranjeros hay.

Con esto se fueron los dos, y yo me quedé riendo de oír tantas verdades.

—¿Qué te parece —dijo mi camarada— la locura del *no importa*?

—Grande es —respondí—. Pero dime: ¿qué habrá sucedido a aquel hombre que sale de aquella casa, a quien parece que reprehende el otro?

—Yo te lo diré —dijo mi camarada—. En aquella casa le brindaron con un trago de vino, y después de haberlo bebido sale diciendo: «¡Miren Fulano a qué nos convidó, a un poco²⁷⁶ de zupia²⁷⁷ aguada! ¡Mire para lo que nos llamó!»; y el otro que le reprehende le dice que para qué ha manifestado lo ruín de su corazón en haberse sentido, y lo que ha dado por respuesta es: «En lo que yo he dicho no he quitado ninguna honra, y así, *no importa*».

—Harto importa —dije yo—, pues ha publicado la ingratitud al beneficio que ha recibido. Si el que convidó fue sin interés, agradecimientos se labró, aunque la dádiva fuese un poco de agua. ¡Oh, cuántos desagradecidos sustenta el mundo! Y ¡cuántos agradecidos perecen a los umbrales del poder! ¡Válgame Dios!

Así que pronuncié esta razón vi un hombre de buena presencia, pero mal vestido, que, siguiendo a un coche de cuatro mulas, iba dando notables voces, que eran:

—¡Aguarda, destruidor del mundo y sus calles! ¡Aguarda, ladrón, encubridor de infamias! ¡Aguarda, consumidor de la cebada, pues para ti sólo se siembra! ¡Aguarda, cortador temprano de los montes y encarecedor de todo, pues tú encareces la cebada, con que se encarecen los portes! ¡Aguarda, trasto vanaglorioso, que ayer te contentabas con dos mulas y hoy llevas cuatro, porque ya dicen que el de dos parece hospitalero o coche del baratillo! ¡Aguarda, que ya no hay oficialico que para igualarte no maquine cómo! ¡Aguarda, consumidor de la sangre del pobre! ¡Aguarda, inquietador²⁷⁸ del silencio, que por ti sólo parece el mundo batalla sangrienta! ¡Aguarda, que tú solo tienes la culpa que valga quince cuartos un pan! ¡Aguarda si quieres! Veré la cara de quien llevas dentro, a ver si es Grande o título o señor de algún Consejo, que sólo éstos habían de tenerte, y así tuviéramos nosotros pan barato.

A todos estos clamores no cesaba de andar el coche, y, llegándose al hombre algunas personas, le decían que para qué daba voces, sabiendo que las lágrimas del pobre *no importaban*.

—¿Qué se me da a mí —replicó— que no se haga caso de la razón, si el decirla yo me sirve de consuelo? Y yo bien sé que algunos me tendrán por loco, pero no *importa*, que no

274. 'Un día es un día', diríamos hoy.

275. L-1973: 'sandía'

276. L-1973: 'una poca'

277. Vino turbio.

278. Orig.: 'inquietador' (p. 194); L-1973: 'inquietador'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

tengo más descanso que llorar; que el caudal de un pobre se compone de ansias, suspiros, congojas y lágrimas, y cuando tengo para un panecillo me parece que lo tengo todo.

Con eso se fue llorando y nosotros nos quedamos sintiendo.

—¡Válgame Dios! —dije yo—. ¡Cuánto se me ofrece que hablar! Pero antes diré que este pobre sin duda ha leído mis *Tarascas*, donde mi dureza pinta la relación de Aqueronte, barquero del infernal Leteo y gobernador de los coches del mundo, y así, volveré a clamar, diciendo en este mundo hablador: Clame el monte que en tierna edad le quitan las tier-nas encinas, álamos y robles que si criaran multiplicaran y no valiera tan caro el carbón, que creo que ha de correr detrimento la más amada patria del mundo, Madrid, pues por falta de carbón llora su soledad antes que llegue (que quien es leal siempre se anticipa en sentir la pena de su dueño). Aquí dirá el que rúa coche: «*No importa*». Clamen las campa-ñas llorando la falta de sus cultivadores y defensores, pues, ocupados en lacayos, cocheros, mozos de sillas y del establo o establos ejercitan la más florida edad.²⁷⁹ «*No importa*», dirá el que sin ser Grande le parece bien el ser Veinte y cuatro en lacayos. Clame el labrador y llore con cien ojos, y a su lado el pobre oficial. El labrador diciendo: «¿Dónde hallaré mu-las para arar mis tierras y trillar mis panes? ¿Qué será la causa que valgan tan caras, sobre no hallarse?». «Los coches (respondo yo), pues en no siendo cuatro buenas y nuevas no sale el que puede a destrozar los empedrados de Madrid». «¡Ay de mí! (dice el pobre), que mi caudal no alcanza para pan a mis hijos, porque aunque los años son buenos la cosecha del trigo es corta. No sé qué sea la causa». «Yo lo sé (responde el mudo pregonero): cuando valía la cebada a cinco reales era la causa el no haber tantos coches, y valía el trigo a quin-ce; cogía el labrador cien fanegas de trigo en medio año del empleo de diez, y pagaba cam-pos, ayuda y diezmos; hoy halla que sembrando diez fanegas de cebada coge trecientas, y le valen más que de trigo, porque el grano de la cebada arroja mayor macolla, mayores va-ras y más granos, y cada grano abulta por dos de trigo, con que solamente para el gasto de su casa siembra trigo, y la cebada para el sustento de tantas bestias. Y el mayor daño que origina la careza de todo es el tanto de los portes, que si la cebada valiera barata también lo valieran; y esto es sin hablar del verde que se da, que ya lo más que se siembra es para ello; y si esto llegara a colmo y madurez más cosecha hubiera; y si hubiera menos mulas menos se gastara y aumentara parva, y aun parvas. Y aquel verde no se cuenta por pan, ni aun por pescado, que es sainete de las mulas de los que podían escusarlas; que mi ma-teria no habla con los que privilegió naturaleza o sus puestos, pues lo honorífico de ellos permite coche. Éstos, que le traigan *no importa*; pero miren si importa que Marquillos el bodegonero, que ayer partía cabezas a la puerta de la carnicería, tenga hoy coche con dos mulas y ya esté maquinando cómo echar cuatro,²⁸⁰ que para ello ha menester dos mil cien-to y noventa y seis celemines de cebada cada año, cochero y lacayo con libreas, trecientos ducados para reparos del trasto. Y para que esta ostentación no caiga se arbitran medios ladrones, usurpadores, aunque se cercene patrimonio Real y crédito, que de las bocas de quien tal hace *no importa*, ni tampoco importa que sus mujeres pidan luego silla (que tam-bién han menester dos mozos que la lleven) y rodrigón a caballo que la acompañe y paje que la sirva. Y este gasto, si hay oficio para meter la mano *no importa*. Bien sé que me leerá

279. Orig.: 'estad' (p. 196); L-1973: 'edad'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

280. Orig.: 'puatro' (p. 197); L-1973: 'quatro'.

alguno que, mostrando un hociquillo entre enojoso y desabrido, con una risilla falsa dirá: «¡Gentil bufonada! Y ¡que haya quien deje imprimir tales obras!». Pero me alienta que²⁸¹ hay infinitos que leen mis obras con atención católica y ojos de piedad y conocen que todo lo que digo es el evangelio, que es lo mismo que decir verdad, y así, entre tantos buenos, que haya alguno malo no *importa*.

Aquí llegaba este llanto del pobre cuando vimos una tropa de gente que venía diciendo:

—¡Oh, qué desdicha! ¡Oh, qué desgracia! ¡Dios te perdone, el buen Fulano! ¡Quién se lo dijera ayer!

—En dándose mal a querer los hombres —dijo otro— se labran estos sucesos.

Llegó a este tiempo otro preguntando la causa, y dijéronle que al alguacil Fulano habían muerto.

—Ministro más o menos es —dijo el que preguntó—, y así, *no importa*.

—Cuadrillas de ladrones y campañas del robo —dije yo— fueran las ciudades, sin vivir nadie seguro si faltara justicia; así lo dice San Agustín. Sentado esto, ¿quién ha de usar la vara de ministro? Fuerza es que ha de ser alguno; pues, ¿por qué se ha de tener tanto odio a los ministros? Cierto que me tengo de atrever a decir que sólo los malos y malhechores son los que aborrecen a la justicia, porque los hombres de sano juicio y conciencia antes los deben respetar y venerar, y aun rogar por ellos; que el que fuere malo (que algunos hay) Juez tiene en esos celestes asientos que le juzgará si usó bien o mal de aquella señal de la cruz. Y me espanto infinito que a muerte lastimosa como ésta se dejen decir algunos tontos *No importa*. Como en un día de fiesta de toros, que vemos que están sirviendo a la persona Real los ministros que allí se ponen a caballo, y cuando el toro va a ellos no faltan infinitos que de corazón y de boca dicen: «¡A éstos! ¡Dálos! ¡Derríbalos! ¡Mátalos, que *no importa!*». ¡Válgame Dios! ¡Que la pasión pueda tanto que reviente mandando entrañablemente a un animal que haga daño a nuestro prójimo! ¡Aquí de la razón! O ¡Aquí de Dios! (que todo es uno, que sin Dios no hay razón, pues donde asiste asiste Dios). Si nos enseñó con la oración del *Padrenuestro* que para alcanzar perdón de nuestros pecados pidamos el ser perdonados como perdonamos; pues si eso es así, ¿por qué aunque nos hayan ofendido todos cuantos ministros hay en el mundo no hemos de (con espontánea voluntad) perdonar para ser perdonados? Pues no hay cosa que más apiade a Dios que pedirle, diciendo: «Mira, Señor, que sé perdonar». Pero tanto odio a los ministros no sé que pueda ser bueno, que perdonar importa, y tener tanta pasión contra nuestros hermanos *no importa*. Y si en mis obras hubiere²⁸² leído algunos apasionados cosas que hacen los ministros, advierto que sólo retrato a los malos, sin sentenciar ni castigar, que es acción que le toca a Dios; que a la justicia la estimo y respeto como a lo que representa, y en mi *Día y Noche* digo que es cuartana de los nobles el temor a la justicia, y esta cuartana siempre reina en mí. Y encareciendo un autor a la hermosura de una dama y el amor que le tenía, dice: *Hácame salir colores*²⁸³ *cuando a sus ojos me atrevo; que como la quiero mucho la tengo mucho respeto*. El querer causa respeto, que el que no quiere ni respeta ni teme, y el

281. Orig.: 'y que' (p. 198); L-1973: 'que'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

282. L-1973: 'hubieran'.

283. Orig.: 'olores' (p. 200); L-1973: 'colores'.

aborrecimiento en un simple incapaz *no importa*, pero debe castigarse por el ejemplar; y sobre todo, pues Dios manda que le amen sobre todas las cosas y la justicia se deriva de su poder, debe ser amada sobre todo; pero no por eso me olvidaré de pintar sucesos, para que el que fuere malo vea si tiene algo que cercene la tijera o pula la lima.

El discurso cristiano aquí llegaba cuando vimos seis hombres que venían dando vaya a otro, diciendo:

—¿Sois vos el cartujo y el que da buenos documentos en cualquiera conversación, y os paráis a hablar a una dama que su punto y desenfado dicen quién puede ser?

—*No importa* —respondió—, que lo que yo he hablado es lícito. Díjela cuando llegué a ella: «Si como es el talle, aire y cuerpo, es el alma, dichoso el que tal goza sin la ofensa de Dios».

—Ya entró ahí el deseo —dijo uno—. Y pues a vos os ha dado Dios mujer debajo del yugo santo, no me negaréis que no fueron ardores de la carne; y no os lavaréis con decir que la deseasteis para matrimonio, que de vuestra color hay muchos en el mundo, que desean a cualquiera que les parece bien y creen que quedan limpios con la intención de matrimonio, teniéndole en casa. Contentaos vos y ellos con lo que tenéis y no deseéis la otra mujer; que los antojos carnales son muy agudos. Y en verdad que importa lo que os digo, aunque a vos os parece que *no importa*.

Con esto pasaron de largo, y nosotros nos divertimos a ver una tropa de pobres, de entre los cuales se apartó uno a pedir una limosna a un conocido que vio, que al oír su petición de pedir por Dios se le arrasaron los ojos de agua, imitándole el pobre, que, impedido de un sollozo, sólo pronunciaba: «¡Ay de mí!». Apaciguose el sentimiento en los dos, y el tal hombre preguntó al pobre:

—¿Qué es eso, Fulano?

—¿Qué ha de ser? —respondió—. Hallarme viejo y sin tener qué hacer en mi oficio, ni aun qué vender para comprar un pan, con que ha sido fuerza el aplicarme a pedir por Dios.

Viendo este caso de lástima pregunté a mi camarada la causa, y respondió así:

—Éste era tejedor, y como ya el tejido de Castilla murió, éste le llora, pereciendo como los más oficios; que ya no tiene estimación cosa que el oficial castellano hace, sólo las gaiterías extranjeras privan, llevándose en cambio la plata y el oro de nuestros reinos (porque no hay extranjero que no venda a plata o reducido a ella). Y si hoy se preguntara a los mercaderes de Castilla «¿A quién debéis?», dirán todos a una voz: «Al inglés, al francés, al veneciano, al genovés», y no dirá alguno que debe al castellano, porque su caudal es tan corto que no tiene facultad para fiar quince cuartos. Hasta en nuestras Indias de Nueva España suena un eco que dice: «¿Cómo queréis que venda la flota de España la hacienda o ropa de sus hijos cambiándola a frutos y metales, si cuando se abre su esperada feria ya están llenas las Indias de todas mercaderías? Que, vigilante el inglés y el francés y el Demonio, con achaque de carenas o aguadas aguan lo puro de la negociación llenando de ropa y cargando de plata, con que lo que cuesta en Castilla cuatro lo lleva el español a Indias, arriesgándolo sobre aquel riguroso y dilatado cristal, y allá lo da por dos, porque cuando llega halla llenas las Indias de la misma ropa que él lleva y creyó que faltase. Y aun con todo esto la viveza española no deja al curso del peligroso cristal, que aunque los dicen: «Mirad que perdéis en esas navegaciones», responden: «*No importa*».

DÉCIMA HORA DEL SUEÑO

LARGO trecho nos habíamos apartado cuando nos hallamos en una calle muy ancha y espaciosa, y aunque más volteaban mis ojos la admiraba sin poderla conocer, porque me pareció que jamás en Madrid tal había visto. Era toda de portales de jaspe, labrado de columnas y pórticos y notables tarjetas en todos, y la curiosidad me hizo reparar en algunas. Particularmente había una forma de plazuela a quien ceñían cuatro casas sumptuosas,²⁸⁴ y de una, que me pareció la más Real, decía su tarjeta:

El *no importa* importa poco;
todo es hospital mi centro,
y aunque tengo enfermos dentro,
nadie se tiene por loco.

—¿Qué es esto? —pregunté a mi camarada—. ¿Adónde hemos dado con nuestros espíritus?

—¿Adónde? —me respondió—. En el Hospital del *No importa* y casa de locos incurables; que en los otros hospitales hay locos que la dieta y la locura los sana; pero los de esta casa peor que peor, porque son como el manantial a quien detiene el jardinero, que, en dándole soltura, corre más precipitado: tú verás la bolina que hay dentro. Y hoy es gran día, que verás visita de enfermos, que se juntan para curar las locuras del mundo.

Así que dijo esto mi camarada, con el deseo de ver me entré en la casa admirando su zaguán, y en la puerta segunda había otra tarjeta que sus letras decían:

Desnúdese la cordura
que dentro quisiere entrar,
porque en su fondo ha de hallar
el *no importa* y la locura.

Sin atender ni aguardar a mi camarada pasé la puerta segunda y noté un patio hermoso, adornado de portales, y en ellos muchas mesas de papelistas. Admíreme que, nombrando la tarjeta *Hospital*, me pareciese audiencia; pero, acercándome a una, examiné que sólo despachaban recetas y medicinas, y en sus postes tenían cédulas de lo que profesaban y a su cargo estaba. Llegueme a una con la curiosidad de ver y saber, y el que ejercía la pluma me dijo atendiese, que no era cortesía mirar lo que escribía otro tan de cerca. Respon dile que perdonase, que el deseo de ver lo había causado y hecho descortés, y replicome:

—Desde fuera se puede mirar, que para haber incurrido en desatento, sus alegorías y su perdón *no importa*.

Aparteme algo corrido cuando vi una tropa de lacayos que acompañaban a una silla en que iba un hombre venerable, al parecer, y de mucha edad. Detuve a uno de los lacayos y preguntele quién era aquel señor, pero con mucha ira me dijo:

284. L-1973: 'suntuosas.' No anotaré otros casos,

—¿Está loco quien tal pregunta?

Con esta respuesta ya se asomaban cóleras en mi rostro cuando otra turba de gente venían diciendo: «¡A un lado! ¡Afuera del paso!». Hízome apartar y noté un grande acompañamiento a sólo un hombre, que, mirándole por una parte, parecía pobre; por otra, según sus adornos, rico, y por otras partes²⁸⁵ mirado daba muestras de muy vario. Llegose a él una mujer muy rota y miserable con un memorial en las manos; diósele, y apenas le tomó cuando, hecho pedazos, le arrojó. La mujer que tal vio, arrasados sus ojos de lágrimas, le dijo que siquiera por ser pobre y mujer la atendiese. A quien el tal personaje, muy airado, dijo

—Vuestra súplica y vuestra pobreza *no importa*.

Quedose llorando la buena mujer, y el tal señor pasó adelante recibiendo memoriales de gente lucida, agasajándolos con el semblante risueño. Pregunté a la buena mujer que por amor de Dios me dijese quién era aquel señor, y respondiome si quería acabarla la poca paciencia que le había quedado. Repliquela que no era mi intento tal, sino saber quién era para salir de las confusiones que me molestaban. Volviome a responder que si era viviente; díjela que sí y volvió a proseguir:

—Pues abra los ojos y guárdese dél, que peor es que el Demonio.

Fuese con esto, pero dejándome en confusiones aumentadas, cuando a las voces de «¡Para, cochero!» volví la vista y noté que se apeaba de un coche otro personaje, acompañado de caballeros, pajes y lacayos y otra gente de buen pelo haciéndole grandes reverencias; pero él, sin hacer caso, se subió una escalera arriba, y yo, que como absorto me había quedado mirando por dónde iba, reparé que atropelló, pisó y maltrató a un pobre tullido y llagado; pero con el dolor de su pena disparó quejas, diciendo:

—¡Esto merezco yo al cabo de tantos tiempos que con tanta atención te he servido! ¡Este pago das a tus vasallos y criados! ¡Oh miserable tablilla de mesón, que convidas con la quietud y comodidad y, ciegos, te creemos, sin atender que careces de todo el bien que prometes, recibiendo sobre ti todas las clemencias del Cielo! ¡Oh infame Mundo! Yo me vengaré de ti dejándote en tu vanidad y locura.

¿Qué he oído? (dije entre mí). ¿El mundo es este hombre tan vario y tan asistido de lucimiento y vanidad? ¡Aquí del cuidado!

Apénas le perdí de vista cuando reparé que a empellones entremezclados con puñadas y puntapiés echaban fuera de la casa a un venerable hombre, y, llegándose alguna gente de los ocupados en despachos, preguntaron la causa, y el afligido hombre dijo que sólo porque vendía verdades. «¡Buena mercadería,²⁸⁶ por cierto!», dijeron todos, y le dejaron.

Llegose otra mucha gente procurando que no le maltratasen, y, registrando lo que en unas alforjas bien rotas y mal remendadas llevaba, adelantándose él, las despidió de los hombros y las volcó en el suelo, echando fuera muchas calaveras que fueron rodando y dividiéndose por todo el patio causando notable alboroto. Todos buscaban a quien tal había traído para castigarle y nadie le hallaba, aunque estaba entre ellos (que de los ojos que están divertidos en las vanidades de el mundo no se ve ni se halla el desengaño). Daban voces los del patio, diciendo:

285. Orig.: 'ótras parte' (p. 206); L-1973: 'otra parte.' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

286. Orig.: 'morcaderia' (p. 208); L-1973: 'mercadería.'

—¡Quiten de aquí estos trastos enfadosos, que nos perturban de nuestra quietud y comodidad!

Y a las muchas voces entraron tres mujeres que, esparciendo una confusa niebla que se iba entrando por los ojos, boca y oídos de todos, recogieron aquellos recuerdos o ciertos avisos de la mayor y más cierta verdad, y, echándolos en unos costales, dejaron el patio libre. Y al irse noté que la una llevaba en la frente un rótulo que decía *Locura y vanidad*; la otra, *Logro y ambición*, y la tercera, *Ceguedad y sensualidad*.

¡Buenos barrenderos tiene esta casa! (dije entre mí). Si esta gente cuida de la limpieza jamás habrá polvo; y con razón llaman a tal casa Hospital de el *No Importa*.

Luego entró otro hombre de buena edad dando voces, diciendo: «¿Hay quien compre relojes?». Todos hacían burla dél, diciendo que se fuese noramala, que para qué traía anunciadores de la muerte, que no había hora más feliz para ellos que aquella en que entraba dineros en su poder; que aquella mercadería la llevase a los conventos, que ellos no necesitaban de tan olvidado aviso que cada instante está diciendo: «Mira que se llega el fin de la vida». Con esto el hombre, viendo la poca venta, se fue, y ellos quedaron con mucha risa, diciéndose unos a otros: «Este hombre sin duda es bufón, pues a la casa del *No importa* trae tan olvidada mercadería».

Luego oí un espantoso rumor de voces, llantos y suspiros, que penetraban hasta el alma, y a breve rato vi infinitas tropas de pobres, así hombres como mujeres de todas edades y estados, viudas, doncellas, casadas, solteras y de todas suertes; pero todos de muy humilde adorno. Llegose a donde yo estaba un pobre limpiándose a una remendada capa las lágrimas, y, viendo la ocasión, le pregunté la causa, y sin detener el paso me respondió:

—¿Cómo ignoráis lo que es tan público y²⁸⁷ cómo no sentís lo que²⁸⁸ todos sienten? ¡Ay de mí, que se perdió el buen tiempo!

Fuese con esto, dejándome tan confuso que mil veces quise salirme de aquella casa, pero no pude aunque más lo procuré, porque ya estaba todo mudado y muy otro. Admiraciones llovían sobre mí enviando la vista a ver si parecía mi camarada, pero no le hallaba (por donde conocí que los amigos y compañeros sólo acompañan en estos tiempos hasta dejar a uno en el hospital), cuando las voces de un pregón me perturbó, y, atendiéndole, oí que dijo:

Quien supiere del tiempo pasado tal cual era, que le andan a buscar los pobres, acuda a ellos y le darán, en albricias de las buenas nuevas, oraciones suplicando a Dios le saque de miserias y trabajos.

Todos se reían de el pregón, y, llegándose muchos hombres de lucido adorno, dijeron a los de el bando que si estaban locos o querían ver tan espantoso milagro como ser presente lo pasado; que dejasen aquel tema y reparasen que mucho mejor era el tiempo presente, porque en este se cogía más vino, pan y aceite, y había más crías de ganado que jamás; que sólo pidiesen a Dios el que trujese a verdadero conocimiento a logreros ambiciosos, vanos lujuriosos, y limpiase los tribunales y audiencias de gorgojo, polilla, coquillo y cizaña, y las casas y gentes²⁸⁹ de tan profano adorno, y recogiese tanta perdida lombriz chupadora de la

287. L-1973: '...público? ¿O cómo...'

288. Orig.: 'pue' (p. 210); L-1973: 'que'

289. Orig. (p. 211) y L-1973: 'urgentes'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

sangre y se echase²⁹⁰ muy subida alcabala a los cuchareros, por los muchos usos; que sólo ellos estaban establecidos y el Demonio había fundado allí su patrimonio para casar sus hijas con letrados tontos y locos, porque sólo los tales eran los que subían a desgovernar el mundo y a quebrar asientos honoríficos. Aquí llegó con estos consejos cuando, tocando una campanilla muy ruidosa, fueron entrando todos en una sala, dejando el patio solo y a mí solo en el patio, que, viéndome de aquel modo, intenté también entrar donde todos entraban, y, alentado del deseo de ver, entré dentro, y encima de la puerta vi unas letras que decían así:

Esta sala tan confusa
es del mundo la ilusión,
horror, pena y confusión,
pues jamás logros escusa.

Temblando pisé su esterado suelo, donde mis ojos se engolfaron en las pinturas de sus paredes, pero, reparando en lo que había copiado el profano y lujurioso pintor, negué la vista a sus imágenes provocativas.

¡Qué diferentes (decía yo) son las pinturas que en mi patria se usan!, pues en las faldas de las audiencias hay copias de aquel pasmoso juicio de Salomón, y en las salas de los hospitales efigies de Jesucristo y su santísima Madre. ¡Sáqueme Dios destas apreturas! (dije entre mí), y di la vista a una forma de tribunal compuesto de diferentes personas.

Era el que presidía un hombre de infinitas caras y colores, así en rostro como en vestido. A sus lados había otros hombres de edad, algo inferiores en asiento, y uno de mala cara enfrente, con muchos papeles encima de un bufete. Batallando entre dudas me hallaba cuando un hombre venerable me puso la mano encima de un hombro, como quien quería descansar, y, volviendo la vista, le dije que se tuviese en sí.

—Sí haré —me respondió—; pero déjame que descanse en tí, que soy el Buen Celo.

—Pues si eres el Buen Celo —le dije—, ¿cómo no tienes asiento entre aquellos a quien la Fortuna levantó? Y aquí, según veo, era menester tu persona, porque tengo entendido que han de hacer visita de enfermos y curar enfermedades de que adolece el mundo.

—Así es —me dijo—, pero yo no quepo allá, y así, desde afuera veré. Y para que no dudes, aquel que preside es el Mundo presente, y aquellos de sus lados son Ambición y Ceguedad, y aquel de enfrente es el Engaño, y, como traidor, tiene otro nombre; que se llama cuando quiere *Locura*. Allí abogan en contra y en favor la Envidia y la Caridad, y otras virtudes y vicios, conforme a los enfermos que se visitan; que para eso han venido a este²⁹¹ hospital, donde hay enfermos de todos achaques, aunque de lo que aquí se adolece son males de espíritu. Escucha, que, por no la oír llorar, casi a empujones traen a la Necesidad.

Hice reparo en que era una mujer con una saya de estameña picada a manos del tiempo, un manto de anascote muy remendado; lo demás no pude notar, sólo la cara flaca y amarilla, y el poco color rosado se había ido a las mejillas, tristes y llorosas.

—Ésta es la enfadosa Necesidad —dijo el Relator.

—¡Buen principio tenemos! —pronunció el Tribunal—. Con necesidad hemos de empezar, siendo todo nuestro anhelo buscar medios para huir de ella.

290. Orig. (p. 211) y L-1973: 'echasen'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

291. Orig. (p. 214) y L-1973: 'ese'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

—Señor —prosiguió el Relator—, lo molesto y sus repetidas lágrimas nos tienen tan cansados que por que nos deje en quietud la hemos hecho levantar de la cama para que diga la causa de tantos suspiros; que con ellos tiene al Tiempo en un puño y parece casa de locos.

Tocaron la campanilla los del Tribunal, y la Necesidad dijo:

—Mi enfermedad diré con calidad de lágrimas, que de otro modo no podré.

—Diga qué quiere —respondió el Mundo— y deje de llorar.

—No podrá —dijo su abogado—, porque hoy más caudal de lágrimas tiene que jamás.

—Suplico a vuestra deidad —dijo la Necesidad—; que yo dejaré de llorar con que el Mundo deje de ser vario y peor cada día.

—Llorad y decid —prosiguió el Mundo—, que esos medios no tienen nada de fáciles.

—Atiéndame —dijo—. Yo ha que lloro lo que ha que pecó Adán; mis lágrimas son mis caudales; adolezco de muy grave enfermedad: todos me pisan y ultrajan, y sin hacer mal enfado a todos, y por huir de mí y no tenerme a la vista me han traído como a loca a este hospital, donde perezco de hambre y todos me dejan desamparada; y si me aliento a salir fuera de mi pocilga a buscar de qué hacer un pucherillo no alcanzo para él, porque una libra de huesos de vaca vale doce cuartos (que el bocado mollar no se cría para el pobre); si pido un cuarto de tocino me responden que no le hay; y si acaso, cansados de mis lágrimas, me le dan, es lo peor que hay en la tabla, y me dicen que por Dios lo hacen; si voy por un ochavo de garbanzos no le hallo, porque la libra vale a trece cuartos y los que tienen caudal los estancan al pie de la parva. Si paso a la verdura fresca me piden por una berza seis cuartos (que muchos mejores se arrojaban en otros tiempos), y si replico que por qué piden tan sin alma, me responde la que las vende: «¿Qué hace la cara de acelga, que no repara en lo que vale un pan?». O si por sentirme desganada paso a la fruta a comprar media libra, vale a tal precio que es vergüenza, y al pedirla me preguntan que si irá segura sólo con intento de hurtar, que es su cotidiano plato; y si regateo en el precio dicen que me quite de delante, que me darán con una pesa. Y a este respeto anda todo, sin guardar ley de postura, y a cuantas partes llevo a comprar parece que mi cuarto no vale dos blancas y todos quiebran su enojo en mí, triste, que soy el blanco de las iras del mundo. No puedo menearme y todos dan en mí, y por eso soy blanco que porque se está quedo tiran todos a él. Y todo mi sentimiento se acrecienta en llegando al pan, cuando oigo pedir quince cuartos por un pan de trigo nuevo en año de buena cosecha, y con estos sustos todo mi anhelar es suspirar y gemir. Pido cura a mi enfermedad.

—Para que conozca el Tribunal —dijo un abogado de muy mala cara— la infamia y engaño desta mendigona hipócrita, enredadora con lágrimas de cocodrilo, diré lo que pasa, para que vea el Mundo que cuanto ha dicho *no importa*. A mí me dan todo el año el pan muy bueno a seis cuartos; de la vaca solomos y peces²⁹² de la pierna, caderas y lomos, sin átomo de hueso; el carnero, del mismo modo; la fruta, todas las mañanas me la envían a casa muy buena y barata, que parece que la escogen grano a grano, y la verdura casi de balde. Pues, siendo esto así, ¿cómo se atreve a dar tan infame informe de su dolencia? ¿No era mejor que dijera que la curaran la envidia esta llorona cansada y enfadada? Y, de mi

292. Por 'piezas'. Podría ser el mismo caso que 'cuchares' por 'cucharas'; pero no he logrado documentarlo.

parecer, no se le debe hacer medicamento alguno para su alivio, que será en balde, y con su salud enfermarán otros muchos.

—Pues échela —dijo el Mundo— a la sala de los incurables y hágasele cama de suspiros; la almohada, de miserias, y por alimento se le den congojas y llantos.

Iba a responder en favor la Piedad su abogada, y una mano muy grande y nerviosa la tapó la boca y amenazó. Reparó el Mundo en esta acción y dijo que por qué no dejaban que abogasen en su favor.

—Porque no —prosiguió el abogado—: porque un enredador siempre se valió de otros semejantes para su abono, y así, *no importa*.

Vertiendo lágrimas y arrojando suspiros se ausentó la Necesidad clamando al Cielo y pidiendo socorro a Dios. Llevábanla a empujones la Usura y la Vanidad, porteros de la sala.

Siguió una viuda venerable y de honesta cara, en la una mano el rosario y en la otra una muetilla. Preguntó el Mundo qué achaque era el suyo, y ella respondió que poca cosa, que *no importaba*; pero que, pues se remediaban achaques y dolencias, también venía por su cura.

—Yo, ¡bendito Dios! —prosiguió—, aunque pido limosna jamás me ha faltado el *don* (que muchas veces sólo este plato había en mi mesa, que los que somos bien nacidos nos sustenta el *don*); pero hoy me hallo ultrajada y me han perdido el respeto muchas personas, en tal manera que, por verme pobre, me han llamado Fulana muy a secas, sin hacer reparo en la nobleza de mis parientes.

—Esta mujer —dijo un abogado—²⁹³ es loca, y tan vana que de lo que junta de limosna da la mitad a una vecina sólo por que la llame *don*, y muchas veces suele quedarse sin comer por dar la paga al reclamo de su vecina.

—*No importa* —replicó la tal—, que la hacienda Dios la da y la quita, y más vale un *don* como el mío que los haberes del mundo, y es el bocado más sabroso para mí. Y mi nobleza descende de don Domingo de don Blas, y por ser tan noble no me he querido sujetar jamás a servir (que fuera en mi sangre notable vileza); lo más que hago es correr porterías de conventos, bodegones y tabernas, y en algunas casas que me conocen y saben la sangre que me alienta me fían algunos secretos considerables, que en verdad que han estado sujetas a este piquito más de dos docenas de honras de doncellas, y por ser yo tan buena se han casado a título de tales, y sólo yo soy la que ha pasado sustos y malas noches buscando amas²⁹⁴ y llevando crías. Y nadie se acuerda de lo pasado, sólo la pobre que aquí está siente su mal y mil dolores y achaques, pues ya me hallo muy mala y aquellas a quien tapé no quieren socorrerme hoy. Pido cura y remedio, que en lugar de favorecer a una mujer bien nacida la ultrajan por esas calles, y se adelantan cien pícaros a llamarme enredadora y mal nacida. ¡Miren que atrevimiento!

—Esta mujer —dijo un abogado— merece que la quemem viva, porque con esta carita fruncida y, al parecer, devota, y su rosario a la vista, tiene perdidas²⁹⁵ a muchas halladas (que si no se hubieran dejado hallar no las toparan), y las malas mañas que aprendieron

293. Orig.: 'Abogado' (p. 218); L-1973: 'abogado.'

294. Orig.: 'armas' (p. 219); L-1973: 'amas' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

295. L-1973: 'perdida'

cuando libres (que si no fueran libres no las aprendieran) las usan aun después de casadas, y de todo es causa esta mujer; y para que entienda el Mundo y sepa su genealogía, su madre era traperera de las que andan por las calles, y su padre era muy limpio, que las barría; pusiéronla a servir de edad de doce años en una casa donde la enseñaron las mañas que hoy usa. Y, de mi parecer, debe ser convertida en gato, que es animal que siempre está acechando para hacer mal.

—¡Andad de ahí! —dijo el Tribunal—, que algún mal os debe de haber hecho a vos, pues así mostráis la pasión contra esta pobre. Dejadla que pase con su oficio hasta que dé en manos de la justicia, que todo cuanto hace *no importa*.

Fuese con esto, diciendo:

—¡Buena anda mi sangre! Si lo viere mi primo don Jerjes de Estrada del modo que ultrajan a su prima, ¿qué dijera?

Tocaron la campanilla y, sosegado, salió a visita un hombre, toda la cabeza entrapajada y macilento; y el Relator dijo:

—Éste está enfermo de residencias que le ha tomado el Tiempo, porque siendo²⁹⁶ ministro dio en cazador, cazando moscas y gangas; y en esas travesuras ha enfermado, y dice que le parece que le duele el alma, ocasionado de malas noches que ha estado en espera con sus señuelos.

—Así es —dijo el enfermo—. *No importa* que por coger un lance dejaba perder famosos días, y hoy lo hiciera, aunque tan postrado; y también he andado mucho tiempo a caza de buenas obras, pero jamás he podido coger una, porque siempre me he vuelto las manos vacías, y en verdad que algunos días de fiesta por estar en espera perdí la misa; pero *no importa*, que bien sabe el Mundo que no pudo ser menos. Y ahora me siento muy lleno de dolores y necesidad, porque compré esta vara para con su libertad cazar deleites, y habiéndolos hallado a cada paso, yo no sé como ha sido que hoy me hallo tan cazado yo, sin hacienda y bríos, que menearme no puedo. Justicia y cura pido.

—Éste —dijo un abogado— merece el Infierno.

—¿Por qué? —replicó el Mundo—. A mí me ha servido bien y muy atento y ágil;²⁹⁷ lo demás *no importa*. Haganle cama, hechos escribanos todos sus contrarios, y no le falten dolores hasta que muera. Y, en tanto, llévenle a la sala de los locos para que se divierta.

Fuese con esto y siguióse²⁹⁸ otro, a quien el Relator dijo:

—Éste está enfermo de envidia, y tan malo que no se halla alivio para él; y está muy de peligro, porque la Caridad, médico de los pobres, le ha desauciado, sin hallarse remedio a su mal.

—Mis propias entrañas me como —dijo el enfermo—, y muchas veces me he comido el corazón con las ansias de el dolor, pareciéndome pequeño bocado; y si entonces hallara a mano los corazones de mis contrarios, me los tragara: tanto es mi dolor.

—Malo está este hombre —dijo el abogado.

Y el Tribunal mandó que le llevasen a la sala de los incurables.

296. Orig.: 'sieudo' (p. 220); L-1973: 'siendo'.

297. L-1973: 'atento y así'.

298. L-1973: 'siguióle'.

—¿Por qué? —dijo el enfermo—. ¿Tan sin remedio²⁹⁹ es mi mal? ¿Acaso envidio yo coronas, cetros, dignidades o capelos? ¿Envidio yo riquezas o palacios? Yo sólo envidio a los que de mi tiempo quieren subir a igualarme y a frentear conmigo; envidio al que ayer era oficial, sin camisa en el cuerpo, y ya es maestro que blasona con tufos; envidio al que vino de su tierra desnudo y sin zapatos y ya come en plata; envidio al que se crió conmigo en paños iguales y ya me sobrepuja y labra casas. Y todo esto *no importa*, porque, a mi entender, es buen celo; que no lo envidio por quitársele. Ni yo envidio al que hiere sus carnes y frecuenta los sacramentos cada día; ni envidio al que trae silicio y ayuna;³⁰⁰ ni envidio al limosnero caritativo ni al que tiene fama de buen cristiano; y así, mi mal *no importa*.

—Bien dice —dijo un abogado—, y así, debe ser convertido en perro y señalado como Caín y darle por alimentos³⁰¹ la envidia de Saúl; la de los fariseos, que persiguieron a la mayor Inocencia; la de César Calígula, que, por ser calvo, mandó rapar a cuantos tenían cabello.

Quiso hablar su abogado³⁰² y mandáronle callar.

—¿A quien tan bien³⁰³ te ha servido, Mundo —dijo el enfermo—, tratas así? Aunque te conozco tarde, *no importa*, que yo me vengaré de ti en ladrarte adondequiera que te halle, y aun la Luna no ha de estar segura de mí en ese estrellado globo.

Fuese mordiendo las manos, y siguióse un hombre roto, aunque con aliño (que también hay bien vestidos puercos), y el Relator dijo:

—Éste es poeta. Lo pobre no lo nombre, que su vestido lo publica, y su mal es fuertes dolores de tripas.

—Así es —dijo el enfermo—, pero tengo muy sano el cerebro, que mis versos lo dirán, pues muchos los leen que los juzgan por de Lope, y mi prosa es tenida por de Quevedo en lo satírico y equívocos que juego.

—Lindo loco me parecéis —dijo el Mundo.

—Eso —replicó— *no importa*; que Aristóteles dice que el ingenio versista tal vez se precipita de furor; y en cuanto a lo loco, calle el Mundo, que yo tengo fama de ingenio lucido y los autores de la³⁰⁴ farsa me buscan para que los dé comedias, porque en ellas me visto de las mismas pasiones que imito, y en llegando a batalla, pendencia o desafío, soy bravo, iracundo y fiero; en reprehensiones soy maduro y sagaz, y en la graciosidad son notables mis agudezas y chistes, que harán reír a otro Felipe Segundo, si en el mundo le hubiera. Mis sátiras, no hay perro rabioso que muerda tanto. Mis burlas son tan disimuladas como la zorra. Mis tragedias son más lloronas que pobre necesitado. Si se ofrece escribir necedades, no es tan loco el Mundo presente como ellas.

—Echad de ahí ese loco disparatado —dijo el Mundo— y ponédle una mordaza en la boca.

299. Orig.: 'remedio' (p. 222); L-1973: 'remedio'

300. L-1973: 'ayunas'

301. L-1973: 'alimento'

302. Orig.: 'Abogado' (p. 223); L-1973: 'abogado'

303. Orig.: 'tambien' (p. 223); L-1973: 'tan bien'

304. L-1973: 'de farsa'

—Eso será de envidia —replicó el enfermo—, por que no pueda decir lo que siento en las comedias que veo representar. Bien se conoce que hay soborno de parte de los poetas cómicos, pues, a mi entender, todos me tiemblan, como a quien sabe tanto.

—Notable es la locura de este hombre —dijo un abogado.

A quien replicó el enfermo:

—La locura en tal sujeto como el mío *no importa*, que bien saben que no es buen poeta el que no tiene un poco de loco; y si me alcanzara³⁰⁵ Virgilio y Homero, creo que quemarían su *Ilíada*³⁰⁶ y *Eneida*; y sé claramente que alcanzo mucho y mi ingenio es profundo, porque jamás me ha parecido bien cosa que otro haya hecho, porque un papel de amores mío vale un reino, que cuando le escribo no estoy en mí ni sé de mí, que todo el espíritu empleo en el sujeto que a mi parecer enamoro, retratándola un ángel humano o una mujer divina, que de sus cabellos se adorna el Sol y que con uno solo se puede formar cadena para llevar galeotes al charco, y de sus lazos se pueden hacer grillos para la cárcel del Paquín,³⁰⁷ donde siempre hay cincuenta mil presos; y, finalmente, mi ingenio importa mucho al mundo; y el emplear el alma en un papel de amores y consentir ardores de la carne como si viera la dama presente *no importa*.

—Este hombre —dijo un abogado a quien llamaban Juicio— con pena de muerte le castigara yo sin remediar su afán, y mandara quemar todas sus obras y a quien las lee, pues obras sin moralidades católicas no se deben consentir, y leyendas provocativas a la sensualidad deben ser consumidas hasta sus cenizas; y en el ínterin sea, en lugar de curada su locura, cortadas las manos y la lengua, que de otro modo queda apto para escribir (y mientras más pobre y ayuno mucho más), y el cuerpo, sin lengua y manos, convertido en piedra que detenga la puerta de una caballeriza.

—¡Buen abogado sois! —dijo el enfermo—. Vos no tenéis jurisdicción en los poetas, que es un linaje celeste; y así, vuestro juicio *no importa*.

—¿Dónde habéis estudiado tan sangrienta sentencia? —dijo el Tribunal—. En lugar de curar a un enfermo ¿le destruí? Por cierto que medrara bien el mundo si faltaran semejantes ingenios. Vaya fuera, que ya está sano, aunque jamás saldrá de hospitales; y si convalece llévenle a un bodegón, que aunque se vean los ingenios a sus puertas *no importa*.

Fuese cojeando, y siguióse otro hombre, a quien el Relator dijo:

—Éste es logrero.

—¡Ay de mí! —dijo el doliente—. ¡Qué malo siento el hígado! Pereciendo estoy; pero animareme a decir mi necesidad.

—Yo la diré —dijo un abogado—. ³⁰⁸ Este hombre está muy enfermo, y es de tal calidad que sólo nació hombre en el parecer, que en las costumbres es demonio. Y no es de lo que adolece el hígado, que es el alma. Éste, cuando ve el buen temporal se pudre consigo mismo, y en el mal tiempo se alegra y está contento; y esto es contra el pobre, que es el montoncillo de tierra donde caen estos granizos y rayos. Su respirar es ambición; su vivir, logro, su sustento, envidia, y su anhelar, engaño. ¡Desdichado dél, que tarde ha de convalecer!

305. L-1973: 'alcanzaran'

306. Orig.: 'Eliada' (p. 225); L-1973: 'Ilíada'

307. Pekín.

308. Orig.: 'Abegado' (p. 226); L-1973: 'abogado'

—Suplico al Mundo —dijo la Envidia su abogado—; que todo cuanto alega la Caridad no es así: este hombre es labrador, siembra sus tierras y coge grano. Pues, siendo esto así, ¿cómo ha de desear el mal tiempo?

—El caso es —dijo la Caridad— que lo que siembra es poco, pero lo que compra para revender es mucho, y, en llenando sus trojes, toda su ansia es desear esterilidades para ganar trecientos por ciento.

—Suplico al Mundo —dijo la Envidia—; cualquiera emplea su dinero para ganar con ello, y todos lo hacen por logro que esperan; y así, todos los tratos y demás ejercicios serán logreros de ese modo.

—Así es —dijo la Caridad—; pero sólo este logro es el más odioso a los ojos de la razón, por ser contra el pobre. Y porque ha visto que vale tan caro cuece en casa y vende a diez y seis cuartas cada pan, hecho un agua y falto; y así, este hombre merece gran castigo.

—Loca está ya la Caridad —dijo el Mundo—. Bien se ve que la edad la hace caducar. Cada uno es fuerza que se valga de su hacienda. ¿Quereisle atar las manos y vedarle que gane con lo que es suyo? Andad de ahí, y no entréis más en esta casa.

—Suplico al Mundo —dijo la Caridad—; que si le falta mi alivio al pobre perecerá miserablemente.

—No importa —replicó el Mundo—. Y a ese enfermo llévenle a la sala de la desesperación, y en cuanto viva sirva de prueba a la paciencia del pobre.

—¡Ay de mí! —dijo el paciente—. ¡Qué de tiempos ha que no cae piedra! Que me acuerdo cuando caían como huevos y aquel frescor aliviaba este fuego en que me abraso.

Con esto le llevaron fuera, y a un enfermo le dijo al salir:

—Amigo, ya ha subido el pan.

Y respondióle:

—Eso *no importa*.

UNDÉCIMA HORA DEL SUEÑO

SIGUIOSE un hombre de malas barbas, puerco, desaliñado, asqueroso,³⁰⁹ a quien el Relator nombró diciendo:

—Éste es tabernero.

—No soy tal —dijo el enfermo—, que yo soy tratante de vinos y aguas. Pero ¡ay de mi, qué notable sed tengo! ¡Qué secos los labios! ¡Abrazado tengo el corazón! ¡Oh, qué mal tiempo! Como no llueve todo se seca, los pozos se agotan y las fuentes se mueren; y yo desespero: que los aguadores me llevan por dos cántaros de agua cuatro cuartos.

—Este hombre —dijo el Relator— es ladrón engañador, porque hurta en la medida y vende agua por vino; y es maldiciente, pues cuando le dicen que para qué agua tanto responde: «¡Maldita sea la gota que yo le echo!», y en su casa de nadie fía el bautismo sino de sus malditas manos. Siempre está llorando y dice que se pierde. Y le han conocido con una esportilla al hombro y hoy tiene cuatro pares de casas y un macho en que anda, y su plato es de los mejores del lugar. Todo el mundo le conoce, menos los pobres.

—Suplico al Mundo —dijo su abogado—; que es un pobre hombre, y sustenta tres hijos en su amiga y da limosna a los pobres porteros que van con el fiel, y ha hecho muy buenas obras, pues de corrales ha labrado casas con famosas viviendas, y el otro día sacó a un niño de pila,³¹⁰ y hay semana que bautiza treinta; y tal es su doctrina, que hace de los bravos mansos con sus liciones y maña. Y en cuanto al aguar, ya se permite, porque de otro modo no se puede sanear; y así, *no importa*.

—Señor —dijo el enfermo—, remedio pido a mi mal, que estoy perdido.

—Pues yo os haré ganado —replicó el Mundo—: convertido quedaréis en unicornio para que, pues siendo hombre era vuestro oficio aclarar el vino, siendo animal lo sea aclarar el agua. Y entretanto que mudáis forma sentid las penas de Tántalo.

Fuese con esto, y siguiose un hombre más rollizo y lustroso que puerco pelado, a quien el Relator nombró diciendo:

—Éste es figonero.

—No fui tal —dijo el paciente—, que a mí me llaman sazoador de la gula y desazoador de las bolsas. Pero, ¡ay de mí!, que me siento tan pesado que menearme no puedo. Y no sé cómo ha sido, que bien ligero me he criado; pero sin duda lo ha ocasionado el ejercicio.

—Suplico a vuestra deidad —dijo un abogado a quien llamaban Verdad—; que aqueste hombre vino de Francia pobre, desnudo y ayuno, por no poder más; y así que entró en Castilla fue amolador; luego se acomodó por criado de un panadero de Corte; luego dio en vender randas y guarniciones; después se puso a cuestras una caja de todas mercaderías y sus voces eran «¡Hilo de Flandes!». Y sólo a comprar plata vieja de guarniciones de colgaduras y camas, escritorios, justillos, polleras, guardapieses, y otra plata menuda (que las

309. L-1973: 'desaliñado y asqueroso'.

310. Apadrinó el bautizo.

criadas de una casa y gente menor adquiere a fuer de la uña y, guardándolo, espera al francés para que se lo compre), a esto solo ha ganado cincuenta mil ducados, y ya ha enviado a su tierra una carga de reales de a ocho peruleros, pero de buena plata.

—¡Mal año si lo eran! —dijo el paciente—. ¿Soy yo bobo?

—Hoy, señor —prosiguió el abogado—, porque la justicia le ha comido algunos cuartos sobre ciertos descaminos (que la riguridad de una pluma suele desde su quietud apartar de el camino Real y decir que ha venido por esquisitas veredas), por huir destos azotes se ha hecho figonero, y a vender gato por conejo, cuervo por palomo, cordero por cabrito, macho por carnero, gallos por capones y gallinas cluecas por pollas tiernas, ha engordado de bolsa y carnes tan demasadamente que al médico le³¹¹ parece que se le pierde el alma.

—Eso no es así —dijo el paciente—, que mi alma bien guardada está; y demás, que mi alma es mi hacienda, y ésa poco a poco se la voy enviando a Francia a mi Rey, reducida a plata.

—Éste —dijo el abogado en contra—, lo más que hace bueno son las pepitorias y prestar vellón con subido logro, y la paga (después de tomar prendas de plata) reducida a reales de a ocho, con que estos gabachos van dejando pobre a España y enriqueciendo a Francia; y así, se le debe castigar embargándole toda su hacienda antes que se acabe de pasar a Francia, y a él enviarle a regir un remo a la mar; que de pala de horno a él poco va, y quien la sabe jugar en el fuego sepa cómo se menea en el agua.

—¡Qué bien se os ha conocido —dijo el Mundo— la envidia que tenéis a la hacienda que con su sudor ha ganado ese pobre hombre! No creyera que tan perdido estaba todo, pues ya nadie puede vivir sin ser envidiado. Désele a ese hombre una bebida de contragordura; y si se descuida, róbenle lo que tuviere o quémesele la casa. Y no se descuidan en sangrarle los ministros, que aunque es algo dañoso *no importa*. Y vuélvanle a su puesto, que aquí está violentado y al olor de sus gigotes sanará.

—Señor —dijo su abogado—, esa cura es contra toda razón y se compone de malos deseos.

—*No importa* —replicó el Mundo—, que yo es fuerza que he de hacer de las mías; y pues confiesa y confesáis que ha subido en cuatro días, baje en cuatro horas. Y en cuanto yo presida nadie blasona de firme ni bien afortunado sino el pobre.

Fuese con esto, y siguióse otro hombre, roto y descalzo, flaco,³¹² amarillo, y el Relator dijo:

—Éste es fullero.

—Es engaño —dijo el paciente—, que fullero es ser ladrón y hurtar es malicia, y en mí no la hay. Mi achaque es locura y mis dolores pobreza, y la causa ha sido jugar de día y de noche mi hacienda y mis vestidos, los³¹³ de mi mujer, joyas y adorno de casa y el sustento de mis hijos, mudando para ello más colores que el camaleón; perdiendo el tiempo y la modestia echar juramentos y porvidas, agravar la conciencia aligerando la vida y procurando empobrecer a otros enriqueciendo al bolichero o garitero, si acaso hay alguno rico. En fin, yo con un vicio he granjeado muchos, pues me he hecho holgazán, jugador, mal-

311. Orig.: 'la' (p. 232); L-1973: 'le'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

312. L-1973: 'flaco y'. Lo mismo en la ed. de 1723.

313. L-1973: 'y los'.

diciente, lujurioso, envidioso y blasfemo, y dando cerca de otro vicio, si me alientan los bríos; pero fullero, es engaño manifiesto.

—Suplico a vuestra deidad —dijo su abogado—; que este hombre cuando ganaba daba limosna a los pobres mirones y a las damas que le pedían, y sentaba a su mesa a la Gula y a la Soberbia: dos pobres que andan en el mundo como desterrados de la presencia de la justicia.

—Este hombre, al parecer —dijo el abogado contrario—, merece el fuego eterno, y aun los que le alabaren.

—Pues quémenme a mí —dijo el Mundo—, que yo le³¹⁴ alabo. Cierto que no sé dónde han salido estos abogados. Ahogados los vea yo, pues tal sentencian. ¿Es posible que hayáis pronunciado tan nunca merecida pena contra un hombre que se entretiene a costa de su hacienda?

—Señor —repitió el abogado—, con ese entretenimiento causa muchos daños.

—Andad de ahí —replicó el Mundo—, que todo eso *no importa*. Vaya fuera y pónganle un parche en el vientre hecho de un trapajo viejo y sucio, buscado en el muladar, para que se consuele; que de trapajos semejantes se hicieron los naipes con que ha perdido su hacienda.

Con esto se fue llorando, y yo me espanté que tuviese un jugador lágrimas sobradas, pero luego reparé que es muy propio caudal del pobre y jamás faltan a quien se quiere valer dellas.

Siguiose un hombre y una mujer; el hombre sobre dos muletas y ella revuelta en un manto de anascote muy roto, y el Relator dijo:

—Este hombre y esta mugen están enfermos, con crecidos dolores de alma.

—Es engaño —dijo la mujer.

—Dejadme hablar a mí —dijo el hombre.

—No ha de hablar sino yo —replicó la mujer.

—Vos —dijo el hombre— no habéis de hablar primero donde hay otros mejores.

—¿Mejor que yo vos? —dijo la mujer—. Enredador casamentero, que tenéis perdido al³¹⁵ mundo y sin igualdad, pues con la golosina de lo que os dan hacéis a la fea hermosa sin serlo; a la casada, soltera; a la soltera, casada; a la que ha rodado como mula vieja de alquiler, doncella virtuosa y recogida; al jugador perdido, que es hombre virtuoso y guardoso; al borracho, hombre reglado; al viejo, mozo; al mozo, viejo; al pobre, rico; al rico, pobre; al judío, cristiano viejo, y al cristiano viejo infamáis de judío, sólo por ajustar vuestras conveniencias, para cobrar la media anata y emborracharos el día de la boda. Y con todo esto mirad vuestras medras, a puras maldiciones que os echan los engañados.

—¡Mire quién habla de medras —dijo el hombre—, sino una mala alcahueta que con tantos servicios como ha hecho al Demonio aún no tiene camisa que tape sus carnes! ¡Mírenla, que ha ajustado³¹⁶ más partes que trozos de madera junta un ensamblador de retablos de altares! ¡Mírenla!, que tiene de caudal doce retratos de damas y con ellos ajusta el tanto que ha de costar la polla y luego la envía a llamar (siendo tal vez casada o doncella

314. Orig. (p. 234) y L-1973: 'yo alabo.' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

315. L-1973: 'el'

316. Orig. (p. 236) y L-1973: 'que ajustando.' Lo mismo en la ed. de 1723.

en casa de sus padres, y no en la tuya). ¿No eres tú la que llaman *madre* más de quinientas perdidas del lugar? ¿No eres tú la que has hecho decentar más piezas que el más viejo mercader de la³¹⁷ Puerta de Guadalajara de Madrid? ¿No eres tú la que tienes dos jubones cosidos con aguja de baqueta, que con mitra y sobrenombre de *margaritona* los vestiste? Pues no te metas conmigo en dimes y diretes, que ya sabes que te conozco.

—Conocerame —dijo la tal— de haberte muerto el hambre muchas veces y tapado algunos robos.

—¡Mientes! —replicó el hombre.

Y levantó la muleta y la sacudió dos golpes.

—¿Qué desvergüenza es ésta? —pronunció el Tribunal—. ¿Tan grande atrevimiento delante de la deidad del Tiempo?

—Echen duras prisiones de hambre y necesidad —dijo uno del Tribunal— a esos atrevidos que han quebrantado la inmunidad del sagrado. Llénenlos a duras mazmorras y mátenlos la dieta sin que su pena sea jamás socorrida; y escarmienten en sus cabezas los venideros tiempos: sean confiscados sus bienes, y sus hijos señalados para que en ningún tiempo pretendan oficio honorífico; sean sus casas demolidas y sembradas de sal.

—¿Por qué? —dijo el Mundo—. Tened la lengua, que se os conoce lo apasionado; que lo que han cometido *no importa*: la defensa es permitida.

—Así es —dijo un abogado—; pero justicia hay para la venganza, y no darle mano para que por la suya la tome.

—Bien decís. Y por que no se vayan sin mi pago —dijo el Mundo—, vayan sanos a su parecer, y al parecer mío convertidos él en horca y ella en escalera; y pues por sus pasos han ido tantos engañados a la perdición, vayan ellos por sus escalones a la muerte infame.

Fuéronse sin hablar palabra en su cura, porque gente de tal vivir poco cuida del alma. Siguióse un hombre de media sotanilla, profundo mirar, bigotes pulidos y cabellera postiza (con su copete que parecía aprendiz de moño); cubríale una capa tan periconca que tomaba liciones de mantilla de aldea; un sombrero que parecía guardasol (aunque yo le llamara guardacabello postizo). Éste venía todo embebido de alma y cuerpo en unos papeles que en las manos traía, y decía entre sí (o consigo solo):

No importa ser yo tan pobre si tengo tan profundo entendimiento. *No importa* haber perdido toda la hacienda si me ha quedado un ingenio tan lucido. ¿Quién sino yo diera en tal arbitrio? Por aquí me hallo rico en dos días, pues semejante remedio no le ha alcanzado hombre humano hasta hoy. Hacer que este tiempo, siendo tan pobre y estéril, se convierta en siglo dorado, ¿quién lo hiciera sino yo? Al Rey tengo de hacer que sea más rico que Jerjes y Salomón, aunque del uno fueron tantas las riquezas cuando labró el templo y del otro cuando sustentó el mayor ejército que se ha visto ni verá. Tengo de hacer una moneda nueva y firme; no ha de haber pobre; tanta ha de ser la abundancia de ganado que ha de valer barato; la cosecha de trigo, pasmosa; valdrá el pan a huevo, y el huevo a blanca; miel y aceite, muy abundante; el vino sobraré y valdrá muy barato; y más, que tengo de poner juicio al Mundo: no ha de haber oficial que no esté contento ni hombre que no se llame dichoso; y, por último, tengo de hacer establecer tanta quietud que parezca el mundo un paraíso terrenal, o un elíseo campo.

317. Orig. (p. 236) y L-1973: 'de' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

—¿Quién es este enfermo? —preguntó el Mundo.

A tiempo que, llegándose a él otro de los del³¹⁸ puesto, le dijo al oído:

—No publicuéis aquí tal tesoro. Y veníos conmigo a mi casa, que yo os sacaré de miserias si a mí me lo reveláis.

Respondió el loco:

—¡Codicioso usurpador de la grandeza que sólo a un príncipe toca y pertenece! ¿Qué queréis? ¿Pagarme a mí con dos reales y haceros vos dueño del ingenio para que por él os den puesto para dejar hechos caballeros a vuestros hijos? Y si prometéis sacarme de miserias, ¿por qué no os sacáis a vos?, que, según os veo, necesidad tenéis, o ambición. Dejad publicar este arbitrio a la suprema deidad del Tiempo, que de su poderosa mano me basta a mí una pobre ración de criado.

—¿Qué es eso?, volvió a preguntar el Mundo.

Y el Relator dijo así:

—Este hombre, según lo que de su misma boca he escuchado, es loco enredador.

—Así anda el mundo como anda —respondió el enfermo—, porque para que dejéis pasar la verdad es menester ponerla una carátula que engañe, que, si no, de vuestra boca es una loca perdida³¹⁹ y como a tal la tratáis, y si de lo que dice os parece algo bueno lo enterráis en vuestro seno para que de allí salga con título de vuestro. Escucha Mundo; y pues has oído a lo que me atrevo, atiende a sus medios. Este siglo miserable, pobre y llorón, he de hacer que se vuelva de oro, con calidad que todo el oro que tienen los avarientos y ambiciosos se reparta a los pobres, pues a los que lo tienen no sirve sino de hacerlos idolatrar olvidándose de Dios. Enmendarase por aquí mucho; enjugaranse³²⁰ las lágrimas en el pobre y en el avariento se imprimirán recuerdos de pobreza, con que se acordará de Dios (que, siendo la suma felicidad, no se acuerda dél el hombre sino en las congojas). Que sea rico el Rey es muy fácil, con que los que ayer tenían veinte y con ellos pasaban contentos y con sosiego y hoy tienen ciento y anhelan a más, cuidadosos y desvelados (y aun sin salud: tanta es la fuerza de la ambición), den al Rey lo que va de veinte a ciento, y ellos quedarán con lo lícito y el Rey con lo que era suyo. Moneda de intrínseco valor y firme he de hacer, para que ande y bulla en sus reinos, con calidad que no se cambie a tragas infames lujuriosos que se fabrican fuera de nuestros reinos, y que no se hagan tesoros della ni se estanque en los calabozos de el logro. También pretendo que no haya pobres: conseguirlo con que el pobre se tase como tal y el rico sea humilde y caritativo. Ofrezco grande abundancia de ganado; eso no ha faltado hasta hoy: valdrá barato con que no le repelen tanto al entrar. Cosecha de trigo, cien años ha que no se han conocido dos estériles, pero los logreros obscurecen los años fecundos: valdrá barato cuando lo valgan las otras cosas de que se alimenta el hombre, pues no es razón echar la culpa al pobre labrador que lo vende si compra lo demás a subido precio (y por el grano va a casa del logrero, a quien no tratamos y a quien no llegamos a decir «¿Cuánto quieres por un pan?»). Los huevos valdrán a blanca con que no coma gallinas quien no tiene caudal para vaca; y, dejándolas³²¹

318. Orig. (p. 239) y L-1973: 'de'. Lo mismo en la ed. de 1723.

319. Orig.: 'pèrdida' (p. 239); L-1973: 'perdida'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

320. Orig.: 'enjurànze' (p. 240); L-1973: 'enjugaránse'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

321. L-9173: 'dexando'.

criar, la abundancia acortará el precio bajando el del salvado que las sustenta. Miel valdrá barata, y habrá mucha si se destierran los zánganos de las colmenas que lo crían, pues no hacen más de comer el sudor de la trabajadora abeja. Aceite valdrá barato, y habrá mucho con que no la gaste³²² el pobre, sino que guise con manteca de vacas³²³ y se alumbre con cera, como lo hace el poderoso. Pondré al Mundo juicio así que se conozcan los locos encubiertos; contento en los oficiales ofrezco³²⁴, con calidad que no aspiren a caballeros y se conozcan que nacieron para oficiales. Lllamaránse los hombres dichosos si reparan en la forma Real y adorno de talentos y potencias que los hermosea, tan diferenciados de los otros animales, y, agradecidos al Artífice, le amaren. Volveré en quieta y tranquila mansión a la Ginebra del mundo, y haré que parezca paraíso y elíseo campo, con dos calidades: pocos juradores y pocos coches.

—¡Buen loco nos ha venido! —dijo el Tribunal a una voz—. Échenle fuera, que la enfermedad de que adolece no tiene cura, y sea apedreado.

—¿Por qué —replicó el paciente—, Mundo infame?, que consientes que te hagan malo y te huelgas de serlo. ¿En qué te ofendió la verdad, que la mandas apedrear? *No importa*. Haz lo que quisieres, que a mí bástame que me alaben y escuchen los hombres doctos y de juicio. Sólo me pesa de no poder hablar tan³²⁵ cerca del oído Real que bastara a hacerte vivir con trabas, como animal; y así, ejecuta tu ira, que ya sé que por pobre no tendré quien vuelva por mí, porque aunque hubiese muchos los tendrá el miedo. Y así, tu rigor prevenido me halla: venga, que *no importa*.

Apenas dijo (que siempre dice el pobre entre penas) cuando fue entregado a una turba de agraviados, y no eran muchachos, que gente de edad era; pero tales pedradas le empezaron a tirar que le obligaron a irse al desierto, donde le dejaron; y volvió la turba que le había seguido, con gran bulla y algazara, diciendo:

—¡Lo que habíamos menester nos había venido! ¡Buen loco hablador! Si le oyera alguien, ¡qué bien medráramos!

Siguió³²⁶ luego un hombre muy bullicioso, risueño, ojos vivos, boca grande y talle largo; y el Relator dijo:

—Éste es truhán.

—Se engaña quien lo dice —replicó el enfermo—, que yo soy hombre de buen humor a quien escuchan príncipes y señores y quien sabe hablar delante de ellos; y yo no³²⁷ soy hombre así comoquiera, que mi hacienda vale muchos ducados, y soy estimado y buscado, y tengo un *don* cosido con chistes muy agudos. Si pretendo cualquiera puesto luego le alcanzo; si quiero alguna alhaja la alabo de buena y luego me la dan; si quiero dineros me finjo pobre necesitado, válgome de cuatro chanzas y con eso los hallo; y para mí jamás falta, aunque falte para otras cosas. Y lo mejor de todo: que jamás hago llorar, que es una grandeza a quien no da alcance el hombre entendido, pues valiéndose de sus reprehensiones siempre da ocasión al sentimiento, y es mal oído, odioso y enfadoso a todo el mundo.

322. Orig.: 'gasta' (p. 241); L-1973: 'gaste' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

323. L-1973: 'baca'

324. L-1973: 'oficiales, con'

325. L-1973: 'tan de'

326. L-1973: 'Siguió'

327. L-1973: 'y no soy'

Jamás me aflijo, aunque valga el pan caro, ni siento el que no se sepa de la flota, ni que el enemigo sitie la plaza o la gane, porque el sentimiento en mí me quitara el comer; antes en tales sustos es mi vista triaca saludable, pues hago olvidar pesares y destierro penas. Y, en fin, sepa el Mundo que soy plato de príncipes.

—¡Notable hombre! —dijo el tribunal—. De aquéstos era menester que hubiese muchos para entretener al mundo.

—Antes necesita el Mundo —dijo un abogado— de mandar consumir esta infernal canalla, odiosa a los ojos de la vista católica, pues no sirven más que de estorbo, inquietud y penalidad, susto, congoja, aflicción, muerte e infierno; porque en la salud jamás acuerdan la enfermedad; en la enfermedad no dicen que hay muerte; en las vanidades no aconsejan que se mire a la tierra, ni en las demasías acuerdan que hay mañana, ni de que hay pobres huérfanos, viudas, enfermos, presos, cautivos y almas en el Purgatorio,³²⁸ quitando éstos el socorro al necesitado, el puesto al pretendiente, la jineta al soldado que, harto de servir, pide limosna de puerta en puerta; y sólo estos son quien con sus bufonadas hacen reír a los descuidados, chupan la sangre, obscurecen la vista del alma, dan apetitos al cuerpo, consumen la salud y la hacienda, aconsejan la perdición, llevan al despeñadero, estragan la calidad y bastardean la sangre; y si se descuida el simple que de ellos se fía, le ensillan la yegua al menor descuido (que yeguas que se hallan con facilidad con facilidad son de todos); y de todo salen éstos libres con sus infames cautelas. Y para crédito de mis verdades, oiga el Mundo: el gran Panfilio de Italia crió un bufón desde su tierna edad, y fue tanto el amor y cariño que le cobró por sus agudezas que no se hallaba un punto sin él, porque el bufón le traía tan metido en el mundo y olvidado de sí que le parecía que no había más a que aspirar: inventaba juegos notables; escribía versos profanos; alababa las damas; pintándolas sus gracias causaba ardores en aquella vil materia: buscábalas y hallábalas. ¡Bravo hechizo es éste³²⁹ para los poderosos de esta era! Para hallarles no hay más medio que jugar de este palo. Teníale ciego y servíale de perro que le guiaba. Diole a Panfilio una grave enfermedad bien olvidada, tan enfadosa que no quería oír a nadie, con que el bufón se abstuvo de entrar al retrete de su señor. Una noche vio Panfilio en una visión las penas del Infierno y los tormentos del miserable condenado, y, al contrario, vio el premio de los bienaventurados, vio ensalzada la virtud, la caridad, y la castidad; vio penando en perpetuas llamas la perdición, el olvido, la ambición³³⁰ y la sensualidad. Oyó una voz entre las espantosas llamas, que, articulada de un mísero condenado, dijo: «¡Maldita sea mi vida, pues tan mal la empleé! ¡Maldita sea la dureza de mi corazón, pues tan poco le ablandaron las lágrimas del pobre! ¡Malditos sean cuantos traté, pues no me dijeron que había muerte eterna! ¡Malditos sean mis padres, pues tan mal me criaron!». Admirado Panfilio, y asombrado, empezó a dar tan espantosas voces que bastaron a que entrasen los suyos a ver y saber la causa; pero él, como atento y avisado, dijo que un fiero accidente le había sacado de sí. Sosegose con esto y sosegose la enfermedad: halláronle los médicos mejor; creyeron todos un milagro y el bufón creyó su entrada; consiguiólo, y así que Panfilio le vio llamó a sus criados y gente de la casa y dijo: «Encended gran fuego en la plaza

328. Orig.: 'Puagatorio' (p. 244); L-1973: 'purgatorio.'

329. L-1973: 'esto.'

330. Orig.: 'ambicion' (p. 246); L-1973: 'ambición.'

y echad en él estas antojeras³³¹ del racional animal, esta tablilla infame del mesón del apetito». Nadie alcanzaba lo que mandaba; mirábanse³³² todos, y prosiguió: «Quemad este³³³ que sirve de nube obscura entre el cielo y la tierra; quemad este que canta como sirena; quemad este que se deja ultrajar el rostro por el vil interés; quemad a Cenaco mi bufón, y no preguntéis la causa, pues la menor es haberme querido matar y hacer perder mi descanso». Ejecutose al instante, porque se hallaron cercanos algunos agraviados (que de un bufón los más entendidos suelen serlo), y, viendo lo riguroso del mandato y la ocasión de consumir aquella peste de los palacios, le entregaron al fuego. Después de esta acción era Panfilio muy otro; sus pueblos, pacíficos; los pobres, socorridos, premiados sus soldados, su salud cumplida y contenta su alma; y así, si quiere otro tanto el presente Mundo haga³³⁴ lo mismo con estas viles cataratas.

—Mejor será quemaros a vos —dijo el Tribunal—. Venid acá; para alegar en contra de un hombre que entretiene y destierra los pesares del mundo sacáis ejemplos que inventó la pluma, y con vuestras manos lavadas os venís a entretener la cura del³³⁵ Tiempo, siendo tan necesaria. Id, noramala,³³⁶ a estudiar en las coplas del *Marqués de Mantua*, que tan mentirosas son como vos. Y así, el enfermo prosiga de qué adolece, que cuanto vos habéis dicho *no importa*.

—Señor —dijo el doliente—, me siento muy desganado; no como lo que solía, que me acuerdo cuando cabían en mi vientre veinte libras de todos manjares, y ahora con diez me sobra; y, demás, tengo unos dolorcillos de el alma muy agudos.

—Pues para que vos y el abogado quedéis sanos —dijo el Tribunal—, vos quedaréis convertido en perro; y mando que a hora de comer no se os vede la entrada en bodegones y tabernas, y si acaso os dieren de palos, sufrid y haced luego fiestas con la cola y hocico al mismo que os diere. Y el letrado, si se le fueren los ojos a los pareceres mujeriles quede convertido en asno y no se le prive de abogar.

Quisieron alegar en su abono y mandáronlos callar con el ruido de una campanilla, y un portero los echó fuera.

Siguiose un hombre muy roto y desaliñado, con una gorrilla en la cabeza y un palo en las manos, a quien el Relator nombró diciendo:

—Éste es loco, y todo su mal y dolencia dice que es el que³³⁷ todos cuantos le escuchan dicen luego que es loco, aunque les dice las verdades.

—Así es —dijo el paciente—; pero sepa el Mundo que yo soy loco enfermo, pero no soy loco sano. Yo quedé falto de juicio de una grave enfermedad, que fue un tabardillo; pero no soy de los locos a quien quita el juicio el puesto, la dignidad, la herencia, la honra, la vanidad, la hacienda, el casamiento o la fama; que aquéstos son locos voluntarios, y hay un sinnúmero de ellos y no son conocidos por locos; sólo a los pobres enfermos como yo llama el mundo presente locos.

331. L-1973: 'anteojeras.'

332. Orig.: 'miradanse' (p. 247); L-1973: 'mirábanse.'

333. L-1973: 'ese.'

334. L-1973: 'hago.'

335. Orig. (p. 248) y L-1973: 'de.'

336. L-1973: 'horamala'

337. Orig. (p. 249) y L-1973: 'de.'

—Éste, señor —dijo un abogado—, es hombre mordaz, mal hablado, y a cara descubierta dice lo que siente y hiere a cualquiera; y si le van a castigar nunca le faltan piadosos que dicen que no se haga caso de un loco.

—No es esa piedad —dijo el loco—, que más es necedad y ceguera, pues a la verdad manifiesta llaman locura y mis voces siempre son de juicio. ¡Así le tuviera yo y el Tiempo!, que mi afán sólo es por que crea el Mundo que digo la verdad; y que otros hay más locos que yo, y cualquiera, si cae en su locura, dice luego a cualquier yerro que comete: «*No importa*». Y según veo la mala orden de curar doncellas, huiré de vosotros, miserables perdidos, que os parece que la vida humana es eterna y que no se ha de acabar, y que vuestros haberes los habéis de llevar a la otra vida como cuando os mudáis de una casa a otra, y el³³⁸ ambición os tiene tapados los sentidos y turbada la vista. Atended, que viene un ramalazo cuando menos se aguarda y más desprevenido está el mortal.

El loco se iba y el Mundo le mandó detener (que por hacer burla suele el Mundo gustar de oír sus mismas culpas, que donde hay poca vergüenza *no importa*). Volvió el loco, diciendo:

—Mirad que los niños y los locos dicen las verdades, y así, si queréis oír prestad paciencia.

—Dí, que *no importa* —dijo el Mundo.

Y él prosiguió así.

DUODÉCIMA HORA DEL SUEÑO

LOCO soy, y cuando no lo fuera bastaba ser pobre y decir verdades; y así, allá va mi ensaladilla, que aunque mis voces digan que Juan era ayer pasante y ya es Letrado, *no importa*, que con sus desvelos lo habrá conseguido; pero mucho importa que el que nació sobre malvas diga y quiera establecer que es hijo del Caballero de la Espada de Fuego, sin reparar que su madre vendía bollos y rosquillas y que su padre era tan grave que llevaba en silla a muchas damas a fuer de su sudor. Y que rúe coche, y silla su mujer, y viva olvidado de que hay pobres necesitados harto importa; pero que se desvanezca, sin creer que le conocen muchos es lo que me quita el juicio. Que la que vendía el jueves pasado callos y uñas de vaca a la puerta de una taberna, hoy domingo diga, muy vestida de tafetán doble y guardapiés con relumbrones, que es de la sangre de don Gerlipundio Gambali, y alquile coche y haga gasto de merienda, es lo que me quita el juicio. Que Toribio, ayer venido de Zagualos de Arriba y para asir el sustento asiese de una esportilla, diga hoy que es don Juan de Tal y haga torno en su casa, como casa de convento (todo de celos de su mujer Dominga), es lo que me quita el juicio. Que su mujer Dominga diga a sus criadas que se llama doña Pancracia de Luna y, muy soberbia, las trate de vos y dé mal rato con sus enfados es lo que me quita el juicio. Que el señor don Don, que ayer iba al rabo de una mula de un doctor, casi platicante, diga hoy que Aristóteles y³³⁹ Avicena y Galeno fueron niños de la doctrina para con él, sin creer el pobre [...] ³⁴⁰ ni niños de la doctrina, buena doctrina tendrán, y el carecer de ella es lo que me quita el juicio. Que el que ayer dormía en la calle de los Negros en media cama de cuatro cuartos, y por haber servido a personas ricas y haberse fiado dél, hoy, viéndose sobrado, toque el clarín de que tiene y labre casas y salga su mujer a misa en silla y él se quiera presumir gigante³⁴¹ sin conocerse tierra, es lo que me quita el juicio. Que se pasee el poderoso y con demasiada ostentación rúe, gaste y sustente trapos y estopas, y no vuelva la cara a la necesidad ni se acuerde que se ha de morir, es lo que me quita el juicio. Que se consientan tantas mujeres perdidas, con tantas galas y ostentación de criadas, ganando para el gasto a infernar almas, y que quien lo puede remediar se huelgue de verlas, es lo que me quita el juicio. Que no haya carnicero ni rastrero y otros de este color, que no rompan más galas que un Grande de España, y que se consienta, es lo que me quita el juicio. Que no haya fregona que no se ponga *don*, y ayer no valían (fuera del alma) para botanas a un pellejo, y que hoy las parezca mengua no salir a misa en coche, es lo que me quita el juicio. Y que haya tontos³⁴² ciegos que presten coche a tales mujeres sin reparar en la ofensa y el daño, es lo que me quita el juicio. Que para establecer la ostentación de coche con cuatro mulas y labrar palacios en que vivir y dejar muy acomodados a los suyos, estén todos o los más de quien se fía el Tiempo engañan-

339. L-1973: 'Aristóteles, Avicena' Lo mismo en la ed. de 1723.

340. Algo parece haberse extraviado en este pasaje.

341. Equipararse a un Grande de España.

342. L-1973: 'tantos'

dole y robándole hacienda y estimación, es lo que me quita el juicio. Pero *no importa*, que tiempo vendrá en que me vengaré de tales locos cuando se desquicien de esos³⁴³ soberanos globos las estrellas y caigan sobre la tierra.

—Mire el Mundo —dijo uno de los del Tribunal— si mayor locura se ha oído y si con razón se debe tratar como a loco a este mentecato, porque todo lo que ha dicho es necesidad, y lo que ahora pronunció locura. ¿Cómo pueden haber tantas estrellas como hay en el cielo sólo en la tierra, siendo la menor mayor que la tierra muchas veces?

—Ahí verás³⁴⁴ —prosiguió el loco—, soberbio levantado (que como tal hablas): tú ahora no cabes en el mundo con tanta ostentación, ni cabes en los palacios que tienes ni en los coches que rúas, y me acuerdo cuando cabías en mucho menos lugar de el que ahora ocupan tus lacayos. Pero deja que llegue aquel día tremendo del espantoso³⁴⁵ Juicio y veremos cuánto lugar ocupas; que a mí me parece que te veo, todo cubierto de un miedo profundo, que andas buscando el más pequeño y escondido rincón de la tierra donde esconderte para no ser visto. Porque allí todos los soberbios, que cada uno de por sí no cabía en la tierra, cabrán en el más pequeño lugar, porque los caídos que descendieron de supremos lugares caben en cualquiera parte. Así serán las estrellas: deja tú que caigan y se hallen sin la dignidad de esos hermosos resplandores de que gozan y, una vez caídas, verás cómo caben en muy poca tierra. Y si no basta este ejemplo, repara en la tercera parte de las que cayeron por soberbias, que había en ellas estrella que le parecía poco todo el cielo a su vanidad, y hoy están y caben en sólo un seno del Infierno.

—A este loco escandalizador —dijo el Mundo— bueno será echarle una mordaza para que no se atreva tan descocadamente a hablar.

—¡Ay de mí! —dijo el loco—. ¡Qué áspera es la verdad por de dentro y por defuera! El mayor trabajo destes tiempos es decir verdades a quien huye de ellas. Los ojos enfermos carecen de vista, que es su luz natural, y, como enfermos, no consienten cerca de sí luz material; ven los defectos ajenos, pero no los propios.

Apenas dijo el loco cuando asieron dél infinitas personas, ultrajándole con golpes y puntapiés hasta que le echaron fuera, que, riéndose, se ausentó, diciendo a voces:

—Este es el pago que da el Mundo a quien dice verdades.

—¡Afuera —dijo una voz espantosa—, que van a curarse cuatro tropas de perdidos!

Y viendo el Tribunal tanta gente mandó que de cada legión de las cuatro entrase uno solo a hacer relación de su dolencia. Hízose el mandamiento y vi entrar cuatro hombres, y al primero dijo el Relator:

—Éste es uno de los perdidos del *no importa* de la Nochebuena, llamada así por haberla ilustrado el nacimiento de Dios Hombre; que ayunan hasta la noche y hacen colación con mil badulaques escusados.

—Eso *no importa* —dijo el tal hombre—, que es un día célebre y de mucho gozo; y ayudando hasta hora de hacer colación basta; que lo festivo de la noche permite que la colación sea con lindo salmón, besugos, anguilas y otros pescados frescos, y después tortadas

343. L-1973: 'estos'

344. Orig. (p. 253) y L-1973: 'verá'

345. Orig.: 'espantoso' (p. 254); L-1973: 'espantoso'

ricas de guindas y conservas diferentes; que de cien géneros de legumbres no se hace caso, que aunque la gula campa con su estrella, aquella noche *no importa*.

—¡Buena locura es ésta! —dijo un abogado—. Tan bien³⁴⁶ empleado será en vos el castigo como en los de la noche del Viernes Santo, que por azotarse o alumbrar quebrantan el ayuno, sin reparar que dejarse de azotar no será pecado y dejar de ayunar lo es. Así la Nochebuena, víspera en que tomó puerto en la tierra el Trigo de Belén y Pan de los Ángeles, día tan propio y de tanta obligación al ayuno, se quebranta en forma de festejo, sin reparar que para Dios no hay más festejos³⁴⁷ que abstenerse de pecar.

—Yo, señor —dijo el enfermo—, tengo apoplejía, y, a mi entender, es de algunas glotonerías que en días célebres hago, y de otros desmanes notables; pero *no importa*, que por eso hay medicamentos grandes que amansan durezas de un mal.

Con esto se arrimó a un lado, y el segundo dijo así:

—Esto merece un hombre como yo, harto de haber servido a la congregación de tesorero y otros oficios, en que he gastado muchos reales, y que en mi año he hecho muchas alhajas, y ahora se me pida cuenta con tanta estrechura; pero *no importa*, que para santa ella, y por la cara de negro que me lo han de pagar.

—Suplico a la deidad vuestra —dijo un abogado—; que este hombre, sólo por las meriendas y gastos en días de juntas a costa de las limosnas, anda pretendiendo puestos, armando zancadillas falsas acrecentando gastos y encubriendo demandas, y lo que cuesta cuatro dice que seis, y al ajustar su mala conciencia dice entre sí: «También lo pateo yo, *no importa*, que otros he conocido yo que se han comido mucho más».

—Arrímese a un lado —dijo el Tribunal— y salga otro.

Así se hizo, y sus quejas fueron:

—¡Ay de mí! ¡Que a tal extremo haya yo llegado que aun limosna no halle, y habiendo criado a Fulano y Zutano no halle en ellos amparo! Quejas doy contra el Tiempo, y pido cura a la deidad del Mundo.

—Este hombre —dijo un abogado— hace relación por sí y otros muchos de su color, que son de los que procuran tutelas y crianzas de menores que huérfanos quedan de padres, y por su maña de éstos lo quedan también de hacienda, pues esta gente, polilla infame de aquella tierna sangre, la chupan y comen.

—Suplico al Tiempo —dijo el enfermo—; que mi mal no³⁴⁸ es grande, como parece; que lo más que yo hacía era traerlos como esclavos aunque comían de su hacienda, y con zapatos de viejo que costaban tres reales y medio y para en cuenta eran a doce reales; medias de mala trama, y a la cuenta de seda que costaban a treinta reales; y aunque jamás gastaban calcetas, en cuenta entraban muchos pares. Jamás rompieron más camisas que de lienzo crudo y corito, y a la cuenta se sentaban calzoncillos y buenas camisas. Vestidos, con uno tenían para un año; pero a la cuenta cuatro se sentaban; y aunque Dios los libraba de enfermedades, hartas y graves los puse en cuenta. Y todo esto, a mi parecer, *no importa*, que, al fin, los crie hasta la edad crecida, y hoy me dan tan mal pago como decir

346. Orig. 'tambien' (p. 256); L-1973: 'Tan bien' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

347. L-1973: 'festejo'.

348. L-1973: 'mi mano'.

que los he comido la hacienda; y tan al contrario es que la mía se ha destruido toda, sin saber en qué ni qué haya sido la causa.

—Arrímese a un lado y salga esotro, mandó el Tribunal.

Y, obedeciendo, saltó el cuarto, y dijo:

—¡Ay de mí, qué malo que estoy, y qué consumido! Habiéndome visto con tanta hacienda, y tanta salud, hoy me veo falto de ambas cosas. Pido cura a mi dolencia.

—Este hombre tiene mucho mal, pues es causa su alma de que estén en penas otras muchas; y la salud se la han consumido excomuniones.

—¡Ay, señor! —dijo el enfermo—. ¡El mayor engaño del mundo!, que mi mal no es tan grande, que sólo es la causa de mi dolencia haber sido testamentario³⁴⁹ de diferentes personas y haberme quedado con sus haciendas sin cumplir sus almas, y³⁵⁰ las mandas que dejaban algunos a pobres del mundo y del Purgatorio los he pagado con dos y me he comido los seis. Y en cuanto a las misas que dejaban, en dando la cuarta a la parroquia hacía cartas de pago falsas para las demás misas, y cuando hacía almonedas, si me contentaba alguna alhaja me quedaba por lo que quería con ella, y aunque algunas cosillas menudas me echaba en la faldriquera *no importa*, que hartas pisadas me costaba. Y hoy me hallo tal que me parece todo cuanto escucho aullidos y voces espantosas, que tengo estos oídos como un tambor de campaña.

—Vayan la puerta afuera —dijo el Tribunal—, que no sentimos castigo para tal gente ni cura a tanto achaque; que harta sogá traen arrastrando y basta para ahogarlos.

Fuéronse con esto con notable bulla, diciendo:

—Miren por amor de Dios en lo que repara el Tiempo, sin atender a que nuestra culpa *no importa*.

Siguiose una mujer llorando, desgreñada la cabeza y el rostro acardenalado, y, lamentando entre suspiros, dijo así:

—Pues este Tribunal cura dolencias, trate de curar la mía, que no es razón que una mujer con esta cara y que sustenta a su marido se vea ultrajada de este modo.

—Esta mujer —dijo el Relator— da mal ejemplo a todo su barrio con la mala vida que tiene.

—Es engaño —replicó la enferma—, que yo tengo muy buena vida, pues soy querida y³⁵¹ regalada y estimada de muchos; que sólo este mal hombre de mi marido es el que no estima la mujer que tiene; que en verdad que si yo quisiera que podía andar en coche y romper muchas galas más de las que rompo, pero esta negra honra es causa de mi clausura. Y la vecindad no tendrá razón de quejarse de mí, que bien sabe Dios que yo no quito a nadie nada ni soy muy pedigüena; que si don Juan me dio el vestido de raso gusto suyo fue, que yo no se le pedía; y don Ambrosio, que dice su padre que le ha robado para darme a mí, es engaño; que cuanto me ha dado no vale dos mil ducados y para la hacienda que tiene su padre *no importa*; y el indiano de quien murmura la envidia de mis vecinillas, nadie le ve entrar ni da ruido en el barrio; y cierto que merece mucho, que hasta el vestido que

349. Orig. (p. 259) y L-1973: 'testamentaria' La enmienda ya está en la ed. de 1723.

350. L-1973: 'y a'

351. L-1973: 'querida, regalada'

trae el bienhadado de mi marido me³⁵² dio para él; y, en fin, a cualquiera hora que viene halla qué comer sin traerlo. Y hoy, porque tardé en abrirle la puerta (que no todas veces puede una mujer dejar lo que está haciendo) me dio de bofetadas y puso deste modo. Y ¡ay dé! si yo me quejara cuando me dio! Pero yo soy quien soy y no he de dar causa para que digan de mí; que, en fin, es mi marido y basta que tenga la mujer que tiene; que aunque yo lo diga, si él fuera otro, con lo que yo le ayudo podía estar sobrado, que sólo por verle medrado hago más que cuatro mujeres. Y con todo esto mire el Mundo del modo que me ha puesto. ¿Cómo he de parecer delante de gentes acardenalada desta suerte? Justicia y cura a mi dolencia pido.

—Esta mujer —dijo un abogado— merece pena eterna, pues, ingrata a Dios, ultraja el sagrado del matrimonio y da mala doctrina, causando murmuraciones y malos deseos.

—Venid acá —dijo el Tribunal—. ¿Qué causa halláis en esta pobre enferma, si sustenta y viste a su marido? ¿Qué la queréis? Dejadla, que harto trabajo tiene la pobre en tener marido que a cada tris, por quítame a allá³⁵³ esas pajas, la ponga de tal suerte. Y así, prevéngase para ella hilas³⁵⁴ y parches, y a él que llame a su puerta con quietud, y si no le respondieren que dé la vuelta y haga tiempo, pues su mujer hace lo que puede para que él coma.

—Esa no es cura a tanta dolencia —replicó el abogado—, que el escándalo que da es mucho, y por su causa andan cojeando más de cuatro, y otros que se ven pobres por haberla dado su hacienda.

—No se la dieran ellos —replicó el Tribunal—; que todo cuanto alegáis en su contra *no importa*.

Con esto la echaron, pero no por eso dejaba de ir gruñendo y diciendo:

—¡Buena cura, por cierto, a una mujer como yo! Pero para mi santiguada si yo no me vengaré de aquel mal nacido, que aunque no mirara más del qué dirán los vecinos no había de haber hecho tal; pero allá lo verá quién es Calleja.

Siguióse un hombre muy roto, y llorando y en³⁵⁵ alta voz dijo:

—A quejarme de la ingratitud del Mundo vengo, y a preguntar por qué se ha de hacer tan poco caso del pobre, aunque en algún tiempo haya sido rico, pues mis quejas justas son que los amigos que tenía cuando tuve, en viéndome hoy tuercen por otra calle por no hallarme, y si por descuido encuentran conmigo empiezan a contar necesidades, aunque no las tengan: todo por escusar el darme una limosna. Si envío a llamar al que en algún tiempo socorrí jamás le hallan en casa. El amigo me desconoce y el pariente me niega, y nadie hace caso de mí sólo porque he quedado pobre. Si entro en las iglesias todos se apartan de mí como si llevara peste; si me siento en alguna parte nadie se asienta³⁵⁶ junto a mí porque les parece mengua; si voy a comprar algo, aunque vocee dos horas primero despachan a los que ven lucidos, y por fin me suelo quedar sin lo que pretendo. Las mujeres que en algún tiempo me buscaban y tenían a dicha que³⁵⁷ las hablase, en viéndome hoy se echan el

352. Orig.: 'no' (p. 261); L-1973: 'me'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

353. L-1973: 'allá'. También en la ed. de 1723.

354. Orig. (p. 262) y L-1973: 'gilas'. La enmienda ya está en la ed. de 1723.

355. L-1973: 'llorando en'.

356. L-1973: 'sienta'.

357. Orig.: 'qua' (p. 263); L-1973: 'que'.

manto y tapan. Si hablo en alguna conversación luego se deshace y me dejan solo. El que por conocido me da limosna una vez, a la segunda me muestra más hocico que un puerco. Y, en fin, pues que el Tiempo cura las cosas, cúreme este mal de que adolezco.

Apenas acabó de hablar cuando reparé que aunque había muchos abogados ninguno habló en su abono (por donde conocí que el de los pobres debe de dormir mucho). Por lo que me toca de pobre se me enternecieron los ojos admirando tan manifiesta verdad, cuando el Tribunal dijo que para la cura de aquel hombre se abriese un hoyo de siete pies en un cementerio, y que los que piden para tales funciones limosna diziendo:³⁵⁸ «Para ayuda de enterrar este pobre que se quedó muerto», que³⁵⁹ no se rascasen con la mitad.

—Suplico al Mundo —dijo un campanillero que se halló allí, muy enfermo por haber andado toda su vida a caza de lobos—; que los hermanos que pedimos también trabajamos y rompemos zapatos, y así, en comprándole una mortaja de estopa y dándole tierra cumplimos, y lo demás que sobra de la limosna, el quedarnos con ello *no importaba*.

Apenas dijo el tocador de campanillas cuando se turbó la luz de la sala confundándose en sombra oscura, y todos aquellos personajes que mandaban y gobernaban tan poderosos y envidiados, respetados y temidos, los vimos postrados en unas camas quejándose con alaridos espantosos, con que toda la sala pareció verdaderamente sala de hospital. Uno decía, sacando los brazos fuera de la ropa y mirando a todas partes:

—¡Ay de mí, triste, qué ansia llevo en el alma en dejar la casa que labré tan a mi comodidad! ¡Ay de mí, quién pisará el cuarto principal, que tantos doblones me costó el adornarle! ¡Ay de mí, que no tenía casa en el lugar mejores viviendas! Y mi mirador para gozar del sol en el invierno ¿quién le vivirá? ¡Ay qué zaguán, que cabían en él seis coches! ¡Ay mis vidrieras cristalinas! ¿Si me las romperán? ¡Ay mis chimeneas con talcos en transparente para que el fuego calentara sin ofender! ¡Ay mi aposento de corcho, que tanto me costó!

Con esto empezó a palpar la ropa, y al llegarse a él un enfermero³⁶⁰ de buena cara y presencia, le dijo:

—¡Cuidado, que llega la hora fatal!

—*No importa*, respondió el enfermo, y se volvió del otro lado.

Empezose³⁶¹ a quejar otro, diciendo:

—¡Ay qué dolor! ¡Ay qué ansia! ¡Ay qué pena! ¡Ay qué congoja!

—¿Qué tienes?³⁶² —preguntó el enfermero0. ¿Qué le duele, hermano?

—¿Qué me ha de doler? —respondió—. ¿Páreceme que no llevará harto dolor quien deja lo que yo dejo? ¡Ay de mí! ¿Quién gozará mis pinturas, que tantas y tan buenas dejo? ¡Ay mis escritorios! ¡Ay mis escaparates! ¡Ay mi sillería! ¡Ay mis estrados, con tan ricas almohadas! ¡Ay mis tapicerías, que las mejores que se han hecho en Nápoles eran las mías! ¡Ay mis vajillas de plata, mis fuentes y mis braseros! ¿Quién los poseerá? ¡Ay mis láminas que me enviaron de Roma, en quien se esmeró el Ticiano, el Basán, Tintoreto, el Griego, el Mudo, Rubenes, Micael Ángel, Vandique y otros muchos! ¡Ay de mí! ¿Quién ruará mis

358. L-1973: 'dixesen'

359. L-1973: 'y que'

360. L-1973: 'enfermo'

361. L-1973: 'Empezó'

362. En la ed. de 1723: 'tiene'

coches, y la silla tan rica? ¡Ay mis caballos! Y ¡ay de mí, que todo lo dejo sin poder llevarlo conmigo!

Llegose el enfermero a él y díjole:

—Déjese de cuentos y llame la memoria a otras cosas que importan para el alma; y mire que puede faltar tiempo para lo más importante.

—Déjeme, señor —dijo el enfermo—, que mi hacienda siento, que lo demás *no importa*.

Con esto metió la cabeza debajo de la ropa, y el enfermero pasó a otra cama, donde el paciente sentía así:

—¡Ay mi³⁶³ casa de campo! ¡Ay mi jardín! ¡Ay mi gruta! ¡Ay mi despeñadero de agua! ¡Ay mi sala de las burlas! ¡Ay mis naranjos! ¡Ay mis parras, que no hay mejor uva en España! ¡Ay mis vidrios! ¿Si me los romperán? ¡Ay mis pinturas de cazas de Asneida! ¡Ay mis bufetes, donde yo solía jugar! ¡Ay mi mesa de trucos!

Con esto llegó a él el enfermero y le dijo que no se acordase de cosa del mundo, a quien respondió:

—Quítese de ahí, señor, no sea cansado importuno, que siendo el sentimiento tan justo como el mío *no importa*.

Otro se quejaba con notable soberbia, diciendo, medio incorporado en la cama:

—¿Hay quién pueda sufrir tal? ¡Que a un hombre como yo, con tantos puestos que bastan a sustentar a treinta hombres y quedaran acomodados con lo que yo solo tengo, que le dejen de este modo, sin traerle un entretenimiento para que se divierta! ¿Cómo dejan tan solo a quien ha sido visitado de los mejores hombres del mundo? ¿Cómo se hace tan poco caso de un hombre con las dignidades que yo? ¿Hay mayor desvergüenza que la que pasa? ¡Yo me vengaré de todos vosotros y os haré echar en una galera, como a viles! ¡Dejad que me levante de esta cama para que veáis si me obedece el mundo y si puedo castigaros!

Llegose el enfermero y díjole que desterrase pasiones y ahuyentase de sí tanta cólera, y que tratase de perdonar, que su mal era muy de peligro.

—Yo bien sé lo que me importa —respondió el enfermo—. Váyase él a gobernar a su casa; que a mí no hay necesidad de darme liciones, que las puedo dar yo; y para castigar gente vil mi mal *no importa*.

En fin, todos lloraban lo que dejaban en el mundo, como idólatras de bienes perecederos; y reparando mi cuidado en mirar qué pintura coronaba la sala, vi que era un talego lleno y a sus lados dos bolsas de moneda muy llenas (que se vía que el talego y bolsas se ocupaban con doblones y reales de a ocho), y encima una letra que decía: *Todo lo tienes si tienes estos bienes*. Volví la vista a la parte que guiaba el enfermero y vi que se llegó a una pobre camilla de muy poca ropa, donde estaba un hombre quejándose así:

—Dios mío, a vuestra cuenta quedan esos pobres hijos: no dejo en el mundo otra cosa que me dé pena. Sólo la que llevo es el haberos ofendido. *No importa* haber vivido pobremente, que siempre creí que no merecía más; y así, con vuestra voluntad viví y así muero. Hágase en todo vuestra voluntad.

Así se lamentaba este pobre y los otros ricos cuando, turbado el orden natural del entendimiento y desconocido el uso de la razón, los enfermos poderosos vueltos contra sí

363. L-1973: 'de mi'

mismos, era la sala oposición sangrienta: no había diferencia de unos a otros; mezclóse la amistad y hostilidad entre furia y llama; volvióse en ceniza el ídolo del Mundo y todo el hospital un desierto; viose insaciable la sed a la sangre humana de los mismos que por amigos tuvieron; los poderosos enfermos unos contra otros, como en troncos probaban fieros cuchillos en sus pechos, y tan horroroso era todo que la vista se alegraba de ver hacer visajes a la muerte. Abriáanse los pechos humanos y los unos bebían sangre de los otros. Y en esta confusa tropelía se oyó un eco lastimoso que dijo:

—Mi naturaleza frágil está sujeta a semejantes espectáculos³⁶⁴ si, llevada del logro, la faltare el freno de la recta justicia y católica religión.

Volví los ojos a la cama del enfermo pobre y le hallé muy sosegado, dada toda la vista a un crucifijo; pero con lo que había visto fue tanto el temor que un fiero temblor esparcido por todas las venas de mi cuerpo me despertó; y vuelto en mi acuerdo reparé que aquella batalla era de los sentidos y potencias del que, embebido en su hacienda, siente el dejarla; y así, más quiero vivir con sustos de pobreza que no próspero de bienes si tengo de tener estos fines; que verdaderamente quien está adorando en lo que tiene siente lo que deja, y quien no deja hacienda sólo siente en aquel trance la ofensa de Dios no más; que en semejante hora el haber vivido bien, temeroso de Dios, importa, que el dejar los bienes y puestos del mundo *no importa*.

364. Orig.: 'expectaculos'; L-1973: 'espectáculos'

TABLA DE LO QUE CONTIENE ESTE LIBRO DEL NO IMPORTA

| | |
|--|-----|
| PRIMERA HORA DEL SUEÑO | 96 |
| Introducción, pregón y causas - La Cárcel del <i>No importa</i> y trastos de dentro - Olvidos causados de la mala intención - Preso con lástimas y escribano sin duelos - Abogado descuidado - Facilidades de un pleito y cordura de abogado - La planta del mirasol - La poca constancia del mortal. | |
| SEGUNDA HORA | 105 |
| El loco de la cadena - El lindo melindroso - Reclamo contra logreros - Hijo de magnate reprehendido. | |
| TERCERA HORA | 111 |
| Portero de la cárcel - Nubes que se oponen a la justicia - Polillas ³⁶⁵ del tiempo y canes de la hacienda - Buen abogado - Panadero de Corte - Tribunal recto y agente reprehendido - Mujer política - Buen juicio de Carlos V - Consuelo de mujer entendida - Reglas al uso- El <i>no importa</i> común. | |
| CUARTA HORA..... | 119 |
| Tiempo dorado - Hábito de Santiago - Dicho notable - La Corte es toda temores - Causas de ³⁶⁶ valer el pan caro - Enredador adivino -Lamentaciones políticas del soldado preso - Lición para príncipes. | |
| QUINTA HORA | 128 |
| Causas de mala cosecha y mala fortuna - Constancia de los hombres - Tiempo pasado - Grandezas de Filipo IV. | |
| SEXTA HORA..... | 137 |
| Pobres que inquietan los templos - Caricias de ³⁶⁷ un confesor - Ejemplos notables - Desatención dentro de una iglesia - Grandezas de los templos y religión cristiana. | |

365. L-1973: 'Polilla.'

366. L-1973: 'del'

367. Orig.: 'dn'; L-1973: 'de'

| | |
|--|-----|
| SÉPTIMA HORA | 146 |
| Los que buscan la misa breve - Demandas del tiempo - La mayor ceguedad y más común costumbre - Ejemplo sobre el maldecirse el alma - Locura del español - El mercader francés - Grandezas de Madrid. | |
| OCTAVA HORA | 156 |
| Lances de un camino - El mercader castellano - Amigos como el perro - Balles-tón apretado - Amparar a los amigos y a los de obligación - Necedad por conveniencia - El <i>no importa</i> del pobre. | |
| NONA HORA | 166 |
| El <i>no importa</i> del jugador - El <i>no importa</i> que más importa - El riesgo del que hace burla - El descortés - Pregón contra las telas de Castilla - Burlas de Carnestolendas - Lo manirroto del castellano y apocado del valenciano - Sentencias contra los coches - Pasión común del vulgacho - Ceguedad común. | |
| DÉCIMA HORA | 176 |
| Hospital de los enfermos locos del <i>no importa</i> - Pintura del mundo estimado - Mercader de verdades - Pregón de los pobres - Sala del mundo y necesidad en visita - Pobre con soberbia - Ministro cazador - El envidioso - El poeta - El logrero. | |
| UNDÉCIMA HORA | 186 |
| El tabernero - El figonero - El fullero - El casamentero y la alcahueta - El remediador del tiempo - El bufón - Ejemplo contra bufones - El loco cuerdo. | |
| DUODÉCIMA HORA | 195 |
| Los perdidos del <i>no importa</i> - Mujer mala - El pobre ultrajado - Lamentaciones de poderosos enfermos - Pobre consolado en sus aflicciones. | |

FIN